



INSCRIPCIONES ANTIGUAS DE ESPAÑA

CARTA AL EXCMO. SR. D. JUAN DE DIOS DE LA RADA
Y DELGADO.



EXCMO. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Queridísimo profesor y cariñoso amigo:

Recibí su última carta, escrita, á lo que me sospeché, con el pié en el estribo, próximo como estaba el Congreso de Americanistas en Copenhague, en el cual habrá V. E. representado á la Real Academia de la Historia. Aunque corta, para mí encierra un libro, por dos razones: primera, por ser una prueba de hidalga franqueza; y la segunda, porque como verdadero sabio, aun pide V. E. más razones, á causa de no hallarse convencido para admitir los asertos, que respeta, de mi *ingenioso* libro: *Datos epigráficos y numismáticos de España*.

Desde el momento en que me conoció V. E. echó de ver que tal vez la única cualidad que tengo buena es la franqueza y que pongo muchísimo interés en que nadie me venza en ella; y para con los amigos y maestros, como V. E., llega ya al colmo.

Voy, pues, ahora á desenvolver las razones que se hallan en mi libro, aunque limitadas solamente á España con relación á la ciencia de Europa y del Asia, y creo que no podrá

menos V. E. de aceptar lo que digo, por ver que la luz es poderosísima, y que únicamente por causas ajenas, impropias é indignas del sabio, pueden existir quienes se sulfuren y cojan el cielo con las manos, porque hayan creído que penetro por campo ajeno. Le advierto que tengo pleno conocimiento de lo escandalosamente ocurrido, y cómo muchas veces bajo las canas, y lo que es aún más lamentable, bajo el hábito, no ya sacerdotal, sino religioso—aunque es verdad que adornado con apéndices impropios,—ruge la envidia y vocifera el encono. Pero hago punto ya, que en su tiempo se habrá historia de tan notabilísima sesión. Añado únicamente que la independenciam y abstención de V. E. en aquel entonces le honra y enaltece sobremanera.

Ahora entro en materia, y como es muy extensa, y la cuestión algo compleja, iré por secciones para que no me falte claridad, al menos en la exposición.

Claro es que el punto capital es el siguiente: *Inscripciones llamadas celtibéricas.*

Estas encierran un lenguaje bajo determinados caracteres. Pregunto ahora: ¿Cuáles son sus signos? ¿Cuál es su lengua? ¿Cuáles son sus signos? Antonio Agustin en sus famosos diálogos, empezó á indicar su lectura, suponiendo que los epígrafes numismáticos eran todos bilingües. Los hay bilingües, pero no lo son todos. Aquí está el error. El reverendo padre M. Flórez dice, con una humildad que da creces á su sabiduría, *que no sabía leer lo que dicen caracteres de semejante naturaleza.* Tres sabios españoles han trabajado con más ó menos fortuna. Nasarre y Velázquez (el justamente célebre Marqués de Valdeflores) han resuelto parte de la dificultad, y ya en el *vaso de Castulo* puede bien decirse que paleográficamente estuvo acertado el último. No obstante, la duda ha quedado siempre en pié. Velázquez, apesar de todo, y con sobrada razón, se inclinaba por el griego. Permítame V. E. decir, pues no lo hago sin pruebas, que los autores modernos españoles han embrollado la materia de que voy tratando.

En efecto; los que se han dedicado con mayor ahinco á deshacer la misteriosa esfinge celtibérica han sido D. Antonio Delgado, el Sr. Zobel de Zangróniz, el R. P. Fita, don

Aureliano Fernández-Guerra y Orbe y también V. E. Pero ¿ha acertado el Sr. D. Antonio Delgado? ¿Ha acertado el señor Zobel de Zangróniz? ¿Ha acertado el R. P. Fita? ¿Ha acertado el veterano anticuario de la Real Academia de la Historia, D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe? ¿Y ha acertado V. E.?

Respecto de D. Antonio Delgado, encuentro lo siguiente: «Nadie puede negar al Sr. Delgado la gloria envidiable de haber *resuelto el problema y desatado el arcano del alfabeto celtibérico*, vulgarizando de obra y de palabra su venturoso hallazgo, sin reserva ni cautela mezquinas.»

«Fruto de medio siglo (cincuenta años) de bien encaminado estudio y tino prodigioso, esta obra del Sr. D. Antonio Delgado, que con tanta ansiedad se esperaba, es de aquellas que una nación digna debe proteger eficazísimamente.» Esto consta en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia, tomo I, cuaderno 3.º; febrero, 1879, páginas 221, y está en un informe firmado por el académico anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, sin duda leído el 15 de junio de 1877. Claro es que las palabras arriba entrecomadas valen cuanto vale la autoridad del autor. Ahora bien, Excmo. Sr.: ¿Dónde están las razones que el Sr. Guerra y Orbe alega para probar lo que afirma? ¿O bastan únicamente sus dichos, en calidad de anticuario, para ser acatados? ¿Ó también basta ser académico de la Historia para asegurar de un modo infalible? No hallo argumento alguno, respecto de lo primero; y por lo que á lo segundo toca, en la ciencia no hay infalibilidad de ninguna clase, y menos faltando toda clase de razones, cual sucede en el informe de dicho señor anticuario.

Esto, mirando el asunto extrínsecamente. Intrínsecamente ha debido tener toda la cautela que al sabio corresponde, y aquí el Sr. Guerra y Orbe, aunque todos los españoles que nos dedicamos al estudio de la antigüedad le tenemos como un sabio y verdadero maestro, no ha debido dejarse llevar por una impresión del momento, dando una caída lamentable. Y si no, continúe V. E. leyéndome.

Toda inscripción, epigráficamente considerada, encierra dos cosas. Primera, signos; y segunda, lenguaje.

1.^a *Signos*.—Para conocer el verdadero valor de éstos, cuando las inscripciones (sea cualquiera el objeto donde aparezcan) se hallan en una sola nación, es necesario comparar el mayor número de ellas entre sí para venir en conocimiento de lo que cada signo es en sí, y el destino representativo que tiene.

Además, hecho lo arriba expresado, hay que dar á cada uno *un solo valor*, una sola representación, pues las letras en el alfabeto, que se consideran como de propagación, si no de origen fenicio, encierran *siempre uno solo*. Por lo tocante á la comparación de los caracteres entre sí, confieso que se ha hecho á veces por D. Antonio Delgado, pero de un modo imperfecto, siendo esto causa de que se falte á lo segundo, dando valores desiguales á idénticos caracteres, aun en inscripciones sumamente cortas. No dudo que la culpa recae en el grabador; pero es una razón muy pobre hacer ignorantes á los demás, á trueque de que nuestra reputación no se aminore.

Que el Sr. Delgado hace múltiples los valores de signos idénticos, está bien manifestado en su obra: *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*.

¿No es cierto, Excmo. Sr., que los estudios *à priori* en epigrafía, en numismática y en cuanto se refiere á las lenguas en sí mismas, y en general para las disquisiciones históricas, son un procedimiento contrario á la naturaleza del asunto, y que por lo mismo pueden conducir, y de hecho conducen á errores de consideración y hasta á errores *crasos*?

Pues bien; el académico anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe santifica proceder de tal índole, cuando admite lo que el Sr. Delgado dice: «Uno de los inconvenientes que se tocan al descifrar las leyendas con caracteres «exóticos de las monedas antiguas de España, dimana de «que se ha juzgado casi insuperable el conocimiento de la «lengua en que fueron escritas; pero esto, que *debiera consi-* «*derarse inconcuso* si se tratara de la interpretación de un *epí-* «*grafe largo*, pierde su importancia cuando se considera *à* «*priori* que dichas leyendas numismáticas *sólo* deben conte- «ner nombres propios, ya de magistrados ó de ciudades, *pues*

» *que conocido el alfabeto*, podemos ver si el nombre que resulta
» es de población mencionada por los geógrafos é historiado-
» res. La interpretación de las leyendas ofrece otras dificulta-
» des, porque además de los nombres propios, deben llevar
» anexionadas desinencias, cuya inteligencia es casi imposible
» *si se ignora la lengua de que proceden.*»

Analícemos: La dificultad consiste en el conocimiento de la lengua: pero según Delgado, no há lugar en epígrafes cortos, pero sí es *inconcuso* en epígrafes largos. Y en epígrafes cortos no há lugar porque *à priori*, etc. Esto último es á todas luces inadmisibile, y más cuando añade lo de las «desinencias anexionadas, cuya inteligencia es *casi imposible*, si se ignora la lengua de que proceden.»

Ahora bien; todos, hasta ahora, dicen en sus escritos que no se sabe cuál es la lengua denominada celtibérica. No sabiéndose cuál sea, las *desinencias* anexionadas son de inteligencia casi imposible, según el Sr. Delgado. Lo que antecede á la desinencia en epígrafes cortos, se ha de deducir también *à priori*, no en epígrafes largos. Y para interpretar las leyendas celtibéricas, aun en epígrafes largos, no se sigue otro procedimiento que el del Sr. Delgado, como puede verse en las interpretaciones que se han dado, y yo rechazo, como inexactas y anticientíficas. ¿Qué le parece, Excmo. Sr.? ¿No es esto santificar por el señor anticuario de la Academia esa fuente inagotable de inconcebibles errores? Y ante proceder semejante, ¿uno debe cruzarse de brazos y decir: *Credo, quia magister dixit?* Nunca. Tanto vale un escritor, cuanto prueba, y nada más.

¿Ha resuelto el problema el Sr. Delgado? ¿Ha tenido el señor Guerra y Orbe fundamento sólido, gramatical y filológico para su informe de avanzada? Una cosa es el respeto, y otra la ciencia. Sin faltar al primero, deben siempre defenderse los derechos sagrados de la segunda.

Veamos ahora si lo ha conseguido el Sr. Zobel de Zangróniz. Tampoco. Y aquí, fiándome de la autoridad del señor Guerra y Orbe respondo tan categóricamente. La prueba consiste en lo arriba copiado del *proto informe* del Sr. Guerra y Orbe; pues en la obra misma encuentro en el artículo co-

responsable á *Iptuci* lo siguiente: «La atenta lectura de su
 »trabajo (Zobel) así como la del ensayo del Sr. Heiss, y la
 »mutua comparación de las letras desconocidas sacadas de
 »las monedas bien conservadas, nos han convencido de que
 »hasta el presente no tenemos datos ciertos para congratu-
 »larnos de haber averiguado el valor verdadero que en nues-
 »tro alfabeto corresponda á ninguno de los caracteres de las
 »leyendas de *Iptuci*. Bien podemos desafiar á los más entu-
 »siasmas soñadores del espiritismo para que busquen un *me-*
 »*dium* que nos saque de esta dificultad.»

Así habla el Sr. Gago en la obra del Sr. Delgado, informada por Guerra y Orbe.

Pero aún hay más: el mismo Sr. Gago, en el artículo que corresponde á *Oba*, escribe:

«En varios artículos de pueblos lybio-fénices de la Bética,
 »escritos por mí en esta obra, he celebrado los laudables es-
 »fuerzos de los Sres. Zobel y Heiss, para interpretar las leyen-
 »das de esa raza, si bien lamentando que hasta el presente no
 »hayan tenido resultado positivo sus estudios. No es extraño:
 »las monedas descubiertas hasta hoy no pueden contener da-
 »tos seguros para la interpretación de la escritura de unos
 »pueblos de quienes no conocemos otros monumentos escri-
 »tos, y cuya historia y civilización nos son, por otra parte,
 »completamente desconocidas.

»Por lo mismo no he querido aventurar opiniones, ni ma-
 »nifestar las contradicciones en que incurren esos autores (1)
 »al exponer las suyas, contentándome con remitir á los aficio-
 »nados á que lean las elucubraciones de aquellos sabios.»
 Y después: «Basta de interpretaciones: con decir que Zobel
 »ha sacado su *Oba* leyendo aquellos caracteres de izquierda á
 »derecha, mientras Heiss ha tropezado con su *IVBV* ó *IVBIV*
 »leyéndolos de derecha á izquierda, queda dicho lo bastante
 »para probar la tesis que desde un principio viene sustentan-
 »do el autor de estas líneas, á saber: los datos que hasta
 »el presente sirven de base al estudio de las leyendas in-

(1) D. Aureliano, V. E. fíjese,—*Contradicciones*.

» ciertas, no son suficientes para que por ellos se pueda formar un juicio probable sobre el valor y correspondencia de las letras desconocidas que se ven en el grupo de las monedas que venimos llamando lybio-fénices. Las interpretaciones dadas á esos caracteres no pasan hasta hoy de la categoría de meras conjeturas: muchas de ellas son *completamente infundadas* (1) y no pocas pueden clasificarse de *contrarias al genio é índole de las lenguas orientales* (2).

» Tal es por desgracia el resultado de nuestro estudio, que estamos dispuestos á comprobar (3) más extensamente, si alguien lo necesita. Esperamos confiadamente que el tiempo nos descubrirá la clave de esos misterios de la antigüedad, como ha sucedido con otros muchos; pero hasta el presente, y con relación á las conjeturas de Zobel y Heiss, representantes en España de los últimos y más recientes adelantos, lo que se puede afirmar es que todavía esos maestros no han logrado darnos completa seguridad, ni aun siquiera acerca de la dirección oriental ú occidental en que deben considerarse escritas tales leyendas.»

- ¿Dice algo el informe respecto del Sr. Gago? ¡Ni una palabra!

Cuando escribía mi libro *Datos epigráficos y numismáticos de España*, no tuve la obra del Sr. Zobel. Hoy, gracias á su generosidad, poseo un ejemplar que, sin merecimiento de mi parte, se ha dignado regalarme. Examinados los diferentes cuadros alfabéticos, hallo que es un infatigable obrero de la ciencia, que ha resuelto algunas dificultades, pero que las esenciales han quedado en pié. También para él es signo de R el que ya aparece en su verdadero valor de *Ph* en el P. Montfaucon, *Paleographia græca*.

Y del P. Fita ¿qué voy á decir? La verdad lisa y llana. Para él la dificultad existe, y si no léase lo que él mismo dice: *¡Tanto importa el estudio de las antiguas inscripciones!*

(1) D. Aureliano, fíjese bien.

(2) Esto es muy grave.

(3) Ya lo sabe V. E., D. Aureliano. En Sevilla está el autor.

Con ellas viene justamente resuelta, ó por lo menos desenmarañada la cuestión magna del iberismo (1).

«Ninguna conclusión palmaria podremos, no obstante, ni
 »debemos sentar mientras que la esfinge de las inscripciones
 »ibéricas no se deje arrebatarse su arcano, ó no se estudien á
 »fondo con el tiento, diligencia y tino que la ciencia requie-
 »re» (2). Y en otra parte: «De su atención he logrado una
 »muy docta carta (del Sr. Zobel), que hace á mi propósito y
 »que creo de justicia dársela á conocer á la Academia antes
 »de proceder yo á preparar la traducción de escritura tan di-
 »fícil, faltándonos, como nos faltan, hallazgos de algunas
 »inscripciones bilingües (3) que nos pongan en camino de
 »descifrar el que hasta ahora ha sido enigma de la ciencia.
 »¡Ojalá que de igual suerte que se descubrieron inscripciones
 »políglotas como la de Roseta y la de Behistun, las cuales
 »dieron la clave para interpretar y hacer revivir en sus pro-
 »pias lenguas los fastos del Egipto y los anales de Darío
 »Histaspes, se acerque el día en que parezca algún monu-
 »mento de la España antigua en caracteres celtibéricos y pú-
 »nicos, ó griegos, ó latinos, en donde pueda estudiarse ver-
 »daderamente la gramática y el genio de aquel idioma que
 »alentó vigoroso, espléndido, en boca de los numantinos, y
 »ha entrado por mucho en la formación del habla castellana!
 »Yo me contentaré, si logro desbrozar el principio del ca-
 »mino, para que hombres más doctos y afortunados lleven á
 »feliz término la empresa.»

Según las teorías que combato, la carta de Zobel es admirable, y de ella deduce Fita encontrarse comprobados *hasta la evidencia* (4) dos teoremas que se había propuesto demostrar, y son:

- 1.º Que la plancha de Luzaga es auténtica.
- 2.º La escritura que aparece en ella es celtibérica y celti-

(1) Restos de la declinación céltica y celtibérica, etc., pág. 54.

(2) Id. id., pág. 168.

(3) No faltan en absoluto inscripciones bilingües. Las monedas de *Bilbilis* y de *Gili* son de esa clase.

(4) *Evidens quod per se patet. Hoc loco evidentia abest.*

bérico *debe* ser también el idioma en que está redactado el epígrafe.

Pero en este punto tropezamos con una dificultad gravísima. El epígrafe es largo y dice el Sr. Delgado (lugar citado transcrito) que debe considerarse *inconcuso* ser casi insuperable *el conocimiento de la lengua* tratándose de la interpretación de un epígrafe largo. ¿Qué le parecerá esto al anticuario académico de la Real Academia de la Historia? El con su informe condena á la vez el procedimiento de Fita y el de Zobel. *Pro me laborat*, pues entonces á sí mismo se condena cuando admite lo que dicen Fita y Zobel; y de aquí se desprende como necesaria consecuencia, que tampoco el Sr. Guerra y Orbe ha dado un paso en recto en materia semejante; y á la verdad, siempre que en sus estudios le ocurre algo de lo que á celtibérico se acerca, lleva de lazarillo al P. Fita.

Llego ahora á tratar de lo hecho por V. E. Créame, excellentísimo señor. Voy á ser tan claro como siempre. Es V. E. demasiado humilde, y por lo mismo se ha dejado arrastrar por los que ha supuesto *sabios plenos* en la materia. Cuando se ha separado de las creencias y de las teorías rancias, vetustas y anticientíficas de los que como eminencias considera, ha logrado, ó tocar la verdad ó aproximarse á ella. Aquí hay tarea larga y dejo para una carta próxima el análisis riguroso de las inscripciones que aun me faltan de su discurso de recepción. Algunas tengo ya analizadas, y por cierto que disentimos bastante en su traducción, pues cuando V. E. ha juzgado por sí ó aconsejado por Fita, según hace constar, traer á plaza una multitud de lenguas aun para un solo epígrafe, yo explico con sólo el griego esos mismos epígrafes, dando cuenta palabra por palabra y letra por letra de lo que son y significan. Pero, sobre todo, Excmo. Sr., ¿cómo no está conforme con mis aserciones cuando ninguno tanto como V. E. ha echado mano del griego? Yo que pensaba tener á V. E. de mi parte, porque en su discurso aparecen muchas inscripciones puestas en claro por medio del griego, deduciendo después de ellas un alfabeto que está en la pág. 44, me encuentro chasqueado, cuando me consta lo contrario.

Mas es preciso tener en cuenta que los caracteres gráficos

de los epígrafes que V. E. traduce se encuentran formando parte de los caracteres celtibéricos. El alfabeto deducido de los objetos de Montealegre se compone de signos que son celtibéricos como puede verse en Delgado, Zobel y aun Fita. ¿Por qué se sirve V. E. del griego para traducir? Y si la lengua celtibérica no es conocida, ¿cómo echa mano una vez del caldeo, otra del árabe, otra del egipcio y sobre todo del griego? Y cómo entran todos juntos, menos el último, en la inscripción del famoso reloj, cuando los signos á ninguna de esas lenguas pertenecen? Increíble parece, Excmo. Sr., que solamente por ser académicos se crean algunos con derecho de resistencia á la verdad. Yo por mi parte le aseguro que seré constante y activo enemigo del mal y por todos los medios posibles he de perseguirle, y más cuando silencioso se atrinchera tras los baluartes oficiales, por los que se considera invulnerable. Sólo he de hacerle salir á campo raso, y muchos ya se han extrañado y se extrañan, porque los que deben defenderse con razones científicas, solamente vocean é insultan en ausencia del interesado cuando se hallan en el sagrado recinto de la ciencia, profanado ya por la arrogancia y el despecho: ¡Qué extraño, pues, que en Olivares, en vez del fruto propio, nazcan *triadas-informes* de más embrollo que el panteísmo índico!

En resumen, Excmo. Sr., por lo que respecta á los signos denominados celtibéricos, ninguno ha encontrado aún solución. ¿Es, pues, un pecado que yo me propusiera resolver la dificultad? ¿He invadido el campo ajeno? ¡No debía, como siempre debe hacerse, echar por tierra ante todo lo que ha llegado á creerse una verdad inconcusa, cuando no es más que un error! Me cabe la satisfacción de decir, que si algún señor de los que á sí mismos se califican de infalibles hubiera podido llevar á cabo sola una sección de mi libro, á estas fechas la gran trompa de la vocinglera fama le hubiera colocado en el pináculo de la sabiduría.

Cierro la primera parte de mi carta diciendo que no se conoce el verdadero valor de los caracteres celtibéricos, y esto aun según la autoridad del señor anticuario de la Academia.

Por lo referente á la lengua, todos están de acuerdo. No

se sabe cuál es. Lo raro verdaderamente del caso que aquí sucede no debe de dejar de llamar la atención del hombre reflexivo. ¡No se sabe cuál es la lengua, y sin embargo, Excmo. Sr., los trabajos de los señores académicos encierran la verdad! Admitiremos que sean legales, como los de la comisión que juzgaba á Galileo, y mientras tanto la tierra andaba; admitiremos que sean según la ley, y según la ley los judíos crucificaron á Cristo, etc., etc.

Paso ahora á probar que según los procedimientos que la ciencia exige, se deben admitir mis teorías, si son teorías simplemente, por no encerrar la verdad.

Primero. En el tomo primero de los PP. Mauricios, en una lámina encontrará V. E. inscripciones griegas de caracteres idénticos á la famosa lámina de Luzaga. Como en este pueblo de Carrión de los Condes no tengo más que las revistas que durante el verano he recibido, no puedo citarle las páginas.

Segundo. Vea V. E. la paleografía greca del P. Montfaucon, y verá, con extrañeza tal vez, que muchos signos llamados celtibéricos allí se explican por el griego, aunque son de forma idéntica á los nuestros. No dejará de sorprenderle ver como *Ph* el signo que *VV.* quieren y se empeñan sea *R* sin razón para ello.

Tercero. En los tomos según creo quince y diez y seis de las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Francia—no puedo tampoco citar las páginas—se leen los trabajos de Fourmont, en los cuales hay inscripciones de caracteres idénticos á los nuestros, y aquellas inscripciones son griegas.

Y para que V. E. no vea que las apariencias engañan y arrastran, recorra de nuevo los estudios del sabio Freret, á quien también persiguieron por sus escritos científicos, y verá cuánta doctrina y cuán apropósito existe en el tomo 6.º de la misma obra, á la pág. 600, poco más ó menos.

Falta citar otro entre los muchísimos que existen, y me refiero al anotador de Eusebio, al célebre Scaligero. Supongo que estos autores sean bastantes, siquier no pretenda más que contrabalancear la supuesta autoridad en la materia de

D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe y del P. Fita. Entre aquéllos y éstos es de personas cuerdas acudir á los primeros.

Es verdad que los descubrimientos en época reciente han podido dejar sin valor aquellos estudios, lo cual no es verdad, y entonces en igual caso se hallaban los estudios de nuestros citados académicos, pues sus procedimientos son los de Antonio Agustín. Sin embargo, no huyo la cuestión y voy á hacer constar que cuanto aparece confirma lo contrario del parecer de nuestros académicos.

La base para el caso es el discurso de recepción de V. E. en la Academia de la Historia, del cual leo en la contestación del Sr. Guerra y Orbe que es *digna ofrenda* (1) de quien «ambicionando conocer á vista de ojos la tierra clásica de las artes y de los sublimes recuerdos, Grecia, Egipto y Palestina, contrasta el rigor del estío y afronta no escasas privaciones y amarguras...»

Pregunto, pues, ¿en los tiempos modernos han aparecido inscripciones que tengan caracteres como los llamados celtibéricos y se parezcan y sean griegos? La respuesta es afirmativa, y siguen las razones.

Primera. El mismo discurso de V. E., en primer lugar. En él solamente se trata de epígrafes de España hallados recientemente, y por el griego los traduce en su mayoría, aunque tienen caracteres celtibéricos. Discrepamos en que yo no admito el valor de algunas traducciones.

Respecto de la importancia que esto encierra, no quiero decirlo yo, sino D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe me servirá de garantía cuando asegura que «Pocas (pruebas) se pueden igualar, señores, á la de hoy, por ser materia la elegida que os reservasteis á propio y mesurado estudio, nom-

(1) La ofrenda es dignísima y él solo merece el ser académico. En él aparece un trabajo de primer orden aunque las inscripciones celtibéricas no estén bien interpretadas por lo general. Y esto por creer V. E. que solo no podía hacerlo, buscando un auxilio que le ha perjudicado. No puedo ser más claro. En mi siguiente carta trataré de todas las inscripciones.

»brando para que la examinara una comisión de vuestro se-
 »no. Y á fe que bien lo merecían la singularidad é importan-
 »cia de los simulacros y estatuas de Montealegre y lo incon-
 »ciliabile de las opiniones emitidas acerca de su antigüedad,
 »respecto de la cual los doctos que han tratado este punto
 »sólo discordan novecientos años.»

Dice luego, que no añadirá ni una «tilde á las juiciosas,
 »fundadas y nuevas conclusiones en tan oportuna sazón pro-
 »puestas y deducidas por nuestro colega.» Así se expresa
 contestando á V. E. y en esto da pruebas D. Aureliano de
 poseer el «título de verdadero hombre de bien, que vale
 más, mucho más que el de sabio,» según él mismo pone
 más abajo.

Con esto pruebo á la vez que D. Aureliano Fernández-
 Guerra y Orbe, sin quererlo, está en mi favor, cuando así se
 inclina por el grecismo, y como yo siempre digo de dónde
 tomo las materias, podrá darme el título de hombre de bien;
 pues no solamente *rehuyo vestirme alevosamente* (son palabras
 de D. Aureliano), *de ajenas plumas*, sino que á él mismo le
 denunciaría si tal hiciera.

Basta de argumentos extrínsecos, y vengamos á los que se
 dicen *ex visceribus causæ*.

Hay caracteres idénticos á los nuestros en las monedas de
 Buxentum, de Metaponte, de Populonia, de Tuder, de Fren-
 tans, de Capua, de Thurium, de Cumas, de Ancona, de Cro-
 тона, de Elea, de Tamesa, de Bruttium, de Hicetas, de Ta-
 rento (Calabria), de Posidonia, de Caulonia (Brutium), de
 Regium (Bruttium), de Agrigento (Sicilia), de Messana.

Solamente en el Manual de Hennin vea V. E. los nú-
 meros 1.º, 2.º, 3.º, 5.º y 6.º (lámina 15.^a); 6.º y 7.º (lá-
 mina 16); 1.º, 2.º y 3.º (lámina 17); 2.º, 3.º y 4.º (lámina
 19.^a), 6.º (lámina 24.^a), y 3.º (lámina 28), etc.

Lo mismo sucede con las de Elis, Cephallonia, Argos, Ita-
 nus, Methymna, Priene, Chíos, Antiochía (Caria), Myndus,
 Calymna, Cos, Rhodus, Phaselis (Lycias) y el notabilísimo
 reverso del núm. 3.º (lámina 48 Hennin), como de *Aspendus*,
 el cual sirve para aclarar las de otra localidad española, su-
 mamente interesante en la Edad Antigua.

En las islas europeas, Melos, Naxos, Paros, etc., encontramos los mismos signos.

Esto solo era muy bastante, pero yo quiero, á quien dude, abrumarle con razones, y que conozca, si no ve, ser de aquellos *quos Deus vult perdere prius dementat*, y que tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye.

En el *Jahresberischt über die Fortschitte der classischen Alterthumswissenschaft Erstes Heft*, empieza el doctor Herman Röhl, en Berlín, una revista de Epigrafía griega desde 1878 á 1882.

Caracteres idénticos á nuestros celtibéricos encuentro en las páginas 44, 45, 50, 53, 54, 55, 56, 57, 61, lo notable de la 63, 64, 65, 84, 86, 89, 94; *Zweites heft*, página 97, lo notable de las páginas 101, 115, 117, 131, 132, 134 y 135.

Hay más todavía. En la misma publicación, *Siebentes und achtes heft*, el doctor R. Weil da también cuenta de los estudios numismáticos de numismática antigua hechos desde el año 1877 á 1880, y al tratar de la griega pueden verse las páginas 392, 393, 394, 396, 398, 400, 401, 402, 403, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 414, 415, 416, 417, 419, 420, 425, 426, 427 y 428; donde se encuentra de un modo clarísimo el valor de *th* en el signo como una *o* con un punto central, como en las monedas de *Diro*, y así puede continuarse hasta la página 432, donde por ahora termina.

¿De dónde son las inscripciones y monedas de que dan cuenta los doctores Röhl y Weil? ¿Son de España? Precisamente ninguna, dando la rara coincidencia de no haber signo alguno extraño, cuando en las páginas 398 y 399 trata el doctor Weil de escritos de los Sres. Zobel, Rodríguez Berlanga, y de Alvaro Campaner y Fuertes. Signos iguales, ¿no han de encerrar los mismos conceptos bajo formas gramaticales idénticas? El constante resultado favorable en mis traducciones, será la mejor prueba, como puede verse en mi libro, que tanto coco está haciendo, aun entre aquellos que no le entienden.

Veamos qué sucede en Italia después de lo dicho de Alemania. El *Bulletino dell Instituto de Correspondenza Archeologica per l'anno 1883*, presenta lo mismo que voy defendiendo en las páginas 14, 15, 16, 20, 34, la notabilísima de la 51, lle-

vada tal vez de España en alas de alguna esfinge hacia la *Cucumella* para colocarla luego en la *Cucumelletta*, y por lo mismo no deberemos creer á *W. Helbig*, 68 y 76.

Respecto á Francia, véase la nota que tiene el sabio *Le-normant* en el primer tomo de su obra *Propagación del Alfabeto Fenicio*, pág. 151, que dice así: *En parlant ainsi, je laisse de coté la question de l'influence que l'écriture grecque a exercée plus tard sur cet alphabet (1) et dont su certain nombre de signes portent l'empreinte manifeste. Je ne me ocupe que de ceux qui s'en montgent le mieux séragés.*

Por último, Excmo. Sr., también se encuentra ya algo en Inglaterra, como inmediata consecuencia de ver en nuestras monedas é inscripciones llamadas celtibéricas, el grecismo que en realidad encierran, y *la teoría del Sr. Mínguez que se abrirá paso*, según ha escrito una persona de valía, y que no me conoce, á un catedrático de Valladolid, desde Madrid, donde quien lo ha escrito tiene su residencia habitual. En el núm. 44, vol. VIII, agosto 1883, pág. 75, columna segunda del *THE ANTIQUARY* de Lóndres, puede leerse lo siguiente:

«Society of Antiquaries of Scotland: June 14 th.—Dr. Arthur Mitchell, Vicepresident in the chair.—In the first paper, Dr. R. Angus Smith, Manchester, discussed the question, «Who are the celts?» Oneness of language, he remarked, was no proof oneness of race. Ireland was a great example of the separate existence to the present time of various races. The nations now called Celtic, and those also which were called Celtic, have little similarity, and in some cases are remarkably diverse, as un like each other as any one race is different from another. Taking the people of Gaul and of Celtic Britain and Ireland he found that they did not answer the description of any theory of the Celts whatever. The Welsh and Irish are remarkably different in height, in weight, in expression of countenance as well as in character. He regarded the races at present called Celtic as more mixed than less Western races, and as containing types from the ear liest times. The Celtic nations were made up of various peoples mixtures of men who came to

(1) Trata del celtibérico. En mi libro digo algo del mismo autor.

Europe before them as well as after them; and their languages are in part remnant of the pre Celtic tongues which were overpowered by the true Celtic.»

Pero lo más raro es, Excmo. Sr., que también ya en España hay académicos que aceptan mi manera de interpretar las lápidas, aunque oficialmente la rechacen é intriguen. El R. P. Fidel Fita, profeso de la ilustre Compañía de Jesús, siendo uno de los que más se distinguieron en la sesión famosa, traduce las inscripciones de Vascos, Valdeverdeja y Talavera, siguiendo el criterio del grecismo. No hay que despreciar los libros para servirse luego de ellos á mansalva.

Yo he dado la voz de alerta respecto del P. Fita en un periódico de Madrid, y continuaré haciéndolo siempre que se sirva de lo que nada vale, no siendo suyo.

Ya ve V. E. que no puedo ser ni más claro ni más breve, ni me faltan razones para defender mis doctrinas.

Algunos me dicen que me perjudica mucho el tratar duramente á nuestros sabios. Yo creo que el error no merece compasión, así exista en Fita, como en Guerra y Orbe. Tienen una ventaja; que la guerra es franca y abierta, no por ser lo que son, sino por lo que dicen. Tolerar el error es una iniquidad; defender el error, por ser amigos los sostenedores, será siempre la mayor calamidad para un pueblo: proclamar el error, porque sus autores se encuentran en candelero, es ya lo más subido del cinismo y de la desvergüenza. Al error, guerra á muerte, esté donde esté y defiéndale quien lo defienda, y guerra sin piedad, sin tregua y sin cuartel.

Con relación á lo último subrayado, debo advertirle que cuando se tratan en sesión secreta cuestiones de ciencia y de informes, poca confianza tienen en sí mismos los que de tales medios se valen. Luz, mucha luz. La ciencia es luminosa y clarísima, y las tinieblas son hijas, además de encubridoras, del error.

¿Qué le parece á V. E.? ¿tendrán valor para votar en sesión pública y con voto firmado en contra de mis doctrinas algunos respetables individuos de esa Academia de la Historia? ¿Por qué se valen del secreto y de la incógnita? Le aseguro que no concluirá el nuevo curso académico sin que

procedimientos de esa índole, exceptuando los asuntos de cuentas y de presupuestos, dejen de existir, porque la guerra que se prepara es inevitable y no tardará la prensa en caer como un turbión, pidiendo el necesario remedio á tan inconcebibles como lamentables abusos. De esa manera, no solamente hará justicia la Academia, en cuanto Academia, sino que evitará se publiquen ciertos géneros de *bombos*, obras como una que está ahora en publicación y que empieza, pásese V. E., *et risum teneant amici*, nada menos que con el alfabeto de nuestro *primer padre Adam*, verdadera antigualla, que no podrá menos de venerar el ilustre anticuario de la Real Academia de la Historia.

Dispense las últimas variandas, Excmo. Sr., y mande á su amigo,

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

Carrión de los Condes, setiembre de 1883.

NOTA I.^a—Después que ha recibido V. E. la anterior, algún tanto accidentalmente variada al fin, han llegado á mi poder dos libros nuevos; uno de *Anatole Bamps*, titulado *La quatriene session du Congrès international des americanistes, etc.*, y otro de C. A. SERRURE: *Etudes Gauloises* ó sea *Le Gaulois, expliqué au moyen de l'Archéologie de la Numismatique, de l'Histoire et la Philologie comparée.*

Respecto del primero, debo decir que en él se da como sentado por el Sr. Bamps, sin fundamento alguno, ser *presque complete le déchiffrement* de la lámina de Luzaga, no siendo más que un capricho completo, pues ni por sueño aparece en ella el término ARREGORRATOK, y sí únicamente en la testa de sus admiradores. No habiendo, pues, base, el edificio viene al suelo.

El Sr. Serrure ya camina por rumbo más seguro. También se presenta como insurrecto y dice: «Un professeur d'Université belge s'exprimait ainsi au sujet de notre seconde étude: *C'Est un travail complètement en desaccord avec toutes les données de la science,*» y añade Serrure: «Cambiad ciencia en rutina científica y acepto el juicio.» Vea, Excmo. Sr., cómo también por

allí pegan, y pegan con inscripciones también griegas (¡qué casualidad!)

Mr. Serrure tiene ideas completamente opuestas á las del Sr. Zeuss *grand prêtre de cette hérésie historique*; y el Sr. Zeuss es el gran Santo Padre para Fita, cuya manera de interpretar las lápidas denominadas célticas y celtibéricas, debe ser reprobada en absoluto por la ciencia y lo será, y él mismo la ha reprobado ya en sus estudios últimos de Talavera, Vascos y Valdeverdeja.

Fiel discípulo de Feuss, ha caído en lamentables errores, errores que se deben confesar y abandonar; que entre verdaderos sabios no es mengua ni desdoro el decir, *me he equivocado*, y sobre todo reinando en el pecho la humildad de Cristo.

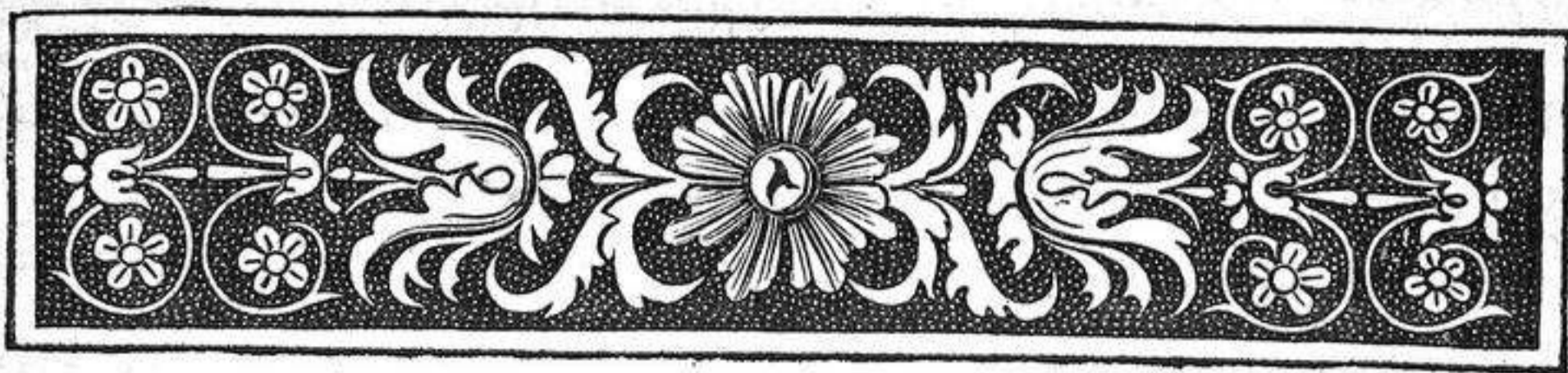
Concluyo, pues, Excmo. Sr. Tengo en mi favor los modernos estudios de Alemania, los de Inglaterra, los de Italia, Francia y Bélgica.

¿Qué resta? Que VV. dejen en el museo arqueológico sus arqueológicas ideas y que cuantos miran con prevención los estudios ajenos, los examinen con calma é imparcialidad—si los entienden—y luego juzguen: de otra manera la derrota no la podrán evitar, temprano ó tarde, pues no soy partidario de las impacencias.

NOTA 2.^a—Puede V. E. examinar muy detenidamente los escritos del P. Fita publicados en el *Boletín* de la Academia de la Historia, á partir desde abril desde el año próximo pasado, y se convencerá de que *poco á poco* y disimuladamente va admitiendo mi *excomulgado* sistema para interpretar las lápidas, y si en el de octubre ya duda del eúskaro, en el de diciembre deja caer á lo disimulado lo siguiente: «Y las influencias del *griego* en nuestro *romance* se dejarán más y más apreciar conforme vaya creciendo el estadio de la Epigrafía.» (*Boletín*, pág. 386, diciembre.) Esto prueba que admiten lo que digo y *oficialmente* quieren borrarlo. Conocida la estrategia enemiga, todo importa poco.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

Carrión 5 de febrero de 1884.



D. ANTONIO MARÍA ESQUIVEL

UNA feliz casualidad puso en nuestras manos la biografía á que sirven de introducción estas líneas. Escrita por un literato de mérito, padre de uno de nuestros primeros críticos contemporáneos, cuya muerte lamentan las letras españolas, desde luego llamaron nuestra atención los curiosos datos que la obra contiene, especialmente acerca del juicio que del pintor de que se trata formó la opinión pública en las diversas épocas de su azarosa existencia artística, y no queriendo privar á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA de tan cumplido y concienzudo resumen, que lo es al mismo tiempo del gusto y conocimientos pictóricos en los albores de la restauración de sus buenas tradiciones en España, harto descuidadas por entonces, salvo honrosas y escasas individualidades, que mantenían á duras penas el fuego sagrado, resolvimos aprovechar el trabajo que teníamos á la vista, aderezándolo de un modo conveniente, á fin de ofrecerlo al público completo (pues el autor lo escribió años antes de morir el Sr. Esquivel), y aun ampliado con varias noticias, unas que recordamos y otras del dominio del arte, como sus elocuentes manifestaciones, mas siempre tomando por base fundamental el manuscrito primitivo.

Esto hemos hecho. Si algún defecto se nota, nuestro será; pero nunca la propensión de adornarnos con plumas ajenas.

He aquí, pues, la biografía:

«La vida de un artista célebre, cuyas obras han merecido los más entusiastas elogios, que muestra en ellas su genio, su facilidad extraordinaria, su rara invención y las singulares dotes de su talento, y que al mismo tiempo puede decirse que es continuador de una escuela que forma la gloria del país en que nació, es un capítulo interesantísimo de la historia de las artes. ¿Qué es ésta, sino el estudio filosófico de los artistas que sucesivamente han cooperado á los progresos y esplendor del arte que han ejercido? ¿Qué es la historia de éste, sino la noticia circunstanciada y el análisis profundo de las obras que han producido y que han dado la inmortalidad á sus autores? Todavía es mayor el interés que inspiran cuantas noticias se refieran á un artista eminente, si éste, por otra parte, ha gozado entre sus contemporáneos de una gran popularidad, si por algún tiempo ha sido víctima de la desgracia, si de una condición abatida, y aun casi desde la indigencia, ha tenido la dicha de elevarse hasta ser un objeto de pública admiración, adquiriendo honores, distinciones y aplausos, mereciendo los más lisonjeros elogios de aventajados escritores, y asegurándole sus obras una fortuna cómoda, independiente y feliz. Afortunadamente, en pocos años se ha verificado entre nosotros y aun consumado una gran revolución social. Pasaron los tiempos en que los artistas eran desdeñados de los poderosos, que sólo los consideraban como instrumentos de su capricho, destinados á hacer ostentación de su grandeza y opulencia: el pintor y el escultor estaban considerados casi en la clase de artesanos, pues se miraba como oficio mecánico ó como una habilidad natural el hacer retratos de potentados, ó imágenes para los retablos de las iglesias. Ya hoy se miran las artes como una carrera larga y difícil, que requiere grandes disposiciones naturales, que exige un estudio constante y profundo, y cuyos progresos aseguran una alta posición social y una gloria pura é inmarcesible: ya no se mira al músico como dedicado al recreo y frí-

voló pasatiempo del primero que lo paga, ni al poeta como un ente miserable y estafalario, de quien se echaba mano para villancicos ó para celebrar en algún mongío ó misa nueva las prendas de la nueva monja, de los padrinos, del predicador ó del misacantano. Hoy los artistas son honrados según su mérito, son considerados entre las clases científicas ó literarias; son estimados y apreciados, por lo que contribuyen á la gloria nacional: merecen de los Gobiernos honrosas condecoraciones; asisten á los saraos y banquetes de los grandes; se sientan á la mesa de los Reyes; sus obras se exponen, como en la antigüedad, á la admiración y á los aplausos del pueblo; y en todas las naciones civilizadas, desde el Monarca hasta el último súbdito, no hay persona culta y bien educada que no desee ser iniciada en los misterios de la artes, y que no se considere desairada si carece de inteligencia en ellas, y del gusto delicado y fino de los artistas.

Casi terminaba la época que ligeramente hemos trazado con algunos débiles rasgos, cuando en 8 de marzo de 1806 nació en Sevilla D. Antonio María Esquivel; fueron sus padres D. Francisco y D.^a Lucrecia Suárez Urbina, natural ésta de dicha ciudad. Su padre, capitán de caballería, que había prestado señalados servicios á la causa de la independencia nacional, pereció en la memorable jornada de Bailén. Huérfano nuestro artista en los primeros años de su infancia, debió su crianza y educación á la tierna solicitud de su madre. Tuvo ésta un singular empeño en que fuese educado con el mayor esmero, proporcionándole la instrucción acomodada á su edad y á su escasa fortuna, y que podía adquirirse en aquella opulenta ciudad. Tenía Esquivel parientes ricos; pero todos se alejaron de esta infeliz familia, mientras se halló sumergida en la indigencia. Su madre, reducida á muy escasos recursos, tuvo, para que su hijo fuese instruído en las primeras letras y humanidades, como principio y fundamento de la carrera literaria á que pensaba dedicarlo, consultando sus inclinaciones, que vivir con la mayor estrechez, deshaciéndose de cuantas alhajas poseía.

Desde niño dió muestras Esquivel de su amor á las artes y de su especial disposición para ellas. En la escuela de pri-

meras letras se entretenía en los ratos de ocio en recortar figuras de papel, pintar muñecos con colores hechos por él mismo y en otros entretenimientos de esta clase, que le suministraban objetos que regalar ó vender á sus compañeros. Estas muestras de la afición de Esquivel llegaron á ser tales y á producirse con tal facilidad y desembarazo, que llamaron la atención de su maestro, quien no pudo menos de aconsejar á su madre que lo dedicase á las artes, en vista de las singulares disposiciones que desde luego descubría en su alumno. Dicha señora, en quien no habían aun desaparecido las preocupaciones de clase, que al principio hemos iniciado, repugnó algún tanto las insinuaciones del maestro. Pero fueron tantas y tan repetidas las instancias de éste, que al fin se resolvió aquella señora á que su hijo entrase en la Academia de Bellas Artes. En el primer año que asistió no hizo Esquivel grandes adelantos, pero en el segundo sobresalió de tal modo, que se ganó desde luego el aprecio de sus maestros, que con el mayor afecto le suministraban estampas y cuadros, que nuestro artista copiaba con singular entusiasmo. Los profesores de la Academia celebraban la extraordinaria afición de Esquivel, y se complacían en sus rápidos y brillantes progresos. No por eso abandonó la carrera de las letras, concurriendo, á instancias de su excelente madre, á las clases de latinidad del colegio de Santo Tomás, donde por su aplicación mereció el cariño de sus directores y maestros.

Contribuyó mucho á que no se entibiase su afición á la pintura, y antes por el contrario, á que fuese cada día más viva y más vehemente, la casualidad de vivir enfrente de su casa un dorador de molduras llamado D. Juan de Ojeda. Viendo éste la afición de Esquivel, le facilitó varios cuadros para que los copiase, y le brindó desde luego con su casa y estudio. Desde entonces pasaba Esquivel en casa de Ojeda la mayor parte del día, ocupado constantemente en pintar, copiar ó dibujar. Estos ejercicios, unidos á los estudios de la Academia, le proporcionaron que hiciese grandes adelantos, hasta el punto de adquirir un nombre distinguido entre los profesores y aficionados de aquella ciudad. La reputación que merecía y la perspectiva que sus talentos le ofrecían no

podían menos de lisonjear á su madre, que ya se mostraba complacida de la carrera que había emprendido su hijo. Don Francisco Oviedo, sujeto amantísimo de las artes, que se prometía mucho del talento y aplicación de Esquivel, se lo llevó á su casa, encargándose de suministrarle todo lo necesario para su subsistencia y educación. Pero antes había empleado algún tiempo estudiando al lado de D. Francisco Gutiérrez, pintor de bastante mérito y excelente imitador de Murillo; pero este artista, que podía considerarse como meramente práctico, pues casi ignoraba los secretos del arte, no podía satisfacer el anhelo de adelantar que devoraba á Esquivel. Ni D. Francisco Gutiérrez, ni otros pintores de aquella ciudad eran capaces de dirigir á Esquivel en los atrevidos vuelos de su genio. Había nacido artista, y sus extraordinarias dotes no podían acomodarse á la imitación servil de tal ó cual escuela, de éste ó de aquel pintor. El conocimiento profundo del arte que en aquellos momentos su mismo talento le revelaba, lo impulsaban á mayores estudios y le hacían desear con ardor mayores progresos.

Según la época en que se educó Esquivel, según la nobleza y energía de sus sentimientos y según la ilustración y cultura de la ciudad en que nació y se educó, no podía menos de abrazar con calor la causa de la libertad de su patria. Alistado en las filas de la Milicia Nacional, se distinguió por su celo, por su amor al orden y por su exactitud en el servicio. Siguió sus banderas hasta el memorable sitio de Cádiz y defensa del Trocadero, en que tanta parte tuvieron los nacionales de Sevilla. Correspondía Esquivel á la 7.^a compañía, habiendo pasado después á la de granaderos que mandaba D. Manuel Cortina. En todas las acciones y escaramuzas á que dió lugar este célebre sitio se distinguió Esquivel por su pundonor y su valor, mereciendo por estos hechos que en 1840 le agraciase el Gobierno con la cruz y placa del sitio de Cádiz. Apesar de la molestia y sinsabores que le proporcionaban aquel género de vida y las calamidades públicas de aquella época, no abandonaba el lápiz y el pincel, y los ratos de descanso que le permitía el servicio, los empleaba en sus estudios artísticos, manejando con la misma destreza y

valentía, según expresión feliz de un escritor, la espada de Marte y el pincel de Apeles.

Vuelto á Sevilla, despues de aquella desgraciada jornada, el cultivo de las artes pudo algún tanto consolarle de los males y humillación de nuestra patria. Cada vez era mayor en él el ansia de saber y adelantar. Su crédito en Sevilla se aumentaba de día en día, y era ya en aquel tiempo considerado como uno de los pintores que hacían más honor á aquella escuela. Ejecutaba cuanto veía y cuanto se proponía; sus obras eran apreciadas y continuamente se las encargaban. Entre las personas que más le favorecieron en Sevilla, debemos hacer mención de D. Guillermo Strachán, secretario que había sido del Gobierno político en aquella ciudad, el cual lo tuvo en su casa muchos días, ocupándolo en varias obras para su museo particular, y recompensándole estos trabajos con esplendidez y caballerosidad; y del cónsul inglés en la expresada ciudad, Mr. Williams, que le suministró dos onzas para el viaje que emprendió á la corte, no habiendo podido hacerlo antes en compañía de su amigo, el profesor D. José Gutiérrez, por no dejar á su familia sin recursos para su subsistencia.

A poco de llegar á Madrid fué nombrado individuo de la Academia de San Fernando, y en 1.º de julio de 1832, socio de mérito de la misma. Esta muestra de aprecio fué lisonjera para Esquivel, como un testimonio de la estimación que merecía á los profesores de la corte, y como una honrosa calificación de su sistema artístico. Es esto tanto más singular cuanto que verdaderamente no tuvo nunca un maestro que lo dirigiese. De él puede decirse que formó su gusto por sí solo, sin otro auxilio que el que le prestaban las obras, que profundamente estudiaba, de los grandes maestros del arte: conversaba sobre materias artísticas con todos los profesores de Sevilla, mientras residió en esta ciudad; analizaba las obras clásicas, y con el lápiz y el pincel ejecutaba diversos ensayos sobre composición, estilo y gusto, empleando todos estos medios para formar ó mejorar ó rectificar el que sus facultades naturales le inspiraban. Las primeras obras que trabajó en Madrid aumentaron su crédito, y le suministraron

suficientes recursos para trasladar su familia á la corte, decidido ya á fijar en ella su residencia. Desde los veintiún años de su edad se hallaba casado con D.^a Antonia Rivas, señora de excelente trato y de una familia distinguida.

Su establecimiento en la corte fué para Esquivel el principio de una fortuna cómoda y de una situación agradable. Entre los profesores y aficionados gozaba de una elevada reputación. Las personas más distinguidas de la corte le manifestaban el mayor aprecio y se complacían en su trato; y su fortuna le permitía vivir con desahogo y gozar de más regulares comodidades.

Cuando en el año de 1837 se fundó el Liceo en esta corte, Esquivel fué de los primeros artistas á quienes convocó el fundador, D. José Fernández de la Vega, y que con más celo y entusiasmo cooperaron al esplendor de esta sociedad artística. En la primera Exposición que ofreció al público el Liceo, las obras de Esquivel sostuvieron la justa celebridad de la escuela sevillana, haciendo recordar con entusiasmo los nombres de Murillo y de Velázquez. Los cuadros de Esquivel, así como los de Gutiérrez y Bejerano, fueron considerados como una prueba del renacimiento de la escuela sevillana, tan nacional y de tan exquisito gusto. Esquivel presentó una *Vénus*, en extremo notable por la frescura de sus tintas y por la belleza ideal de las formas. Presentó también una *mezza-figura* femenina, que en concepto de algunos inteligentes no es fácil decidir entre ésta y la anterior á cuál debe darse la preferencia. Una cabeza ideal de un lindo joven, añadía á su singular mérito la circunstancia de haber sido pintada de noche en el Liceo, adivinando el efecto que debían causar los colores á la luz del día. Teniendo Esquivel la singular habilidad de imitar con destreza y agilidad el estilo ajeno, presentó un cuadro de Psiquis y Cupido en que imitaba la manera de la escuela moderna francesa. En otro cuadro, cuyo asunto y estilo pudieran calificarse de *románticos*, representaba á un hombre asesinado, y á otro que sin soltar el puñal sangriento, mostraba la víctima de sus celos á la mujer que había violado la fe conyugal. La expresión de los semblantes y las actitudes de los dos personajes vivos descu-

brían la situación cruel en que se hallaban. Con razón observó por aquel tiempo un crítico que en esta composición no tenía la menor parte la escuela andaluza, pues Murillo, pintor de vírgenes y de niños, jamás desempeñó otros asuntos, ni entendía gran cosa de asesinatos, puñales y adulterios. Todavía merecieron mayor aceptación seis apóstoles pintados por el mismo Sr. Esquivel, para la catedral de Sevilla. El hermoso colorido de estos cuadros, con tintas bien distribuidas y luz dorada, la buena posición y buenos paños, la expresión adecuada y la corrección del dibujo, merecieron los mayores elogios de los inteligentes, y elevaron al más alto grado el crédito del pintor. Según expresión de un escritor inteligente, «en el siglo venidero se citarán estos cuadros con más aprecio que en el presente.» Un retrato del Sr. Fernández de la Vega, ejecutado á la aguada por el señor Esquivel, mereció también los mayores elogios y dieron á conocer los talentos de un pintor á quien eran familiares todos los géneros y todos los estilos.

En la Exposición de la Academia de San Fernando presentó aquel año un cuadro de la *Transfiguración*, del que un escritor inteligente dió cuenta al público en la *Gaceta*, en los términos siguientes: «Hemos dejado de intento para este lugar el precioso cuadro que ha presentado á la pública expectación el célebre artista D. Antonio María Esquivel, que representa la *Transfiguración* en el Tabor. Vemos con placer que la escuela sevillana alza laureada su frente después de muchos años de embate, en que escuelas extrañas pensaron confundirla con la rivalidad; pero Velázquez, Murillo, Zurbarán, Valdés, Herrera y otros muchos grandes pintores señalaron de una manera indeleble la senda del orgullo nacional, que desde su tiempo ennobleció nuestras artes. Varios artistas, nacidos en las orillas del Guadalquivir, hacen revivir hoy la memoria de esos hombres y prueban al pueblo español que sus obras, para ser buenas, no necesitan de la influencia de las artes extranjeras. D. Antonio María Esquivel es uno de los más sobresalientes, y la *Transfiguración* que trazó su mano es la prueba de esta verdad. La acción es en el momento en que Cristo se eleva, y el Padre exclama:

«Este es mi hijo amado en quien yo me he complacido.»

»La figura de Jesús está divinizada y su bella cabeza, mirando al Padre, expresa el gozo celestial que tiene en haber sufrido por el hombre. Sus formas son aéreas, y sus ropas, en el momento de la metamórfosis, envuelven toda la poesía de este pasaje, que el pintor filósofo expresó con dulzura y sentimiento.

»La luz del cuadro es producida por Jesús, que, colocado en el centro, todo lo ilumina; Moisés está á su derecha y Elías á su izquierda, guardando éste un punto de degradación perfectamente entendido.

»En el primer término, y en la parte inferior del cuadro, está San Pedro hablando con Jesús, en el momento de decirle: «Maestro, si os parece, edificaremos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Elías y otra para mí.» Está de espaldas al espectador, y por su figura parece revelarse sus facciones. A la izquierda se halla Santiago. Su expresión de asombro está tan marcada que se participa de ella. Las dos figuras están casi por oscuro y hacen un efecto grande. En el centro del cuadro, Moisés y Elías hablan al Señor, y en su semblante se conoce herirles muy fuerte el rayo luminoso que éste despide. La belleza de estas figuras corresponde al todo del cuadro, y los ropajes gruesos de Elías parecen tocarse.

»En el segundo término, y en terreno más bajo, está el autor del Apocalipsi, asombrado también, pero mira al Señor quitándose la luz con la mano izquierda. Representa el joven que siguió á María y fué el predilecto de Jesús. Tiene buena cabeza, y expresa la atención y sorpresa que le causaron la *Transfiguración* de su Maestro.

»Reina en todo el cuadro una luz fuerte; apesar de esto, están tan bien dispuestas las figuras, y con tal arte, que hay una gran masa de claro oscuro bien entendido, y de tanto mérito cuanto es difícil de sostener en un cuadro de tal tamaño.

»La composición es sencilla, natural y contrastada, y el reposo, el descanso que existe en ella, sólo es propio de la escuela sevillana. La suavidad de las tintas y la degradación en el claro oscuro con la corrección en el dibujo, son el

mayor mérito de esta obra. Pintóse para ser remitida á Canarias.

»No se puede menos en justicia de felicitar al Sr. Esquivel por el desempeño brillante que ha tenido en esta creación. Este artista ha demostrado que, apesar de nuestra calamitosa edad, aún hay genios en España para sostener las glorias artísticas nacionales.»

Acerca de las obras que en esta ocasión presentó el señor Esquivel, decía el *Eco del Comercio*: «Bellas son también las producciones del Sr. Abrial y del Sr. Elbo; este último tiene en sus cuadros accidentes de mucha verdad; pero no podemos menos de dar la preferencia, entre cuantas se han presentado este año, á las del Sr. Esquivel. No dudamos que haya profesores capaces de competir con él; pero las circunstancias le han favorecido en esta ocasión, proporcionándole el exponer composiciones de importancia, y la justicia exige que no se le nieguen las consecuencias de su buena suerte.

»Bellísimo es el gran cuadro de este profesor, que representa la *Transfiguración* de Jesucristo. En él se observan todas las perfecciones de la verdadera escuela española, la sevillana. La composición es excelente, el dibujo correcto; del colorido y armonía nada hay que decir, habiendo nombrado la escuela. En resolución, es una obra que debe llenar de gloria á su autor, y de placer á los verdaderos amantes de las bellas artes. Las mismas cualidades se notan en los cuadros de los apóstoles, cuyas cabezas merecen particular atención; y no seremos más que el eco de todos los espectadores, al ponderar la semejanza de los retratos de la Sra. Marquesa de Villagarcía y su hija, que están además pintados, principalmente el primero, con la mayor gracia y ligereza y la más perfecta entonación.»

El Español, por la pluma de un escritor que después ocupó un puesto elevado en la diplomacia, decía lo que sigue: «El Sr. Esquivel ha presentado un grande y magnífico cuadro de la *Transfiguración*, seis apóstoles y una obra de fantasía, que ya estuvieron expuestos en el Liceo, y dos retratos.

»El primero es, al parecer nuestro, la obra más atrevida de todas las que hay en la Exposición. El Sr. Esquivel, sin te-

mer la rivalidad de otros grandes pintores de la buena época española, se ha lanzado con osadía por la senda de las grandes creaciones y roto el pequeño círculo en que esconden sus producciones y gastan su talento los modernos artistas. Aunque á nuestros ojos no halláramos en este cuadro otro mérito, ya con él tendríamos motivo bastante para rendirle el homenaje de nuestros poco importantes elogios. Pero no es sólo atrevido el pensamiento del cuadro en que nos ocupamos; está muy bien pintado además, con notable soltura y franqueza, con un profundo conocimiento de los recursos artísticos. El colorido es bueno, de la escuela sevillana, tal vez un poco brillante; pero perfectamente manejado; el dibujo correcto, y las luces contrapuestas del cielo y de la tierra están combinadas con indisputable maestría. La figura del Salvador es por sí sola una creación pura, vaga, ideal, poética, como el dogma religioso que representa; aquel Cristo no está en el cuadro; vuela sobre el espectador, sube al cielo; se ven ondear aquellas vestiduras; se siente la inefable alegría que brilla en la cabeza de Jesús; y se siente más, cuando, fijando la vista en los primeros términos del cuadro, reconoce el que mira que desde el cielo ha bajado al mundo. Decir, por lo tanto, que esta composición es buena, no sería más que trasladar al papel el sentimiento de cuantos la han examinado.

»Y después de hablar de ella, ¿qué diremos de las demás obras del Sr. Esquivel? Acaso podríamos notar á alguna ciertos defectos entre muchas y pronunciadas bellezas; pero el pintor de la *Transfiguración* es muy digno de que con sus distracciones se tenga la misma indulgencia que las de los señores López, Madrazo y Villamil, han merecido del público. Los artistas, como los poetas, sólo cuando son medianos merecen severa crítica.»

La celebridad del Sr. Esquivel era cada día mayor; sus obras llenaban de entusiasmo á las personas inteligentes, é inspiraron á nuestros más acreditados poetas excelentes composiciones. Veamos por ahora las quintillas que D. J. Bouigny insertaba en 1838 en un periódico de Málaga con el encabezamiento que sigue:

«Á MI AMIGO EL ARTISTA DON ANTONIO MARÍA
ESQUIVEL.

¿A dónde vuelas, pintor?
¿En pos de nuevos laureles?
¿En pos de gloria mayor?
Tente, que gloria y honor
Logran aquí tus pinceles.

¿Buscas en lid contenciosa
Ornar de nuevo tu frente,
De otros triunfos orgullosa?
¿Por qué, si ya noblemente
Fué cien veces victoriosa?

¿La hermosa quieres pintar
Con donaire y gallardía?
¿Dónde mejor la has de hallar
Que en la patria de Aliatar
La fértil Andalucía?

¿Recuerdos buscas tal vez
De luenga remota historia?
Pues aquí con altivez
Dieron campo á tu memoria
Cien caballeros de prez.

Bajo el cielo de zafir
Que cubre el cielo encantado
Que baña el Guadalquivir,
Hallarás donde elegir
Recuerdos de lo pasado.

Aquí el alcázar erguido
Que fuera orgullo del moro
Por el tiempo derruido
Te brindará en sueños de oro
Algún concepto atrevido.

Si al gótico templo vas,
Do con católico celo
Místicos cánticos oirás,

Inspirarte sentirás
Las imágenes del cielo.

Lozana y gentil natura
Su cuadro mágico ostenta
Lleno de luz y hermosura,
Que medios mil te presenta
De engalanar tu pintura.

Allá de la mar salada,
Ora mansa, ora bravía,
La inmensa masa argentada
Te ofrece su faz variada
Con cien formas cada día.

Aquí hallarán tus colores
Modesta, cándida y pura,
Entre el Edén de las flores,
La virgen de la dulzura
Para pintar los amores.

La patria de los Herreras
Te brindará en cada sueño
Imágenes placenteras
Sin que turben tu beleño
Ecos de trompas guerreras.

Que allende del alta sierra,
Cabe del Ebro la orilla,
La sangre inunda la tierra
Y el estrépito de guerra
Suena horrísono en Castilla.

Muévate el eco ferviente
De esta mi trova amistosa;
Escucha, pintor, detente:
¿Qué afán te arrastra vehemente
A la corte bulliciosa?...

Donde brillará el pincel
de Velázquez, de Murillo,
De Zurbarán y Castillo,
¿Podrán alcanzar más brillo
Los pinceles de Esquivel?

Y mientras das á la eterna memoria

El parto de ese genio que te inspira,
 Entonarán tu cántico de gloria
 Los débiles acentos de mi lira.»

En medio de una situación tan lisonjera como la que llegó á alcanzar el Sr. Esquivel; en medio del aprecio y admiración de que en toda España era objeto y de la gloria y los laureles que había asegurado, le sobrevino una desgracia cruel, la mayor y más dolorosa que pudiera herir á un artista. Ya casi todos nuestros lectores podrán comprender el hecho á que aludimos, y que tan conocido y sentido fué en toda España y aun fuera de ella. Hacía algún tiempo, que el Sr. Esquivel adolecía de un humor herpético que se había mostrado rebelde á los tratamientos regulares en Sevilla y Madrid. Este humor, ya fuese naturalmente, ya por efecto de algún remedio indiscretamente aplicado, cargó á los ojos del artista en el año de 1840, y lo privó enteramente de la vista. Fácil es conocer todo el peso de esta desgracia y el dolor que causaría á sus amigos y admiradores. Entonces fué cuando verdaderamente pudo conocerse todo el mérito de sus obras. Todos sus cuadros se arrebatában de las manos, ora fuesen concluídos, ora en bosquejo, y aun sus dibujos y apuntes, y en muy poco tiempo se vió libre de la infinidad de obras que poseía, fruto de su incansable estudio y trabajo y de la facilidad de su pincel, siempre bello, siempre suave y siempre rápido. Todos los periódicos del reino fueron en esta ocasión intérpretes del dolor público. Entre varios que tenemos á la mano, escogemos un diario de Barcelona que da cuenta de la desgracia de nuestro artista en las hermosas y brillantes frases que siguen:

«El espíritu de movimiento y de progreso, que es la esencia de nuestro siglo, si da ocasión á errores y desaciertos, produce bienes, da impulso á cosas útiles, y bien dirigido puede que le haga revivir épocas gloriosas y de recuerdo muy grato, porque no hay duda que en los siglos de quietismo todo se para, las artes no adelantan, la industria no camina, las letras se adormecen, y sólo los abusos de unos pocos hieren de muerte á la muchedumbre, é invaden todos los lu-

gares, se deslizan hasta lo más sagrado, y todo el mundo se hace á la fuerza su tributario. Que nuestro siglo ha dado la muerte á inveterados abusos, es cierto; que ha producido adelantos, es innegable, y que si su movimiento se regulariza y dirige por buen camino, dará numerosos y felices resultados, no es menester un grande esfuerzo para conocerlo. Las bellas artes son quizá las primeras que dan indicios de ese progreso bienhechor que estimula á los vivientes, inspira á los ingenios, da vida á las cosas, embellece el mundo y llena de alicientes la morada del hombre. Entre los jóvenes, que obedeciendo al movimiento del siglo, han cogido en España un pincel para copiar á la Naturaleza, y á fuerza de aplicación y estudio pugnan por hacer que revivan los días gloriosos de Velázquez y Murillo, es bien conocido un paisano de entrambos, el Sr. D. Antonio María Esquivel. Siguiendo la huella de sus compatriotas, y admirando sus obras, cogió el pincel, coloró un lienzo y dijo: *anch'io son pittore*. Si no puede colocarse á Esquivel á la cabeza de los actuales pintores de España, no hay duda que de justicia se le ha de poner en primer término. Sus obras lo merecen, y su genio más quizá todavía que sus obras.

»Este joven, condecorado ya con el título de académico de mérito de San Fernando, ha hecho conocer su talento y su grande disposición en los cuadros que ha pintado, y se preparaba á ganarse una fama poco común, cuando ha cortado el vuelo de su ingenio y detenido su mano una desgracia horrible, la más grande que puede sufrir un pintor, la que extremece al hombre de cualquier clase y condición que sea. Esquivel, á la edad de treinta años, se ha vuelto ciego. El infeliz no ve las líneas, no puede tirarlas; no ve los colores, no puede escogerlos, no puede distribuirlos; le dan una tela y no puede trasladar á ella el cuadro que está acabado en su imaginación; conoce en la voz á un amigo y no puede retratarlo; el reloj le anuncia que sale el sol, y sus ojos no pueden mirar las nubes coloradas por sus rayos; le dicen que hace luna, y su mano no puede plantar en el lienzo la fría tinta derramada por la campiña de su patria. Es preciso que el martirio de Esquivel sea horroroso: no puede ver más, no

puede pintar siquiera lo que ha visto, ni lo que su ingenio adivina. Más valiera que su existencia hubiese terminado.

»La fortuna, ingrata siempre con los grandes ingenios, é ingratísima en España, no ha hecho una excepción con Esquivel. Le ha dado nombre, pero le negó riqueza. Los sevillanos en general han ofrecido un decoroso socorro al infeliz ciego, haciendo en su beneficio una función teatral el día 14 del mes pasado, en la cual se representó, entre otras cosas, la hermosa pieza *La mujer de un artista*. Cuando Scribe la compuso, no podía figurarse que en ella describía un suceso tan íntimamente relacionado con la desgracia de Esquivel. Todos sus amigos le han dado muestra de su pesar; todos han procurado dulcificar su amargura, y los poetas sevillanos han hecho vibrar las cuerdas de sus liras para cantar en loor del desdichado. El soneto del poeta y pintor D. José Amador de los Ríos, copiado más abajo, es de cuantas he visto la composición en que hay más fuego y más tristeza al mismo tiempo.

»Pero el triste Esquivel, si es que puede resistir á la atroz desgracia con que le han afligido los cielos, se verá necesitado y su corazón no podrá resistir á esa nueva desventura. Tocaré sus pinceles, recorrerá su imaginación, y sintiéndose capaz de producir una obra de valor, habrá de renunciar á la esperanza de hacerlo y de librarse de la miseria. Mengua fuera que sus compañeros en el arte, los pintores todos que han visto la luz en el país que dió la vida al pobre ciego, le abandonasen á la desesperación que muchas veces se apodera de su alma. Un auxilio de otra clase tal vez le humillaría, una limosna es incapaz de producirle un instante de alegría; pero su corazón rebosaría de contento si supiera que de hoy en más sus compañeros se constituyen padres suyos, le señalan una renta, no de gran señor, ni de titulado; una renta de artista, una renta que satisface las necesidades sin alimentar los vicios ni dar ocasión á necias ostentaciones. Su alma aun podría gozar un regocijo al saber que la pintura, á que se había consagrado, es la que alivia sus males, que á los pinceles debe su subsistencia, que cada uno de sus compañeros se ha encargado de dar por él algunas pinceladas al año.

¿No lo hubieran hecho cuando gozaba aún de la vista? ¿No lo habrán ya hecho algunos de los que más cerca tenía? Pues bien: háganlo todos los de España. Sí, lo harán, sí; los profesores de esta arte encantadora que da vida á un lienzo, no querrán que la desgracia acabe la vida de un hombre que tanto honor hacía á esta arte que todos profesan. El Liceo de Madrid ha abierto una suscripción para ofrecer socorros á Esquivel. Ha oficiado para que le secunden á todos los Liceos de España, y entre ellos al filarmónico-dramático de Isabel II, de Barcelona. El pensamiento es laudable, pero no basta; es un socorro momentáneo, y Esquivel lo necesita duradero. Esquivel está ciego: compadecedle, pintores; coged los pinceles, pintad por él un día al año, y sea para él el fruto de lo que pintareis. Yo no conozco á Esquivel, no soy pintor, pero quiero unirme á sus compañeros, quiero dulcificar su amargura, quiero escribir para él cuando para él pintéis vosotros.»

Las musas españolas prorrumpieron en sentidas quejas. Algunas composiciones se publicaron en los periódicos y *Revistas* de aquel tiempo; otras se leyeron en las funciones extraordinarias que en beneficio del desgraciado artista dieron los Liceos de Madrid y de Sevilla, así como también se dieron, á invitación de sociedades artísticas y de aficionados á las artes, en los teatros de Granada y otras capitales. Creemos que nuestros lectores leerán con gusto algunas de las composiciones poéticas que hemos mencionado.

Del Sr. D. José Amador de los Ríos:

«¡Miradlo! al templo de la eterna fama
llegó inspirado, cual llegara Apeles,
y á España entusiasmaron sus pinceles,
del gran Murillo al reflejar la llama.

Mas ¡ay! que el fuego que su mente inflama
y su sien coronó de altos laureles,
frustra el destino, y sus amargas hieles
en su pecho infeliz feroz derrama.

¡Vedlo! llorando su infortunio triste

recuerda su esplendor, cual otro Homero,
y apenas al peso del dolor resiste.

¡Ah! volvedle la vista, Dios severo;
que nuevos triunfos con su ardor conquiste,
y su nombre respete el mundo entero.»

Del mismo:

«Cual firme atleta, que feroz luchando
en el extenso circo polvoroso
potente humilla al que intentó sañoso
domar su orgullo, su poder dudando;

Así en la arena del saber triunfando,
alzó Esquivel su frente poderoso,
y en alas de su genio portentoso
pasó las nubes, al cenit tocando.

Empero, al coronarle de laureles,
la luz sus ojos al pintar perdieron
é inútiles cayeron sus pinceles.

Las ilusiones de su mente huyeron...
helóse el fuego del hispano Apeles,
y sus altas victorias humo fueron.»

De D. Juan Miguel Arrambide:

«Diosa inmortal, que en apacible día,
cual un tiempo á Murillo y al Ticiano,
á un genio diste con potente mano,
el santo fuego que en tu pecho ardía.

¿Por qué, cuando tus obras repetía
con su diestro pincel y soberano,
le deslumbrastes con cruenta mano
y confundistes en tiniebla impía?

¡Ay! vuélvele á la luz y tu regazo;
vuélvele ¡oh Diva! á tu caricia tierna:
sé ya con Esquivel madre amorosa.

Si no, sospecharé que en negro ocaso
á este sol pones y orfandad eterna,
de que eclipse tus obras temerosa.»

De D. Félix Uzuriga:

«Brilla el sol en la tarde, y majestoso
esparce vida y luz desde Occidente;
llega la noche, y su ardorosa frente
en los mares oculta esplendoroso:

Tibia la aurora, tibio y amoroso
céfiro, abriendo flores blandamente
de nuevo al sol anuncian que en Oriente
ya sus rayos destella luminoso.

Así otro sol amaneció en Sevilla,
y el Tajo, y Ebro, y Betis ondulante
anunciaron su oriente al mundo entero:

Ora en sus campos fértiles no brilla;
vuelva á lucir y le verá radiante
un siglo y otro en su fulgor primero.»

De D. Diego Herreros:

«Bardos, cantad: mi lira temblorosa
acompañe la voz del triste canto,
y una corona de laurel y acanto
tejed, oh vates, en la selva hojosa.

El genio de la noche pavorosa
vendó al artista con su opaco manto,
y gime el Betis, y abundoso llanto
sus ninfas vierten en la playa umbrosa.

Pero no; que el destino que lo adora
con mano fuerte rasgará su velo;
verás la luz que los espacios dora.

Aguila audaz, eleva el alto vuelo:
roba el color á la rosada aurora
y el esmalte purísimo del cielo.»

De D. Juan José Bueno:

«La patria de Velázquez y Murillo
destinaba á tu frente una corona,

mientras tus ojos de la luz el brillo,
robándose á las artes, abandona.

¡Ojalá que se rompa el férreo grillo,
que tu genio y tus manos aprisiona;
y que añadan tus mágicos pinceles
á España gloria, y á tu sien laureles!»

De D. José María Fernández:

«Tú, que del cielo el seductor encanto
viste sin velo, y lo mostraste al mundo,
sumido agora en perenal quebranto,
al suelo arrojas tu pincel fecundo.

¡Oh! si pudiera con mi triste llanto
de tu vista apartar el caos profundo;
entonces con la luz renacería
la gloria del pintor de Andalucía.»

En Sevilla, á donde se trasladó por este tiempo Esquivel, se dió á beneficio suyo un concierto en el Liceo de aquella ciudad, que tuvo lugar en la noche del 5 de marzo. En esa función, celebrada con la mayor brillantez, se expusieron cuadros de los muy distinguidos profesores Bejerano, Becker (D. Joaquín), Rodríguez Barrón, Roldán, Zuluaga y Cuesta, presentando además la sección de pintura un suntuoso obelisco á la paz con bellos transparentes de formas gigantescas y de excelente desempeño. Se cantaron también varias piezas del mejor gusto, por las Srtas. de Imbrehst, de Rojas, de Santo Domingo y de Gómez, por la señora de Merry, por las artistas Franchesquini y Fanti, por los profesores Courtier (don José y D. Mariano) y Navarro, y por los cantantes Lej, Comfortini, Tossi y Santareli. La Sra. Bonaplata cantó admirablemente un dúo con la Srta. Franchesquini. *El Conservador*, periódico de Sevilla, y que se publicaba por aquel tiempo, al dar cuenta de los pormenores de esta función, concluye de la manera siguiente: «El Sr. Esquivel, en medio de su desgracia, debe tener el consuelo de haber excitado un interés general. Sevilla en esa noche le ha demostrado segunda vez

que si estuvo pronta para aplaudir sus triunfos, no lo está menos para socorrerlo en su conflicto. Y así debía suceder: Madrid, Granada y Zaragoza lo habían hecho ya: Sevilla, cuna y testigo de los primeros estudios del artista, no podía permanecer indiferente á la excitación que su Liceo le hacía por el presidente de la sección de pintura. Desearíamos que el Sr. Esquivel, venciendo esa repugnancia que parece mostrar al viaje á Francia, que le han aconsejado para su total curación, lo verificase cuanto antes: acaso en aquel país, ó en otros más remotos encuentre un nuevo *Alvinus*, que le restituya la casi perdida vista, y con ella el más grande placer á sus numerosos amigos.»

La función que dió el Liceo de Madrid, á beneficio del señor Esquivel en la noche del 8 de abril, fué magnífica. Todas las secciones contribuyeron á porfía á hacerla brillantísima. La dramática ejecutó la lindísima comedia del Sr. Bretón de los Herreros, intitulada: *Pruebas de amor conyugal*, que fué desempeñada por las Srtas. de Monge, Clavijo y Mellado, y los Sres. Vega, Marqués de los Llamos y Marraci. La de música ejecutó la introducción coreada del *Mahometto*, de Rossini, por la Sra. de Canga y los Sres. Castellanos y Cagigal; un coro de mujeres de *Il Furamento* por todas las señoras de la sección; un aria coreada de la misma ópera, por la Sra. de Colomer; la cavatina de *Il posto abbandonato*, por la Srta. D.^a Petra Campuzano; escena y duetto de *Francesca de Rimini*, compuesto por el presidente de la quinta sección, D. Mariano Martín, y cantado por las Sras. D.^a Manuela Oreiro de Vega y D.^a Antonia Campos de Martín; grandes variaciones de arpa, ejecutadas por la Srta. de Jardín, con acompañamiento de orquesta; un dúo de cornos ingleses, por los Sres. Broca, y diferentes sinfonías. Los señores Zorrilla, Espronceda, Hartzenbusch, Campoamor y Romero Larrañaga, leyeron varias composiciones poéticas alusivas á las circunstancias, y lamentando tiernamente la desgracia de nuestro artista. La sección de escultura presentó un grupo de costumbres, desempeñado por el Sr. Vilches; y la de pintura los siguientes cuadros destinados para ser rifados entre los concurrentes:

- Una miniatura, de la Srta. D.^a Petronila Menchaca.
 Dos dibujos al lápiz, de la Srta. D.^a Rosario Weis.
 Un paisaje á la aguada, de la Srta. D.^a Isabel de Castro.
 Un cuadro al óleo, de la Sra. D.^a Carmen Pizarro.
 Una miniatura, de la Sra. Condesa de Donadío, en nombre del Sr. Conde de las Navas.
 Un cuadro al óleo, de D. Genaro Pérez Villaamil.
 Otro id., de D. Manuel Obispo.
 Otro id. id., de D. Valentín Carderera.
 Otro á la aguada, del Sr. Prats.
 Otro id. id., de D. Ramón Gil.
 Otro id. id., de D. Antonio Bravo.
 Un cuadrito al óleo, de D. José de Brugada.
 Otro id. id., de D. Juan de Latorre.
 Otro id. id., de D. Diego de Agreda.

La situación en que se encontraba el Sr. Esquivel no podía ser más cruel: era una desgracia más horrorosa que la misma muerte, porque, después de privarle de todas las ilusiones y de todos los goces de la profesión que amaba con entusiasmo, no le presentaba otra perspectiva que la de la miseria ó la caridad ajena. No debe extrañarse que su ardiente imaginación y su desgracia extrema le hiciesen concebir el funesto proyecto de atentar á sus días. Con razón ha dicho un distinguido escritor, biógrafo del Sr. Esquivel, que «cuando tocaba el término de su escabrosa carrera y esperaba un descanso justo después de tantos años de penalidades, privaciones y trabajos, el destino le condena á la más cruel de las desdichas. Para todos los hombres es una desgracia insoportable quedar privados de la vista, sobre todo, cuando hemos gozado algún tiempo de este bien inestimable; pero para un artista es la desesperación, es la muerte, tanto más terrible cuanto le condena á vivir sin poder gozar lo más mínimo de aquellas ilusiones que tanto han halagado su fantasía y su imaginación, y que han sido por toda la vida su anhelo y su esperanza. ¿Cuál sería la desesperación de nuestro artista, viéndose halagado de la sociedad, y al tocar sus pinceles, sus lienzos, no poder gozar de la belleza de sus

obras, é imposibilitado ya de crearlas; dotado de un genio eminentemente creador, sin poder ejecutar sus pensamientos y desahogarse de aquel cúmulo de ideas y de creaciones que se agolparían á su acalorada y ferviente imaginación? No extrañamos, por lo tanto, que su entendimiento exaltado y ofuscado por una desgracia tan terrible, buscase en la muerte un consuelo á las penalidades y desgracias que le agobiaban; no lo extrañamos, aunque condenemos el suicidio como criminal á todas luces; porque hay momentos en que el hombre se olvida hasta de sí mismo y de sus más sagrados deberes; y Esquivel se hallaba en este caso. La experiencia le ha hecho ver después lo monstruoso de este pensamiento, y él mismo, al recordarlo luego, no podía menos de dar las más sinceras gracias al virtuoso amigo que le impidió la ejecución de este atentado que hubiera privado á la Patria de un hijo que tanto honor le hace, y al mundo de la multitud de obras que su fecundo genio ha creado después.»

Cansado el Sr. Esquivel de tomar los remedios que le propinaban los médicos, y reconociendo por experiencia propia la ineficacia de cuantos le habían suministrado, se hallaba sin esperanza de recobrar la vista y en el mayor abatimiento, cuando se decidió, por último, á aplicarse uno terrible y expuesto que le suministró su amigo D. Santos Alonso, del comercio de Sevilla. Consistía aquél en unas fuertes y expuestísimas fumigaciones, que había de aspirar por espacio de tres días, cuando menos. Según le advirtió su amigo el señor D. Santos, no todos podían sufrirlas; pero la complexión fuerte y robusta del Sr. Esquivel y el cuidadoso esmero con que se le administraron produjeron los más felices resultados, experimentando á los siete días un alivio conocido, pudiendo ya distinguir los objetos. A los quince días de tomar las fumigaciones había recobrado completamente la vista, aunque sentía ésta en extremo irritada, por efecto de la fortaleza del remedio: esta irritación se fué calmando con el tiempo y á beneficio de los baños que desde entonces tomó constantemente todos los años. Aunque algún tanto débil su vista, no le impidió trabajar constantemente y quizá más de lo que su salud le permitía. Es notable que la curación del

Sr. Esquivel se debiera, no á la ciencia, sino á lo que los médicos desdeñosamente califican de empirismo.

Su primer impulso, apenas sintió que había recobrado la vista, fué corresponder á las muestras de interés y generosidad que había merecido á los Liceos y otras corporaciones artísticas. Como un testimonio de su gratitud, proyectó pintar un cuadro para el Liceo de Madrid, que tan espléndidamente le había socorrido en su desgracia. En el momento que se halló en estado de trabajar, pintó el famoso cuadro de la *Caída de Luzbel*, que regaló á este Liceo, que puso en lugar preferente en sus salones, al lado de otros muchos del mismo autor, como una joya artística que tanto contribuía á la gloria de su autor. Todos los periódicos del reino anunciaron un acontecimiento tan fausto para las artes y tan grato para cuantas personas habían mostrado interés en la desgracia de tan ilustre artista. A poco de haber éste recobrado la vista y después de ejecutar el cuadro que destinaba al Liceo de Madrid, volvió á esta corte, queriendo presentar por sus mismas manos á esta corporación la obra que le destinaba. Entre todos los periódicos de aquel tiempo que hemos consultado, no podemos dejar de copiar un artículo de *El Correspondant*, que anuncia la llegada á Madrid del Sr. Esquivel en términos tan justos como lisonjeros. «Los diarios de ayer, dice, han anunciado la llegada á esta corte del Sr. Esquivel y el generoso desprendimiento de este artista, que, apenas restablecido de su terrible desgracia, ha venido á mostrar su gratitud á los que durante ella le dieron tantas y tan vivas muestras de simpatía. El Sr. Esquivel ha destinado al Liceo de Madrid un magnífico cuadro representando la *Caída de Luzbel*, primera obra de su talento desde el día en que volvió á ver la luz del sol.

»Nos felicitamos de la llegada de este discípulo de Apeles. En medio de las tormentas sociales, y apesar del vendaval de las pasiones políticas, que todo al pasar lo arrastran, jóvenes de talento en nuestros días han reverdecido el laurel que ciñera las frentes de Velázquez y Murillo. El Sr. Esquivel ha sido uno de estos jóvenes, y ora que el artista ciego ha recobrado la vista, ora que el sol de Andalucía brilla más

fulgente ante sus ojos, esperamos nuevas obras de su genio.»

Debemos consignar aquí la opinión que mereció el cuadro de la *Caída de Luzbel* á la *Revista de Teatros*, periódico semanal de literatura y bellas artes, que gozaba por aquel tiempo de una merecida reputación. En el artículo que sigue, escrito por la pluma del Sr. Fernández de la Vega, tan conocido por su talento como por su gusto é inteligencia en materias artísticas, se hace el más completo análisis del cuadro que hemos citado; por eso lo preferimos á cuantos se publicaron entonces, seguros de que nuestros lectores no podrán menos de aprobar la preferencia que damos á un juicio tan inteligente é imparcial.

«Para fijar nuestro sentir, dice, con los datos de exactitud que nos proponemos, necesario será retrotraernos al tiempo en que pintó sus mejores cuadros, antes de sufrir su enfermedad, citando, aunque ligeramente, lo que dijimos de él en otras circunstancias. Era entonces el Sr. Esquivel un joven ardiente, impetuoso y fuerte, cuyos sentimientos revelaba su pincel con tales rasgos, que marcaban completamente su carácter. Leno de vida y de salud, sus dibujos y sus tintas eran expresados por pasiones vehementes, que ni los trabajos de la vida, ni las amarguras de la sociedad habían podido domeñar, oponiéndose alguna vez á los preceptos que el arte le inspiraba. Hablen sus obras de entonces en prueba de esta verdad, y responda la que ahora presenta, haciendo ver la exactitud de nuestro juicio. Por ellas se verá en claro que los hombres á quienes la naturaleza dotó de un genio privilegiado, la misma adversidad sirve de escuela, sin que pueda abatirlos la desgracia.

»Privado de la luz este artista, entregado al dolor y á la amargura de su triste estado, confundida su mente en la inmensidad y entre la sombra de su eterna noche, sin más modelos que su recuerdo, sin otro aliento que el de la esperanza y sin más porvenir que la ambición de la gloria, el destello de su ingenio vivía en un mundo ideal: la exaltación de su alma de artista dibujaba imágenes bellas: su imaginación producía colores agradables que sus pasiones abatidas por el

mal suavizaban involuntariamente, produciendo el cambio que notamos en las obras de sus dos épocas, y haciendo que á su restablecimiento creyésemos, y aun él mismo, que despertaba de un horrible ensueño.

»De este modo creemos que sufrió el Sr. Esquivel, á quien el arte español lloró perdido y á quien la gloria nacional recobra con satisfacción y esperanzas.

»Digno es de notar para que sirva de apoyo á nuestro precedente aserto, que al restituirse á la luz el Sr. Esquivel, un sentimiento de gratitud hacia el Liceo artístico y literario español, que le tendió su mano benéfica cuando era desgraciado, fué el primero que se excitó en su alma, espresándole en el cuadro de que vamos á hablar, y que le dedica como prenda que consigne y perpetúe aquélla.

»El domingo último y en el Teatro del Liceo al descorrerse el telón, apareció de improviso á la vista de la numerosa concurrencia el cuadro del Sr. Esquivel, leyéndose una carta que él mismo dirigía á aquel instituto, y en la que le rogaba con elocuentes y modestas frases que aceptase su obra, no por su mérito, sino por el sentimiento de gratitud que la había producido.

»Repetidos aplausos probaron al Sr. Esquivel la aceptación que habían merecido su acción digna de un artista como él, á la par que el cuadro. El Liceo nombró inmediatamente una comisión para darle un voto de gracias, decretando que este hecho y su carta se publicasen en los periódicos, motivo por el cual no la copiamos en este artículo.

»El cuadro del Sr. Esquivel representa la caída de Luzbel arrojado del cielo por el ángel Miguel en el momento de decirle: *¿Quid sicut Deum?* Para calificar el mérito de esta obra, omitiremos llamar á comparación las de nuestros antiguos pintores, porque cada pintor es de su siglo, y las obras son tan distintas como los hombres; el mérito es respectivo y cada autor tiene sus bellezas peculiares y sus defectos propios; por tanto, hablaremos de este cuadro por lo que vemos en él y nada más, dejando á la crítica extraña el campo de las comparaciones, y no omitiéndolas por temor á una derrota, sino porque ya hemos expresado nuestro modo de pensar en esta

materia con respecto á la escuela del Sr. Esquivel, y no lograríamos otra cosa que una repetición de ideas.

»El pensamiento del cuadro, tan trillado ya por pintores nacionales y extranjeros, está manejado con tal novedad, que le hace del todo nuevo y original. No se halla el ángel como hasta ahora se le ha visto, armado con yelmo, escudo ni coraza; no se halla en su mano una espada arrojando llamas; no se ve en su figura la actitud severa de un gladiador; no están sus ojos revelando la ira: hay sólo la fuerza divina irresistible y poderosa, pero mágica y llena de dulzura, que vence á un enemigo sin que pierda toda la dulzura, toda la belleza ideal que atribuimos á un ángel cumpliendo la voluntad de Dios. Esta figura noble, modesta y circundada de una aureola celestial, mirando al vencido con dignidad, contrasta admirablemente con la de Luzbel, colocado á sus pies en actitud de caer. La atmósfera que rodea al ángel es tan vaporosa y suave, que en ella se pierden las tintas imperceptiblemente, armonizando el término de tal modo, que la poesía de la composición es inspirada y análoga y revela á las claras la intención del poeta y la habilidad del pintor. Esa atmósfera que caracteriza la figura del ángel baja por grados robusteciéndose y haciéndose vigorosa hasta la parte en que se halla colocado Luzbel. Admirable es seguramente esta figura, y está tan diestramente modelada, que siendo bella y llena de pasión, tiene cierta cualidad diabólica indefinible que la hace rivalizar en mérito con la hermosura celestial del ángel. Su rostro expresa la ira, la desesperación, el sentimiento de verse arrojado de la gracia divina; pero conserva la dignidad de su carácter orgulloso; no suplica; amenaza y se resiste aún, apesar de no poder defenderse; mira á Miguel con envidia, y está revelado el despecho en su acción, que expresan las manos en union con la cabeza; su persona es elegante, noble y suelta; los escorzos están bien entendidos, y los extremos perfectamente desempeñados. El fondo del cuadro en esta parte derrama sobre ella sus tintas de un color vaporoso y fuerte, formando la contraposición terrenal y divina á que pertenece en dos mitades la composición, sin que por eso se pierda la unidad y entonación en que vaga la vista indecisa-

mente, fijándose ya en el ángel, ya en Luzbel. Si anteriormente hubiera colocado el Sr. Esquivel esta última figura, hubiera, á no dudar, participado de aquellas tintas que por demasiado vigorosas oscurecían sus cuadros. Hoy, y especialmente en su Luzbel, advertimos que sin privarse de esa decisión, atrevimiento y seguridad que le caracterizan, ha logrado entonar con armonía agradable sin exageración ni aridez. El dibujo de Luzbel, sin ser enteramente griego, reúne el buen gusto á la fluidez del natural. El ángel desarrolla más los principios de la escuela de Murillo, porque convenía al todo de la composición que así fuese, para el contraste perfecto de las dos figuras.

»Damos sinceramente el parabién al distinguido pintor D. Antonio María Esquivel, que guarda á su patria días de gloria, y deseamos que sus compatriotas le tributen las consideraciones que su talento merece.»

El cuadro de que acabamos de hablar, lo dirigió al Liceo artístico y literario de Madrid el Sr. Esquivel acompañándolo de la siguiente carta, en que manifiesta su reconocimiento por el apoyo que en su desgracia encontró en dicha sociedad: ésta acordó por aclamación que su publicase en los periódicos para satisfacción de todos los señores que tomaron parte en la desgracia de este artista:

«AL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.—No como equivalente de una cosa que por su consideración y oportunidad no tiene precio, sino como muestra de la profunda gratitud que escitó en mí el generoso desprendimiento del Liceo de Madrid en la época de mi desgracia, tengo la honra de ofrecerle la primera obra que emprendí después de mi restablecimiento. Si la mano obedeciera ciegamente al corazón y el entendimiento á la voluntad, sería una obra maestra; pero ya que á mi débil talento no sea dado producirla digna del objeto á que la consagro, supla la benevolencia del Liceo lo que á ella falta, y recíbala como sincera expresión de los sentimientos que hacia él me animan. Madrid 23 de abril de 1841.—*Antonio María Esquivel.*»

Varios poetas felicitaron al eminente artista por haber re-

cobrado la perdida vista. Entre las composiciones que con este motivo le dirigieron, se distingue por su ingenio y gallardía el siguiente soneto del Sr. D. Ventura de la Vega:

«Ahuyentada la nube que envolvía
tus ojos, Esquivel, en noche oscura,
brilla otra vez en mágica pintura
con arrojo mayor tu fantasía.

Enajenada el alma se extasía
en tus lienzos, rivales de natura,
de tu diestra derrama blanda y pura
luz que compite con la luz del día.

Y al ver que á tal sublimidad llegaste,
el mundo entero con placer repite:
portento de las artes, no receles;

Ya no hay poder que tu poder contraste:
¿Qué te importa que el sol tu luz te quite
si la sabes hacer con tus pinceles?»

Ya en la Exposición del año 41 presentó el Sr. Esquivel varias obras acerca de las cuales decía *El Corresponsal*, periódico que trataba con suma inteligencia las materias artísticas: «El triunfo de la Exposición, los más unánimes aplausos de ese gentío inmenso que todos estos días de ferias ha inundado la academia, pertenecen de derecho al Sr. Esquivel, al gran pintor que abiertos apenas sus ojos á la luz, después de perdida la esperanza de tornar jamás á admirarla, ha comenzado á derramar en el lienzo la inspiración que abrigaba su frente de artista. Llenan el tercer salón las excelentes obras del Sr. Esquivel, luciendo en primer lugar el retrato del señor Regente del Reino por su buen colorido y fondo entonado: apesar de que nos pareció algún tanto recargado de adornos, es de excelente efecto: todos los demás retratos de este distinguido artista nos parecieron muy buenos y ejecutados con suma franqueza, y en particular el del actor Mate, que en punto á parecido nada deja que desear. Mejor que el ángel *Custodio* nos parece la *Caída de Luzbel*, cuadro que ya tuvimos ocasión de admirar en el Liceo, á

cuya corporación está dedicado: la figura del ángel rebelde es altamente expresiva y bien dibujada: en la del ángel bueno resplandece celeste majestad. Otro cuadrito hay del señor Esquivel que aunque en menores dimensiones es notable por lo filosófico del pensamiento y el talento con que están materializados objetos morales: queremos hablar del cuadro de *Los remordimientos*: hay en él trozos soberbiamente ejecutados, particularmente en el segundo término.»

Casi en iguales términos, y si se quiere con mayor encajecimiento, se explicaban todos los periódicos de la corte. La *Gaceta*, por ejemplo, que por aquel tiempo trataba con especial inteligencia de las obras artísticas, se expresa del modo siguiente acerca de las obras que presentó aquel año el señor Esquivel en la Exposición: «En la tercera sala se ven los cuadros del Sr. Esquivel, que tanto ha enriquecido la Exposición este año, y cuyo genio laborioso nos presenta todos los días nuevas y brillantes producciones. El cuadro que sin disputa campea á la cabeza de todos por su efecto y dimensiones, es el retrato de S. A. el Regente del Reino, de cuerpo entero y tamaño natural, y el cual está, sobre muy semejante, pintado con franqueza y maestría. Los accesorios con que está recargado el cuadro están tan perfectamente armonizados, que el brillante uniforme de S. A. no disminuye en nada el efecto de la cabeza, que es el objeto principal. Otros varios retratos hay de este autor, pero entre ellos llama la atención de los verdaderos inteligentes el del Sr. Mate, apreciable actor de nuestro teatro, que vestido en traje antiguo hace un sorprendente efecto. No nos permiten los límites de este artículo hacer más detenido análisis de las obras de este artista, cuyo mérito conoce y aprecia el público, que en una ocasión reciente tuvo lugar de demostrarle sus simpatías; baste decir que el Sr. Esquivel tiene ya adquirida una reputación, que desde sus primeras obras debió esperar, y que su corona artística brilla entre las más refulgentes de los artistas españoles.»

Acerca de la Exposición de este año hubo diferencia de opiniones considerada en general. Varias circunstancias de ella dieron ocasión á conversaciones y disputas acaloradas

entre las personas inteligentes. Con este motivo el Sr. Esquivel tomó la pluma, y en el *Eco del Comercio* publicó su juicio acerca de dicha Exposición. Este artículo, interesante y apreciableísimo, muestra no sólo los conocimientos artísticos del Sr. Esquivel, la exactitud de su juicio y su delicado gusto, sino también y muy particularmente la precisión de su lenguaje, y la animación y gallardía con que maneja la pluma el mismo que tan superiormente manejaba los pinceles. Este artículo y algunas otras muestras que insertaremos de su estilo, bastan para darlo á conocer como uno de nuestros mejores escritores en materias artísticas. Algunas, ó mejor dicho, muchas de las cualidades del pintor las conserva el escritor. El artículo de la Exposición de pinturas de este año es el siguiente:

«Al tratar de la Exposición de pinturas verificada en la Academia de San Fernando, me creo facultado, como profesor de tan noble arte, para manifestar mi opinión con el mismo derecho, y aun quizá más que otros, que sin ser inteligentes se juzgan autorizados por la sola razón de ser escritores públicos.

» Varias han sido las opiniones que se han formado de la Exposición: unos lo han hallado todo, ó la mayor parte, bueno; otros todo malo; éstos se quejan de no haber más que retratos; aquéllos quieren cuadros de grandes dimensiones é históricos, y finalmente, muchos han creído no había cuadro bueno, no encontrándose entre ellos los de ciertos profesores ausentes, de los cuales se nombran algunos que casi nunca suelen presentar ninguno. Para convencer de lo contrario á los que nada consideran bueno en ella, bastará citar los nombres de algunos de los artistas que con sus obras la forman, tales como López, Gutiérrez, Elbo, etc., á quienes se ultraja y desanima más que lo están por la desgracia de los tiempos, por la falta de protección y de obras de importancia en que ocuparse.

» Se exigen cuadros de historia y grandes, sin advertir que los de mayor mérito que se han hecho hasta el día existen en los estudios de sus autores, como sucede con el Godofredo del Sr. Madrazo, el D. Rodrigo Calderón del Sr. Ribera

y otros varios de éstos y de diferentes pintores cuyo mérito es indudable, por lo cual no aparecen en la Exposición nuevas obras de estos profesores.

»¿Por qué se pretende que los artistas ocupen su tiempo y gasten su dinero en proporcionarse modelos, que inviertan los días en averiguar los trajes, usos, costumbres y muebles necesarios á su composición, y que costeen además las ropas, si no las encuentran á propósito, estudiando y concluyendo sus obras con esmero, sin más objeto que presentarlas en la exposición, abandonando en tanto los retratos con que cuentan para su subsistencia? ¿Y qué recompensa esperan? Algunas alabanzas si agradan, ó una amarga crítica si no. ¿Pero hay quien les premie sus desvelos, quien les recompense sus estudios y les remunere de los gastos comprándoles sus cuadros? No por cierto. He aquí la razón porque no hay grandes composiciones históricas, ni podrá haberlas mientras los artistas se vean en la precisión de ocuparse continuamente en hacer retratos, pues aun los pintores de más categoría se ven en la necesidad, no sólo de dedicarse á este género, sino de sacrificar su gusto al de las personas que lo encargan, condescendiendo muchas veces con las exigencias de algunos, que ponen su conato, no en el buen dibujo, colorido y efecto, sino en un brazalate ó collar, ó tal vez en el color del frac, color del chaleco ú otra semejante fruslería. Y no hablo de los retratos bien estudiados y hechos en conciencia del pintor, sino de aquellos en que se ven comprometidos los artistas á sacrificarlo todo por complacer los caprichos de algunos, sin más alternativa que acceder á ellos ó perecer.

»La elección no es dudosa; el artista sucumbe, su genio se debilita; su gusto se vicia, se hace amanerado y tímido, huye el toque vigoroso por no desagradar al ignorante; la energía desaparece en sus composiciones, y el que tal vez nació para rivalizar con Murillo y Rafael, se ve confundido entre la multitud sin esperanza y sin gloria. A esto se me dirá que un artista debe preferir su gloria al interés, y yo contestaré que es muy cierto, que así debe ser cuando el artista tiene lo necesario; pero cuando esto falta, como los pintores no son espíritus y tienen las mismas necesidades que los

demás hombres y aun quizá más, necesitan cubrirlas, y para ello dinero; olvidan la poesía y los ensueños de oro por el oro positivo, y de nada les sirve la gloria si ésta no les proporciona descanso y comodidades; sobre todo, es muy triste volver á colocar en su estudio el cuadro laureado, para verle perecer entre el polvo, las telarañas y el olvido.

»Si Rafael, Ticiano, Velázquez y Murillo, Rubens, Ribera, Wandik y tantos otros, llegaron al grado de perfección que admiramos, fué porque nacidos con grandes disposiciones para las artes, tuvieron obras en que estudiar y ejercitarse, y alcanzaron honores y riquezas, disputándose sus producciones los poderosos á porfía. Esto estimuló sus talentos y produjo la *Trasfiguración*, de Rafael, la *Toma de Breda*, de Velázquez, las *Aguas de Moisés*, de Murillo, las *Venus*, del Ticiano, y cuantas obras admiran y admirarán los siglos.

»Si los Reyes no hubieran premiado su mérito, y los grandes, en lugar de comprar sus cuadros, los hubieran despreciado, no existirían ciertamente los Museos que posee Europa, y en particular el nuestro, donde con tanta gloria figuran nuestros pintores, ni vinieran los extranjeros á admirar sus producciones, derramando el oro en cambio de nuestros lienzos. Murillo no hubiera hecho la multitud de cuadros que forman su corona, ni habría llegado al grado de perfección que tanto nos sorprende, apesar de su gran genio. ¿Por qué se exige á los pintores modernos estos conocimientos conseguidos á fuerza de ejecutar, cuando éstos apenas pintan un cuadro de estudio, y si alguno hacen, se les compara en su crítica con las mejores obras de los célebres antiguos, que ejecutaron con tantos recursos? Colocad á nuestros artistas en la posición de Velázquez, Rubens, Rafael y Miguel Angel, y entonces verán si hay genios y talentos en España. La patria de Velázquez, Murillo y Juan de Juanes existe aún, y esa Exposición criticada por algunos de pobre sin serlo, es una prueba de ello.

»Sin auxilios, sin protección, sin esperanza de recompensa, se ve en los artistas el deseo de adelantar, de imitar lo bueno y la ambición de gloria, dándose por contentos con

una alabanza de los inteligentes, y sufriendo muchas veces la crítica de los ignorantes, que sin ilustrar desaniman, que vituperan sus concepciones sin comprenderlas, y que lejos de estimular á los ricos á comprar sus obras, los apartarían de tal idea, si la tuviesen.

»Con un artículo en un periódico, escrito tal vez sin malicia, puede caer en el abatimiento y aun en la miseria un artista de mérito, que hubiera aumentado nuestras glorias.

»Demasiada virtud hay en los profesores, que apesar de las circunstancias tan anti-artísticas, después de una guerra desoladora; cuando los partidos se devoran como hambrientos lobos por el poder y los restos de nuestra cadavérica nación; cuando la política ocupa á grandes y pequeños, á fuerza de trabajo y afición, hacen por renacer los días de Velázquez y Murillo.

»Cuando veo las obras de D. Vicente López, de D. Federico Madrazo, D. José Gutiérrez, D. Carlos Ribera, D. Rafael Tegeo, D. José Elbo y otros muchos célebres profesores, digo lleno de entusiasmo: «Hay pintores, hay artistas, que apesar de la crítica injusta y de la suerte, resisten el huracán contra el que luchan, y dan á la pintura cuanta gloria es posible en las actuales circunstancias.» Los venideros, haciendo justicia á su mérito, los juzgarán con más imparcialidad que algunos de sus contemporáneos, pues el gran Cervantes fué satirizado atrozmente por quien sólo se hizo célebre por satirizarlo, y su mérito fué desconocido entonces.

»Tal vez entre esos jóvenes que hoy figuran entre los artistas de nota, hay un germen de saber, que en época más feliz se hubiera desarrollado ya, pues se descubre en ellos, al través del abatimiento en que se encuentran las artes, el genio ligado á su pesar en el estrecho límite á que hoy está reducido tan noble arte y que algún día extenderá su vuelo y se elevará como el águila audaz sobre las nubes, y cual otros Rafaeles y Murillos, harán época, atrayendo sobre sí la admiración de la Europa.

»Como artista, siento ver deprimido el mérito de mis compañeros con injustas acriminaciones, y no he podido menos de manifestar, aunque con desaliñadas frases, las razones

por que no hacen grandes composiciones nuestros pintores.

»Haré una breve reseña de las obras expuestas por los autores más notables, según me permiten mis cortos conocimientos. Sólo hay de D. Vicente López un retrato, y aunque seguramente un retrato, y de tan corto tamaño, no es suficiente para juzgar á un artista, son tales sus obras, que la menor es suficiente para poner de manifiesto su elevado mérito, aun cuando no conocieran todos de antemano á tan distinguido profesor. La cabeza está llena de vida, perfectamente modelada y con mucho efecto; las manos, tanto como la cabeza, están muy bien dibujadas, y tocado con mucha gracia todo el cuadro: el colorido es de una escuela suya particular, y aun dado caso que no sea enteramente el de la verdad, está puesto con tanto gusto, que se siente no sea exactamente así la naturaleza.

»Tres retratos hay de D. José Gutiérrez: el de S. M. la Reina D.^a María Cristina es excelente; además del mucho parecido, es tan dulce, tan tierno y está tan bien entonado, que arrebatada; el traje es poético y hace buen efecto; el colorido es bello y natural, cualidad en que sobresale el Sr. Gutiérrez, y particularmente en este cuadro. Los otros son dos retratos de señoras; tienen buen colorido y un excelente tono dulce y armonioso; pero he observado que como el colorido del Sr. Gutiérrez es demasiado bello, no es apropiado para las carnes morenas.

»D. José Elbo ha presentado varios cuadros de costumbres y figurines de toreros, tocados con mucha inteligencia, gracia y buen efecto. El que representa una venta es muy lindo; hay propiedad en las figuras, naturaleza y sencillez. Otro es un encierro, en que los toros huyen acosados por el mayoral y se pierden los más lejanos entre el polvo, haciendo un efecto muy verdadero; tiene mucha fuerza de claro-oscuro y los toros están muy bien entendidos, como igualmente el caballo, que aunque de mala vista, es como justamente son los que figuran en semejantes escenas. El mejor, en mi opinión, es una torada pintada con mucho calor y tan bien degradados los términos, que finge admirablemente la distancia, apareciendo muy lejos infinidad de ganado. Los toros

están perfectamente dibujados por el natural y tocados con mucho vigor, resultando del total un efecto agradable y verdadero. Ha manifestado grandes adelantos este profesor, en particular en el género á que se ha dedicado.

»D. Benito Sáenz ha expuesto una lindísima Virgen, imitando á Rafael, con el niño en los brazos y un ángel que le presenta un tarjetón con unas cifras; al verlo, no puede uno menos de acordarse de la Perla y de la Virgen del Pez. La composición es muy graciosa; el colorido, vigoroso; el dibujo correcto, y está muy bien empastada, resultando del todo un bellísimo cuadro.

»D. Antonio Brugada ha presentado unas lindísimas marinas de mucho efecto y observado muy bien el natural, pintadas muy en conciencia, concluídas sin mezquindad, y tocadas con gusto y soltura. Su hermano ha presentado otras, que si no tan buenas, lo son bastante para esperar que algún día compitan con las de aquél.

»D. Antonio Gómez ha presentado varios retratos bien estudiados, si bien en algunos hay algún ligero descuido en la perspectiva, como se observa en la silla y florero de una señora, que tiene el traje azul. El que mejor me ha parecido es el del Sr. Marraci, tanto en la semejanza, que es exacta, como en la ejecución.

»D.^a Rosario Weis ha presentado varios dibujos ejecutados con la gracia y delicadeza que acostumbra, por lo que ha conseguido la alta reputación que goza en este género. Además ha presentado al óleo un ángel muy suave y vaporoso, lleno de gracia y vago como un espíritu, y una copia de Rubens, que representa el castillo de Emaus, muy bien pintada.

»D. José Bucheli ha presentado el retrato del General León, muy parecido, de buen efecto, bien estudiada la cabeza y colocada la figura con mucha elegancia.

»Dos batallas hay del Sr. Van-halem, observando en ellas cuanto ha sido posible las posiciones militares. Están hechas con mucha detención, y me parece tendrían más efecto si las masas de claro-oscuro fueran mayores y más decididas: las composiciones son buenas y tienen mucho fuego, notándose cada día mayores adelantos en este artista. Me

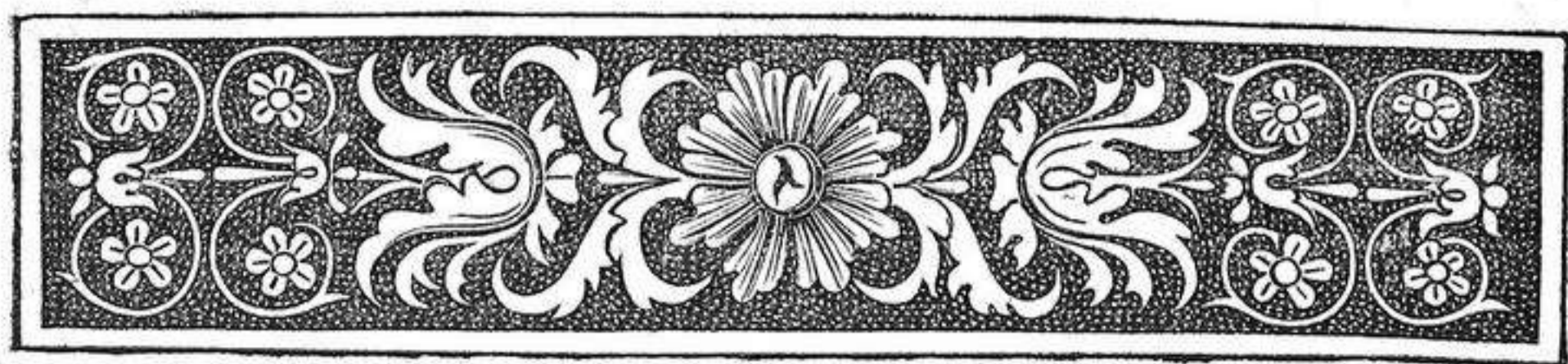
alegro que el Sr. Van-halem tome á su cargo representar nuestras glorias militares, cuyo género yacía olvidado en España.

»El Sr. Alenza ha expuesto varios caprichos, imitando á Goya, muy bien ejecutados, con valentía y genio; pero lo que me parece más sobresaliente es un retrato pintado con mucha soltura, de un excelente efecto y con mucha verdad; está tocado con maestría, y es, sin duda, una de las mejores obras de la Exposición.

»El Sr. Mendoza ha expuesto varios retratos bastante parecidos y bien concluídos, siguiendo en ellos la escuela española. Celebro que los artistas españoles sigan nuestra escuela, pues con Velázquez y Murillo no hacen falta *David* ni sus secuaces. También es del Sr. Mendoza una estudiantina, donde la mayor parte son retratos de personas muy conocidas, estando muy semejantes á los originales; está muy detallada, y tal vez por esta causa carezca de un poco de armonía en el tono, inconveniente que resulta de ser todos retratos.

»El Sr. Ortega, excelente grabador en madera, ha mostrado que también es buen pintor. El ángel velando por la virtud y la inocencia, es un pensamiento muy poético, y hay en él dignidad y nobleza, tanto en el ángel como en la matrona, cuyas ropas están muy bien estudiadas, aunque me parecen algo mezquinos los pliegues de la túnica. La copia del gran cuadro del Veronés, que está en el museo de Louvre, y que tal vez es el mayor de Europa, está muy bien hecha, siendo muy difícil copiar un cuadro de tales dimensiones, como lo ha hecho el Sr. Ortega.

(Se continuará.)



TRES BANDOS

AL DOCTOR THEBUSSEM.

En Medina-Sidonia.



MIGO mío y señor: Revolviendo papeles topé con tres hojas sueltas que contienen antiguas órdenes de los alcaldes de la coronada villa. Apenas las hube leído antojóseme dárselas á conocer á usted si por ventura no las sabe de memoria y aun las tiene olvidadas de tan aprendidas. Y así, fuera timidez y escrúpulos de importunarle, pongo manos á la obra aprovechando la amable hospitalidad con que me brinda nuestro buen amigo, y de V. paisano, D. José de Cárdenas, copiando los dichos documentos sin más variaciones que aquellas de todo punto indispensables.

*
* *

MANDA EL REY NUESTRO SEÑOR, Y en su Real Nombre los Alcaldes de su Casa, y Corte: Que para desterrar enteramente los perjuicios, que se advierten de los Embozos en los Paseos públicos de esta Corte, y sus inmediaciones, donde, por honrarles con su tránsito, ó asistencia las Personas Rea-

les, se hace más digno de reparo semejante abuso; y que este se ha estendido, no solo á ir algunos de Capa, y Gorro en sus propios Coches, siendo trage improprio al caracter de sus personas, y del todo indecente para Sitios de tan autorizado concurso; sino que se han propassado otros á ir embozados dentro de los mismos Coches, dando en rostro á quantos son testigos de este exceso; y otros van á pié, arrimándose de Embozo á hablar con las personas, que van en los Coches, aun sin tener conocimiento con ellas, ó parandose á ver el Passéo en este trage: Y para evitarle en lo successivo, ninguna persona, de qualesquier estado, calidad, fuero, ó distincion que sea, baxe, ni esté en dichos Passéos, á pie, á cavallo, ni en Coche, en otro trage que el proprio de su persona, caracter y empléo, segun, y como le usa, y se debe usar en una Corte de tanta moderacion, authoridad, y policia: ó si fuere de capa, ha de llevar Sombrero de tres picos y Peluquin, ó pelo proprio, sin Gorro, Cofia, Montera, Sombrero Chambergo, ni Embozo alguno: no debiendose entender esto en quanto á los que ván de á pié, como son los Labradores ó Menestrales, que por su ropage son bien conocidos, y no es su ánimo embozarse, ni ocultar el rostro, sino ir con el mismo trage, que tienen para salir á sus negocios: Pena al que, de los demás, contraviniesse á lo referido, si fuesse Noble, por la primera vez de quatro años de Presidio, y cien ducados, aplicados á los Pobres de la Carcel Real de esta Corte; y si Plebeyo, de quatro años de servicio en los Arsenales, y cien ducados, con la misma aplicacion; por la segunda, á unos, y otros doblada la pena; y por la tercera, y demás, al arbitrio de la Sala: Y si alguno de los Contraventores gozasse de fuero de Guerra, Casas Reales, ó de otra clase, la mas privilegiada que sea, con testimonio, que compruebe lo referido, y el trage en que se hallasse, se dará quenta á su Magestad, para que se sirva resolver lo que fuere más de su Real agrado. Y para que llegue á noticia de todos, y ninguno pueda alegar ignorancia, se manda publicar por Vando, y que de él se fijen Copias autenticas en los parages públicos, y acostumbrados de esta Corte; y lo señalaron. En Madrid á diez y nueve dias del mes de Enero de mil setecientos y sesenta. Está rubricado.

*Es copia de su Original, de que certifico yo D. Roque de Gal-
dames, Escrivano de Cámara del Rey nuestro Señor, en la Sala
de los Señores Alcaldes de su Casa, y Corte; y lo firmo en Madrid
á treinta de Enero de mil setecientos y sesenta.*

*
* *

MANDA EL REY NUESTRO SEÑOR, Y EN SU REAL NOM-
BRE LOS ALCALDES de Casa, y Corte: Que para evitar todos
los desordenes, que suelen ocurrir en las tres Processiones de
Semana Santa, que han de ir al Real Sitio de Buen-Retiro los
dias Miercoles, Jueves, y Viernes Santo por la tarde de este
año, no se permita, que en toda su Carrera se vendan Ramos,
Flores, Limas, Tostones, ni otros Comestibles, como tampo-
co Embozados, y Tapadas, con Capas, Manteos, ó Mantillas, y
que no vayan alumbrando en dichas Processiones Mugerres
algunas, pena de veinte dias de Carcel, y doscientos ducados
á los Nobles, que fueren aprehendidos con el disfraz referido,
y á los Plebeyos la de seis años de Arsenales; y á las Muge-
res, la que corresponda al arbitrio de la Sala: Y para que lle-
gue á noticia de todos, y no se alegue ignorancia, se manda
publicar, y que se fixen Copias de este Vando en las partes
acostumbradas; y lo señalaron en Madrid á diez y siete de
Marzo de mil setecientos sesenta y uno. Está rubricado.

Es Copia de su Original, de que certifico. Madrid dicho dia.

*
* *

MANDA EL REY NUESTRO SEÑOR, Y EN SU REAL NOM-
BRE LOS ALCALDES de su Real Casa y Corte: Que en obser-
vancia de los Autos Acordados, repetidas Reales Ordenes, y
Vandos publicados por la Sala, que el ultimo fué en el año de
mil setecientos cinquenta y siete, prohibiendo, baxo de graves,
penas todos los Fuegos artificiales de Polvora, incluyendose
los Coetes, que se llaman Voladores: Desde oy en adelante,

con ningun motivo, á menos que preceda expresa licencia de S. M. no se fabriquen por los Polvoristas fuego alguno artificial de Polvora, que se queme en Arboles, Castillos, ni otras invenciones, ni disparen por Persona alguna: que no se tengan, ni vendan los citados Coetes, de ninguna clase que sean, en las Tiendas de Aceyte, y Vinagre, y otras de esta Corte, pena á los referidos Polvoristas, y demás que contraviniessen á todo, ó parte de este Vando, por la primera vez de treinta dias de Carcel, y treinta ducados: por la segunda de verguenza pública, y quatro años de Presidio de Africa, en calidad de Gastador, siendo Plebeyo; y si fuere Noble la de los mismos treinta dias de prision, y seis años de destierro de esta Corte, ocho leguas en contorno; y por la tercera doscientos azotes, y ocho años de Arsenales á los Plebeyos, y á los Nobles seis años de Presidio de Africa, cuyas penas se executarán irremissiblemente: Y para que ninguno alegue ignorancia se publique por Vando en esta Corte, y sitios acostumbrados de ella; fixandose Copias autorizadas por Don Roque de Galdames, Escrivano de Cámara de la Sala. Y lo señalaron en Madrid á dos dias del mes de Octubre de mil setecientos sesenta y uno. Está rubricado.

Es Copia de su Original, de que certifico, y lo firmo en el mismo dia.

* * *

Ahora, mi respetable señor, podría dedicarme á la grata ocupación de hacer consideraciones sobre estos bandos y comparar la época en que se publicaron, después de todo no muy remota, con la actual. Mas con ello no conseguiría mi propósito, que es el de invitar á V. á que proporcione agradable rato de solaz á los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA con los sabrosos comentarios que seguramente han de ocurrírsele á V., que tanta erudición atesora, y con tan singular maestría maneja el habla de Cervantes.

Yo, falto de esas envidiables condiciones, concluyo apuntando que las muchas veces que tropiezo con algún entu-

siasta incondicional de todo lo pasado, y detractor de todo lo presente, vieneseme á la memoria la profunda observación de Jorge Manrique:

Cuán presto se va el placer;
cómo, después de acordado,
da dolor.

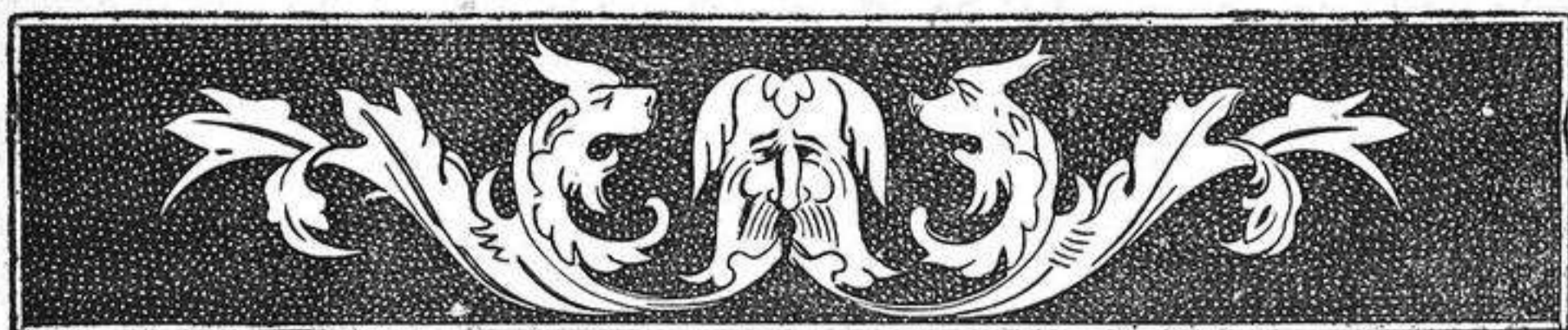
Cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y con esto, querido señor mío, que Dios le guarde y á mí no me olvide.

RAFAEL ALVAREZ SEREIX.

Madrid, febrero de 1884.





¡ESTO VIR!

(DE VÍCTOR DE LAPRADE)

«OUI, L'ABIME EST PROFOND, IL SE CREUSSE SANS CESSE.»

Sí: crece sin cesar el hondo abismo;
es la bajeza humana inmenso mundo,
do todo se encenaga y se revuelca
buscando en la vileza la edad de oro.
Por pendiente invisible todo baja:
altivos son los rostros, mas los pechos
son rastreros. Se alejan las virtudes,
y con ellas el arte: por do quiera
se desmoronan las antiguas cumbres.
¿Qué frente evita del nivel el golpe?
vulgaridad oscura invade el globo:
pierde su base el monte; pierde el río
su lecho: el valle ocúpase de escombros:
sucio pantano nace de esta mezcla
y acampamos en este mar de fango.

Respirando este ambiente largo tiempo
morimos: ved la fiebre y el cobarde
temblor: quien se adormece en estas noches
sin aurora, se empapa en servilismo.
Todos tiemblan, se espían y murmuran

con temblorosa voz; sobre las huellas
del cobarde bravea el insolente.

Fustigado el lacayo, disimula,
y al marmitón los puntapiés traslada
de su señor, y se oye por do quiera
el golpe de sopapos invisibles.

Desciende la insolencia, el odio sube;
y siente cada cual sobre su frente
la injuria rebotar: mas todo, todo
presenta buen aspecto, y sin ruido
se lleva la deshonra, como el árbol
lleva su fruto; la corbata blanca
limpio cabestro oculta y muy bordado.
Los dedos son ganchudos, mas el guante
la garra oculta, y guárdanse atenciones.

Así se vive: todo se halla ajado
y con mácula, excepto la apariencia:
todo reviste aparatoso brillo
para engañar la historia y la esperanza.

Sordos á todo noble sentimiento
el alma en cuchicheos se revela;
créese hablar, se forma un discursito
y huye del labio la palabra propia.

Un invisible y vigoroso cable
amarra al yugo las más altas frentes,
mas se puede gozar y divertirse.
La musa se atavía en ninfa de ópera;
el fuego y los ardores sin empleo
se consagran á goces tolerados
en campo vil, do luchan, desfrenadas
viles costumbres con ideas viles.

Los grandes nombres yacen destrozados
en los arroyos; y oceano impuro
se forma de estas aguas; oh, sí, veo
subir, subir este infinito fango,
á sumergirnos pronto en nuestro oprobio.

A cada instante lluévennos afrentas.
¡Oh! ¿Cuándo cesará nuestra ignominia?...

Cuando queramos. Un advenedizo,
 tú mismo, yo quizá, cualquier ignaro
 soñador que en Dios crea, al ser testigo
 de tanta hipocresía, decir puede
 á la deshonra: «¡No, no irás más lejos!»
 En esta ruina de hombres y de cosas,
 de extraviados partidos, que abandonan
 su causa, cada cual arrebatado
 de fe puede decirse: ¿Qué esperanza
 existe? ¿Qué nos resta? Yo tan solo.
 Puede erigir, so el peso que le oprime,
 en arma vengadora, su conciencia,
 y hacer, invulnerable á los furoros
 del vencedor, palanca de su pecho
 para mover el mundo.

Mas el día
 de batallar batalla tan terrible
 teme á un traidor guardar dentro del pecho;
 es preciso domar á su enemigo,
 y del vil interés las rebeldías;
 atleta inaccesible á los placeres
 necesitas haberte dominado
 para ser invencible, sólo entonces,
 absoluto señor de tus deseos,
 podrás guerrear á los demás tiranos;
 y vencedor sin que la trompa suene,
 dueño de ti, de nadie eres esclavo.
 ¡A combatir! ¿Qué importan las derrotas?
 Quien se doma á sí mismo, vence al mundo.

¿Y para qué este jefe y este brazo
 que vengue nuestras rotas? ¿No sería
 por ti, oh joven, que me estás oyendo?
 ¡Tú darías tu sangre por el pueblo;
 más generoso aún, tu virtud dale!

¡Alzémonos! Libremos nuestros pechos
 y nuestros pensamientos de las hidras
 que moran en nosotros: luego, todos
 seguros de eco horrendo, lanzaremos

de libertad el grito, que derrumba
de Jericó los muros; que, lanzando
vivos rayos, devora á los amigos
de nuestros Baltasares; que despierta
los muertos en el fondo de su tumba
y carne y alma vuelve á vanos huesos!

¡Sus! y que todos sin piedad ni tregua
el hierro y fuego por su pecho pasen,
los villanos instintos destruyendo;
á esos rebeldes tan amados odia:
lleva la tea á su secreto asilo
y hazte tu dueño depurando el alma.

Seguir la vía recta sin doblarse
es la mayor injuria al siglo hecha,
es la mayor afrenta del infame;
¡quisiera castigarla y la devora!
¡La virtud, la virtud! Este es el arte
y el perfecto complot, la flecha ardiente
que hallará desarmado al enemigo;
ella sabe mejor que el genio y fuerza
minar la tiranía en sus cimientos.

Luchemos del Señor las nobles luchas:
«¡Vencer por el honor!» divisa sea;
si fueres solo, lucha todavía.
¡Bah! ¿qué importa la turba de los viles?
Toda virtud les hiere y les destruye,
con su mortal, aunque invisible golpe.

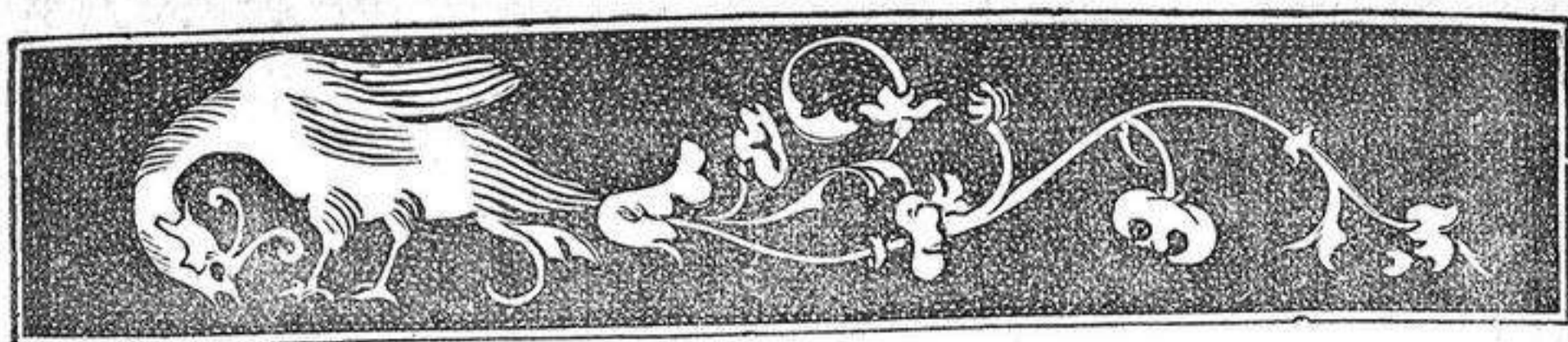
Con esto sólo, sin temor ni tacha,
en su derecho inmóvil como roca,
vencer se puede, y desde la alta cima
de su desdén, dejar que corra el flujo
y reflujo de míseros pilluelos.
No gastará el torrente desbordado
nuestro antiguo granito; un bravo pecho
desafía á un millar, y á cien granujas
un solo caballero derrotaba.

Cuando Dios juzga á un pueblo, nada importa
el número, pues bástanle diez justos.

Viviendo bien, luchando bravamente
podrás vencido ser, tu causa nunca!
¿Cuántos guerreros la inmortal Esparta
envió al combate? Cuántos leoncillos
con su bravo león? Trescientos sólo
contra el déspota Jerjes y su turba!
¡Trescientos y á morir!... ¿Decid Termópilas
si de vencido tal el golpe es vano?...
Hablad vosotros, mártires humildes:
¿Quién venció, los verdugos ó vosotros?
—Nuestra fe se estremece y os responde:—
¿Y el mundo de quién fué, del Cristo ó Cesar?

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XXIV.

T. G. CARVAJAL.



Se ha citado más de una vez el traductor del Salterio (*Salterio* en griego, *Sephertehillim* en hebreo, y *Liber hymnorum* ó *laudum* en latín), y debemos ampliar tan ligeras indicaciones.

A la vista tenemos:

«Los salmos traducidos nuevamente al castellano en verso y prosa conforme al sentido literal y á la doctrina de los Santos Padres, con notas sacadas de los mejores intérpretes y algunas disertaciones, por el Dr. D. Tomás González Carvajal, del claustro y gremio de la real Universidad de Sevilla, intendente de los reales ejércitos, exdirector de los reales estudios de San Isidro y académico de número de la real Academia Española.»

Esta obra, en 12 tomos y en 8.^o, se imprimió en la oficina de Benito Monfort, Valencia, 1819.

(1) Véase la pág. 78 de este tomo.

Ya en 1807, en Sevilla, tenía compuesta la parte primera de los salmos, y en 1814, en Madrid, presentó toda la versión del Salterio á la aprobación del Cardenal de Borbón, Arzobispo de Toledo, que la aprobó sin reservas, excitándole á imprimirla sin pérdida de tiempo. Un fragmento de esta versión remitió su autor al Papa Pío VII, el cual le dió la enhorabuena por su cristiano propósito, encargándole no olvidase escoger los comentarios más útiles, en armonía con las intenciones de la Iglesia. González Carvajal manifiesta que muchos salmos fueron traducidos en medio de los caminos, al estrépito del cañón y al crugir de las bombas. Esta circunstancia honra su ilustración y laboriosidad, pero no disculpa sus defectos y desaliños. Muchas poesías, acaso las más robustas en el original, son en la traducción prosa rimada con desmayos é incorrecciones. La manía de ceñirse respetuosamente á la letra (como si el espíritu no la vivificase), aparte de la pobreza del numen que inspiraba al buen académico de la lengua, contribuyó á los prosaísmos de esta versión, la más completa que poseemos en verso castellano.

La divide en cinco libros. Esta división de los salmos es antiquísima. Se atribuye á los hebreos, tal vez á Esdras, que es opinión muy general, ó acaso al mismo David; no faltando autores, los menos, que la suponen posterior á la edad apostólica. San Hilario, San Jerónimo y San Agustín combatieron la división en cinco libros por creerla opuesta á la unidad é integridad del Salterio; mientras la defendieron San Ambrosio, San Epifanio, Eusebio y otros historiadores ó doctores eminentes. El último declara que la división quintuple se halla autorizada por el original hebreo y los mejores códices griegos. Y el mismo San Jerónimo viene á dar la razón á sus adversarios al reconocer que los Setenta, cuando vertieron la Biblia, encontraron dividido de ese modo el libro de los salmos, y al añadir el santo doctor que, efectivamente, «los salmos todos se comprenden en un solo y único volumen, pero con cinco secciones (*incisionibus*).» Cinco libros ó partes, para comodidad del lector, sin atentar á la unidad perfecta de la obra, comprende la de los himnos de David.

El número tres ha merecido la predilección de algunos cristianos, que le han creído superior, material y espiritualmente, al número cinco. Dios trino y uno, los tres reinos de la naturaleza, las tres potencias del alma, son tres razones, aparte de otras ciento, para dividir los salmos en tres grupos, cada uno de cincuenta. Los cincuenta primeros salmos, según San Agustín, exhortan á la penitencia; los segundos invocan la misericordia y el juicio, y cantan los últimos las alabanzas de Dios en sus Santos.

Carvajal, ya se ha dicho, admite como más fundada la división en cinco libros. Queda expuesto, en general, el juicio crítico de su versión. No tenía facultades poéticas para interpretar en la lengua de Fray Luis de León la poesía lírica de David, tan rica, variada y hermosa, que con ella no se echan de menos «ni los arrebatados vuelos de Píndaro, ni la noble y sencilla magestad de Homero, ni la suavidad de Catúlo, ni la familiaridad de Terencio, ni la elegancia y cultura de Virgilio, ni la concisión, discreción y gracia de Horacio, ni la fluidez y amenidad de Ovidio.»

Quien así elogia al Rey-Profeta le traduce con escasa fortuna. Veamos algunos ejemplos.

El salmo I, proemio ó introducción al salterio, llamando felices y bienaventurados á los que noche y día meditan la ley del Señor, está traducido en estrofas de endecasílabos—versos 1.º y 3.º—y de eptasílabos—2.º y 4.º

Esta clase de liras, en nuestra opinión, es la más idónea en castellano para la interpretación rítmica de los salmos. Responde como ninguna otra combinación al paralelismo de los hebreos.

Oí una voz solemne, oí un suspiro,
que aun me turba y espanta:
—Como Ezequiel cantaba sobre Tiro,
toma la lira, y canta.

(Imitación nuestra, «Ruinas de...»)

Recuérdese que la métrica de los cánticos hebreos viene á ser un ritmo, no ya de palabras y frases, sino de ideas, sen-

timientos é imágenes. Es de tres maneras: paralelismo *sinónimo*, cuyos dos miembros expresan la idea misma con palabras diferentes; *antitético*, cuyo miembro primero está explicado ó aclarado en el segundo por antítesis ó contraposición; y *sinitético*, que añade algo en el miembro segundo para la explicación ó inteligencia del primero. El paralelismo de todas clases exige una estrofa de dos miembros que se complementen. El ejemplo aducido lo demuestra: uno de la elegía de Espronceda á *La Patria* acabará de probarlo:

¡Cuán solitaria la nación que un día
poblara inmensa gente!...

miembro primero: se oye en él la voz lúgubre de los cantores que, bajo las anchas bóvedas del templo, parece que lamentan la desolación de la ciudad santa. Luego, el pueblo, los sacerdotes, con entonación parecida acompañan el solemne treno, completando la estrofa con el segundo miembro, ampliación del primero (¿paralelismo sinónimo?)

¡La nación cuyo imperio se extendía
del ocaso al Oriente!

.....

¡Vírgenes, destrenzad la cabellera,
y dadla al vago viento;
acompañad con arpa lastimera
mi fúnebre lamento!

Esta lira ha sido preferida por los poetas modernos que han imitado á los cantores bíblicos. Meléndez dice:

Su gloria se deshizo: sus tesoros
carbones se volvieron;
sus hijos al abismo descendieron,
sus risas fueron lloros.

Carvajal, que hace alternar en los salmos I y II los endecasílabos y eptasílabos, no encierra una idea en cada estancia

de cuatro versos, sino que encadena casi sistemáticamente las estancias, rompiendo la unidad del pensamiento en fragmentos que reparte en dos ó más grupos líricos; de tal modo que el paralelismo hebreo se destruye y se olvidan las condiciones musicales de los salmos.

La traducción que nos ocupa ostenta, como las fábulas de Iriarte, variedad de metros, siendo preferida la lira regular ó irregular (silva). Los versos cortos, acaso por su mayor facilidad, sobre todo los compuestos de asonancias, no parecen tan incorrectos y mal medidos como los largos. Hasta en tercetos, metro propio de la epístola, incapaz de someterse á las exigencias del canto, hay salmos como el LXXVI:

Viéronte, oh Dios, las ondas; y turbado
el temeroso abismo se retira
y nos da paso libre y sosegado.

En torbellinos mil, el agua gira,
y rasgadas las nubes con estruendo
dan el terrible anuncio de su ira.

Es lo más selecto del himno. Los tercetos, generalmente, no hacen punto final, quebrándose en dos ó tres de ellos un concepto mismo.

Trasladaremos íntegro á estas páginas el salmo CXXXIII por su brevedad y estar escrito en versos de cinco sílabas:

Mirad: ahora
vosotros todos
siervos humildes
del poderoso
Señor, loores
le dad y encomios.

Los que en su casa
vivís, vosotros
los que en sus atrios
moráis dichosos,
en las serenas
noches devotos:

alzad las manos,
 clavad los ojos
 en el divino
 Sancta Sanctorum,
 y allí loores
 le dad y encomios.

De tierra y cielo
 autor tú solo,
 Señor, bendice
 tan santo coro,
 desde tu excelso
 propiciatorio.

Este salmo se titula canto gradual, rótulo de otros catorce más. Unos autores dicen que estos cánticos se entonaban subiéndose quince gradas del templo de Jerusalem; otros, con más fundamento, sostienen que se cantaban alzando la voz por grados, ajustándose á una escala de la música antigua, compuesta de quince tonos.

Principio del salmo CVI, para que se vea el modo que tiene el intendente de los reales ejércitos de manejar la lira:

Gloria por sus bondades
 dad al Señor por su piedad eterna.
 Piedad de que serán fieles testigos
 en todas las edades
 los que libres se ven, por su paterna
 mano, de poderosos enemigos.

Prosa y no escogida. El verbo *dad* tiene doble régimen: por su piedad y por sus bondades.

El trozo copiado pertenece á lo recitado ó cantado por el *Levita I*. El *coro* continúa de este modo:

Clama el pueblo afligido
 al Todopoderoso,
 que acude piadoso
 en tal necesidad.

Y prosigue el *Levita*:

El seguro camino
le muestra, que guiaba
á la que suspiraba
incógnita ciudad.

Basta de los ensayos de Carvajal para hacer cantables sus versos, á imitación del italiano Mattei.

El salmo LXXII se rotula *Canción de Asaph*. ¿Quién era éste? ¿Cantor sencillamente ó poeta?

Cuestión resulta de aquí más curiosa que útil. Puede plantearse en esta forma: David no es el único autor de los salmos que se citan á su nombre. Otros líricos hebreos colaboraron en la magnífica obra del Salterio.

Casi, casi por herética se ha tenido por algunos la opinión de negar al Rey-Profeta la absoluta paternidad de los salmos. Recuerda Carvajal en sus notas que Philastrio, Obispo de Brixia, en el catálogo de herejías que escribió en el siglo IV, contó á los que sin vacilar creían *in œqualitate Psalterii*. De la afirmación de esta desigualdad indigesta ó confusión y embrollo de los salmos, se derivó la negación de la unidad de autor, por más que son cosas muy diferentes, tan diferentes y diversas que muchos doctores cristianos elevados por la Iglesia á los altares, han atribuído á varios poetas la colección de los salmos.

Tanto fantasearon los Rabinos, que achacaron la formación del *Sepher tehillim* á diez ingenios tan notables como Adán, Melquisedech, Abraham, Moisés, los hijos de Coré (ya pasan, tal vez, de la decena), David, Salomón, Asaf, Iditeim, y Ethán. Exageración y fantasía pura. En contra de estos y de otros muchos, San Agustín, San Juan Crisóstomo, Casiodoro y Eutimio defendieron que David fué el único salmista ó salmígrafo, siendo meros cantores de salmos aquellos que han dejado en los títulos de algunos sus nombres, lo cual afirmaron para asegurar más y más la unidad de inspiración y de fin espiritual que rige á todo el Libro de los Loores. Sin desconocer esta soberana inspiración, dijo San Ambrosio

que David es el principal, no el único, inventor de los salmos; San Hilario Pictaviense, que es absurdo llamarles salmos de David cuando en sus mismas inscripciones y títulos aparecen tantos autores; San Gerónimo, que todos son de aquellos que en los títulos aparecen, y Eusebio, que son de David y de otros Profetas, á saber: 72 salmos de David; 11, de los hijos de Coré; 12, de Asaf; uno, de Ethán; dos, de Salomón; uno, de Moisés; 17 anónimos; 15 con título de aleluya, y 19 sin epígrafe. Añade Eusebio que David escogió de la tribu de Leví varios cantores, cuyos insignes maestros eran Asaf, Emán, Etán é Iditun.

En algunos de éstos fueron poetas compositores de himnos y por ende capaces de alternar con David en la formación del Salterio, no cabe dudarlo en vista de los datos que suministra la Biblia. Salomón, el fundador del templo, aquel sabio que conocía desde el cedro del líbano hasta el hisopo de las paredes, no podía contentarse con alzar materialmente los altares al Dios de Israel, sino que debía contribuir intelectual y moralmente á su glorificación. Los Libros Sagrados (Reyes, cap. 3, v. 31), dicen que Salomón, más sabio que Ethán Ezrahita, Hemán, Calchol y Darda, compuso tres mil parábolas y mil cinco cánticos.

Asaf (Paralip. lib. II), al lado de David, es citado como autor de salmos. Los varios que se le atribuyen revelan un poeta lírico de vuelo más atrevido que el Profeta-Rey, y, á juzgar por los asuntos que elige, con manifiesta inclinación á la poesía elegiaca.

Emán é Iditun (Paralip. I, cap. 25) eran profetas compositores de himnos religiosos y maestros ó príncipes de cantores. De modo que hay fundamento para considerar á Salomón, Asaf, Emán é Iditun, ingenios capaces de llevar su parte á la obra poética del Salterio.

Este, atendida su actual organización, consta de los libros, autores y salmos expresados en el cuadro siguiente:

LIBROS	NÚMERO DE SALMOS									TOTAL de los salmos.
	AUTORES									
	David.	Asaf.	Emán.	Ethán.	Moisés.	Salomón.	Hijos de Coré.	Anónimos.	Dudosos.	
1.º	38	»	»	»	»	»	»	2	»	
2.º	21	I	»	»	»	»	7	2	»	
3.º	I	II	I	I	»	»	3	»	»	
4.º	II	»	»	»	I	»	»	5	»	
5.º	13	»	»	»	»	I	»	28	3	
TOTAL..	84	12	I	I	I	I	10	37	3	150

Carvajal, considerando el lenguaje puro de David, hebreo limpio y correcto, mientras el de otros autores, Esdras y Daniel, v. gr., está plagado de caldaísmos, y teniendo en cuenta también los asuntos y las alusiones morales é históricas de los salmos, añade á los atribuídos en el cuadro á David algunos de Salomón y de Asaf, muchos de los anónimos y parte de los dudosos, esto es, los señalados con los números 2, 71, 104, 111, 136 y 145. Tal es la opinión más generalizada. La *Annotatio in titulo Psalmi*, ahijada sin razón á San Agustín, atribuía á David nueve salmos; la Sinopsis de los libros sagrados, que se ahija á San Atanasio, le atribuía cinco: hoy casi todos, acostándonos al parecer de San Ambrosio. Así podemos decir «el Salterio de David,» sin impropiedad.

Concluyamos estas observaciones con la sublime elegía del Miserere. Innumerables son los traductores de este salmo. Este lloro poético del rey pecador, que resuena con las notas del arte divino en nuestras iglesias, como también en los dramas líricos de nuestros teatros, no ha inspirado á Carvajal más que estos asonantes desmayados y fríos:

Misereve mei, Deus...

Piedad, piedad, Dios mío,
piedad el alma implora,
fiada en la grandeza
de tu misericordia.

Y pues que de piedades
tal caudal atesoras,
con ellas de mi culpa
la fea mancha borra.

Lávame y purifica
más y más la asquerosa
llaga de mi pecado
tan torpe y hedionda...

Mejor es saborear la prosa castellana del hereje Cipriano de Valera, que nos recuerda el siglo de oro:

«Ten piedad de mí, oh Dios, conforme á tu misericordia; conforme á la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

»Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado.

»Porque yo reconozco mis rebeliones; y mi pecado está siempre delante de mí.

»A ti, á ti sólo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; confiésolo, porque seas reconocido justo en tu palabra y tenido por puro en tu juicio.

»He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.

»He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo: y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.

»Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré emblanquecido más que la nieve.

»Hazme oír gozo y alegría; y se recrearán los huesos que has abatido.

»Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades.

»Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.

»No me echés de delante de ti; y no quites de mí tu santo Espíritu.

»Vuélveme el gozo de tu salud; y haz que el espíritu libre me sustente.

»Enseñaré á los prevaricadores tus caminos, y los pecadores se convertirán á ti.

»Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salud: cantará mi lengua tu justicia.

»Señor, abre mis labios; y publicará mi boca tu alabanza.

»Porque no quieres tú sacrificio, que yo daría; no quieres holocausto.

»Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

»Haz bien con tu benevolencia á Sión: edifica los muros de Jerusalem.

»Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto ú ofrenda para ser del todo quemada: entonces ofrecerán sobre tu altar becerros.

XXV.

HIMNOS Y CANTOS DE GRECIA PAGANA.

Toda la poesía religiosa de la antigua Grecia se compendia en breve resumen.

El *lino*, viejo cantor ó himno vetusto que deplora la ausencia del sol primaveral; el *pean*, himno en loor de Febo que destierra con sus fulgores las nieblas y escarchas del invierno; y el *treno*, que con la voz de la religión vierte lacrimosas endechas sobre los restos del que fué; tales son los cantos piadosos de la edad primera de los helenos.

El aeda, poeta-músico, invoca al numen entre las columnas del santuario. De este período remoto, anterior á Homero, se destaca entre las sombras la figura del tracio Orfeo,

tipo de la poesía y del amor. Este aeda, genio real ó mito religioso, parece introdujo en su país el culto misterioso de una divinidad, que perseguía á los vivos y se enseñoreaba de los muertos. Muchas obras se han publicado á su nombre. Dígalo en España la traducción inédita de los Himnos de Orfeo en castellano por D. J. A. Conde.

Si vivió por los años 1250 y tomó parte en la expedición de los Argonautas; si su nombre, que aparece en un fragmento de Ibico (528 a. de J. C.), es algo más que un símbolo, difícil, si no imposible, será averiguarlo; pero los himnos órficos existen, el autor de la carta *Sobre el mundo* (tal vez Aristóteles) copia un fragmento de los órficos, y su estructura y sus ideas armonizan con el concepto que formamos de la poesía religiosa en aquella época. Un nombre repetido cien veces, un pensamiento reproducido bajo cien frases análogas, un conjunto de invocaciones al dios para que recibiese con benevolencia el sacrificio, tales son los *teletes* (*teletai*) del sacerdote tracio: letanías, en una palabra, como la siguiente:

Zeo lo primero,
 Zeo es lo último;
 lo más excelso,
 lo más profundo;
 Zeo la base
 de cielo y tierra;
 Zeo el principio
 de cuanto alienta;
 Zeo es la ninfa
 que no perece;
 todo por Zeo
 se agita y mueve...

Zeus ó Zeo es como el *mens agitans molem* del universo mundo.

Orfeo tuvo discípulos: uno de ellos Museo, originario de Tracia, autor de una teogonía y de himnos religiosos, verdaderos cantos de iniciación en los hondos misterios de Eleusis ó Ceres, la madre tierra, de santa fecundidad.

Los Eumólpidas, descendientes de Eumolpo, sacerdote tracio, representan la cadena de aedas religiosos, singularmente ministros de Eleusis ó Deméter, que comunican el fuego sagrado al Atica desde la Pieria, cuna de las musas; porque los griegos meridionales llamaban tracios á los pierios, envolviendo en aquel nombre los pueblos del Nordeste.

Ya tienden el vuelo las Piérides, que llevan por toda la Grecia las notas de sus canciones, dejando de ser *Piérides* al abandonar sus lugares nativos.

En Eleusis (Atica) no se cantaron exclusivamente himnos órficos y de Museo: los hizo también y llenos de melancolía el aeda Pamfo, inventor, si no miente la tradición, del primer lino ó elino.

Himnos se entonaron en el templo de Apolo Pitio, en Delfos; Filamón fué recordado en este santuario como inventor de los coros de doncellas; Olen, hiperbóreo, se tenía en Délos por autor del himno en honor de Opis y Argea, vírgenes compañeras de Diana y Apolo; y el mismo Olen, ó Mársias tal vez, inventó los *nomos*, sencillas estrofas, en armonía con ciertas arias, que se cantaban con acompañamiento de coros. Reminiscencias, en una palabra, de la primitiva musa de la Grecia.

El poeta religioso se metamorfosea ante los muros de Troya. El himno á los dioses, comparte sus glorias con el canto épico de los héroes. Dicho se está que la mistificación, la transición del cielo á la tierra, de Dionisios á Aquiles, se simboliza en Tamiris, de Tracia.

Homero, el creador de la epopeya, es tenido sin razón por autor de himnos narrativos de las aventuras de ciertas divinidades. Su carácter épico obliga á mencionarlos en otro lugar de este boceto.

En el período ático (594-333 a. de J. C.), esto es, desde el legislador y poeta Solón hasta el conquistador Alejandro, el himno sagrado recibió tan varias denominaciones cuantos eran los dioses que cantaba, la fiesta de que formaba parte ó los cantores que habían de entonarle. Mención separada se hace del pean y ditirambo. Este último, en honor de Dionisios, tiene el gran mérito de haber engendrado el género poé-

tico de Esquilo, Sófocles y Eurípides, pues el germen de la tragedia palpita en los coros y episodios de las dionisiacas.

Y la comedia también. ¿No se origina de los himnos fálicos cantos dedicados al dios del vino en la bulliciosa época de la vendimia? Lo que vacilamos en calificar de poesía religiosa es el *fálico*, canto licencioso, epigramático, lleno de desvergüenzas; más bien le llamaríamos semilla de la sátira por su mordacidad y desenvoltura.

Entre los líricos eolios, en la edad poética (1184-594), según algunos historiadores, en tiempo de Calino y Tirteo (s. VII a. de J. C.), floreció Terpandro, de Lesbos, inventor del *bárbiton* y del *heptacordio*. Según graciosa fábula, heredó mucho del numen de Orfeo, cuya lira y cabeza, arrojadas por las Ménades al Ebro, arribaron á la isla de Lesbos, donde arraigó la fecunda inspiración de los tracios ó pierios. Terpandro, fundador del sistema musical de los griegos, admiró con sus canciones á los lacedemonios, y en las fiestas de Apolo, Carnio venció á sus rivales, entonando, como él textualmente dice, «nuevos himnos con la forminge de siete cuerdas.» Fuesen sus cantos (extraviados todos, á excepción de algunos versos sueltos) de carácter guerrero ó patriótico, no dejó de invocar á Júpiter, á quien dedica sus himnos, como al príncipe y rector de todas las cosas.

Alcman ó Almcon (traducido al castellano por Canga Argüelles), poeta dórico, coetáneo de Tirteo, inventor ó regulador de coros de doncellas, escribió peanes y otros himnos dedicados á los dioses. Sus metros poéticos son muy libres, poco ó nada semejantes á los de Safo y Alceo, y acomodados á leyes melódicas.

Estesicoro, inventor del épodo, compuso cantos piadosos. Se dilata en magníficas narraciones, por lo que afirmó de él nuestro Quintiliano que «sostiene sobre la lira el peso de la epopeya.»

También es autor de himnos el ilustre Simónides, cantor de las Termópilas, cuyos *trenos* derraman llanto. Y la mayor parte de los líricos griegos, aunque sus versos religiosos han desaparecido, se mencionan entre los poetas cantores de la divinidad.

El más antiguo de ellos, Orfeo, dió nombre á una escuela poético-filosófica, que desde sus orígenes tuvo doctrinas secretas, descubiertas sólo á los iniciados. En tiempo de los pisistrátidas, la secta del sacerdote pierio ó tracio adquiere luminosa celebridad. Baco, Dionisios, es el dios, por decirlo así, órfico; pero no Baco ébrio, ensalzado ditirámbicamente, no el Dionisios del alegre comos, enaltecido á su manera por las bacantes, sino un Baco severo, un Dionisios teólogo, que enseña los misterios de la vida futura, campo sin fin de las almas inmortales. Un órfico ilustre, amigo de Pisístrato, escribió cantos destinados á la iniciación en el culto, enlazando la leyenda de los Titanes con la de Dionisios. Ese poeta se llamaba Onomácrito y suyo el himno que vamos á traducir:

Sin piedad ni excepción, á los profanos
 cerrad todas las puertas:
 hablo para el oído inteligente:
 de la verdad entera
 te diré los encantos, ¡oh Museo!
 hijo de la brillante
 Luna: jamás olvides las lecciones
 que luz en tu alma esparcen.
 Tus ojos vuelve á la Razón divina;
 á ella sola dirige
 tu corazón; por el sendero recto
 tus pasos se encaminen,
 y para el Sér dominador del orbe
 ten miradas tan sólo,
 porque Él único es, de Él todo nace,
 y es hijo de sí propio.
 Por medio de los seres Él circula:
 nadie ve su semblante,
 y á sus ojos divinos no se esconde
 el ser más deleznable.
 Él dispensa al mortal males y penas,
 y en pos bienes y gracias,
 y de la fiera lucha los estragos
 y el dolor y sus lágrimas.

No hay más rey que el gran Rey: yo no le alcanzo,
 pues le vela una nube,
 y los ojos mortales no soportan
 el esplendor de Júpiter.

En el cielo de bronce el Dios reside
 en áureo trono alzado,
 y la tierra á sus pies, la ingente diestra
 al último Occeano.

Y ante Él se abaten los ergidos montes,
 agítanse los ríos
 y de la mar azul leves oscilan
 los profundos abismos.

Se da como auténtico, puro y no mistificado este himno órfico, que San Justino, el mártir, supo conservar; pero no debe olvidarse que con el nombre de Orfeo y de sus secuaces se publicaron multitud de composiciones literarias, que se encaminaban á presentar las doctrinas del helenismo, purificadas de inmundos elementos, como símbolos augustos de la naturaleza ó de excelsas relaciones de la metafísica, en la necesidad de oponer á las creencias sublimes de la fe cristiana algo superior á las groserías de la mitología vulgar.

Hay que correr muy poco para llegar desde Onomácrita, el órfico, hasta Aristóteles, el filósofo, creador de un sistema que se perpetúa, con renovado y creciente vigor, á través de las religiones, de las escuelas y de los siglos. El Estagirita, cuyo lenguaje se ha motejado de árido y seco, fué un lírico eminente, el más grande de su edad (384-322), habiendo llegado á nosotros su escolio sobre Hermias, que se conoce con el rótulo de *Himno á la Virtud*.

Helo aquí:

«Virtud, objeto de los trabajos de la raza mortal, fin elevado, el más noble á que puede encaminarse nuestra vida.

»Por tu belleza ¡oh, Virgen! morir es en Grecia fortuna envidiable y sufrir rudas fatigas sin rendirse.

»¡Tan viva es la pasión que en el corazón enciendes, tan llenos de inmortalidad los frutos que produces!

»Frutos más preciosos que el oro, que un padre ó una madre, y que el sueño que al fin del día nos proporciona el descanso.

»Por ti, Hércules, prole de Júpiter; por ti, los hijos de Leda realizaron árduas hazañas, proclamando con sus obras tu poder supremo.

»Por tu amor bajaron Aquiles y Ajax á la morada de Plutón; por tu querida hermosura perdió el vástago de Atarna (1) la luz del sol.

»Así le dan gloria sus obras, y le inmortalizarán las Musas, bellas hijas de Mnemosina, que en él celebrarán el amigo fiel, el guardador de las leyes de Júpiter hospitalario.»

Otro filósofo-poeta exige dos líneas después de Aristóteles. Tal es el segundo jefe del Pórtico, el sucesor de Zenón, Cleanto de Asos de Eolia (310), atleta metido á estóico. Su himno á Júpiter comienza así:

«¡Salud á ti, el más glorioso de los inmortales, sér á quien se adora con mil nombres, Júpiter eternamente todopoderoso!»

De la literatura alejandrina, de ese período (336-146) que empieza con el reinado de Alejandro y se cierra con la toma de Corinto, apenas merece recordarse el nombre de Calimaco, de Cirene, bibliotecario de Alejandría, más erudito que poeta, autor de cinco himnos en exámetros y en dialecto jónico. Cleanto valía mucho más, sentía más que este docto versificador de aventuras mitológicas. Son sus poesías largos poemas de Júpiter, Apolo ó Céres, cargados de mitos oscuros, de narraciones pseudo-épicas fatigosas, y de calor teológico muy escasas, tan escasas como las poesías místicas de vates modernos, que piden á la cabeza lo que solo da el corazón.

Proclo, de Xanto, en Licia (412), llamado por un historiador de la literatura el último de los grandes filósofos griegos,

(1) Hermias.

el último de los grandes prosistas y el último de los grandes poetas, lo mismo servía para buscar la luz de la verdad entre las brumas de las tradiciones órficas, que para encontrar el oro de la poesía entre las escorias de los cantos hieráticos. Ochenta y ocho oraciones rotuladas con el nombre del tracio, nomina-
das *himnos* por sus autores, evidencian la falta de numen poéti-
co que les aquejaba y la reputación del ministro antiguo de Ba-
co, que velaba con su silencio sepulcral aquellas líricas super-
cherías. Proclo es un autor inspirado y entusiasta de himnos: se celebran mucho el dedicado *Al Sol*, matizado de brillantes imágenes, y el consagrado á *Minerva Polimetis* (Ciencia y saber), aún más rico en elevados pensamientos y rasgos de imagi-
nación; les siguen en importancia los dos á *Venus* y el de *Hécate y Jano*, más ligero y breve todavía. La mitología de Proclo rinde parias á sus opiniones filosóficas. El pontífice de todas las religiones, el escritor alejandrino, que encierra ó pretende encerrar en las entrañas de su platonismo los fragmentos dispersos de la sabiduría antigua, desfigura en sus himnos religiosos las fábulas mitológicas, y salvos los nombres de las deidades, todo lo demás es nuevo y forjado en la escuela ateniense que heredó de sus maestros Siriano y Plutarco. La crítica señala en sus poesías un epitetismo redundante, la ociosa repetición de una misma idea, y, por consiguiente, de las mismas palabras.

Himno de Proclo á las Musas:

«Cantemos, sí, cantemos la luz que sublima á los mortales: son las nueve hijas del Gran Júpiter las Musas de voz armoniosa.

»Cuando nuestras almas cruzaban errantes los abismos de la vida, sus libros saludables las santificaron, preservándolas del golpe funesto de los terrenos dolores.

»Por ellas aprendieron á elevarse sobre las aguas profundas del olvido, á fin de llegar puras al astro unido á su suerte:

»Á fin de arribar al astro que abandonaron un día, cuando cayeron á la playa de la existencia, locamente enamoradas de la materia.

»Escuchadme, oh diosas: calmad mis agitaciones y tumul-

tos, encantándome con las palabras de los sabios; haced que los impíos no me aparten del camino santo, luminoso y fecundo.

»Del seno de la revuelta muchedumbre, arrancad mi alma errante, y atraedla á la luz: enriquecedla con los frutos de vuestros preciosos libros, y concededle el don de la persuasión y de la elocuencia.

»Escuchadme, dioses que empuñáis el gobernalle de la verdadera sabiduría; vosotros, que encendéis en las almas de los mortales la llama que los purifica y eleva.

»Oidme, santos dioses, vosotros que arrebatáis el mortal á las mansiones de los mortales, lejos del abismo tenebroso del mundo, santificando su sér con la esencia de los cantares místicos.

»Escuchadme, potentes salvadores; mostradme la pura luz en los libros sagrados; desvaneced la niebla que cubre mis ojos, á fin de que sepa distinguir al dios inmortal y al hombre miserable.

»Jamás un demonio funesto me aparte de los bienaventurados, sumiéndome en las hondas corrientes del olvido; ni pena cruel encadene con los lazos de la vida el alma trémula y errante, cansada de vagar.

»No desdeñéis mi voz, diosas de la resplandeciente sabiduría: mirad los esfuerzos que hago y mis ansias por entrar en el camino que hasta vosotras conduce; reveladme los misterios y las iniciaciones de las palabras santas.»

Este es el canto de las nueve hermanas, cuyos oficios se compendian en este soneto—poco conocido—del judío de Montilla (siglo XVII) Daniel Levi de Barrios, llamado Miguel al convertirse á la fe cristiana, soneto publicado en *El Coro de las Musas* (Bruselas, 1672):

Clío los hechos memorables canta;
Melpómene, con trágica armonía,
tristes proclama espíritus; *Thalía*
cómica alegre y sensual encanta;
Euterpe lo bucólico decanta;

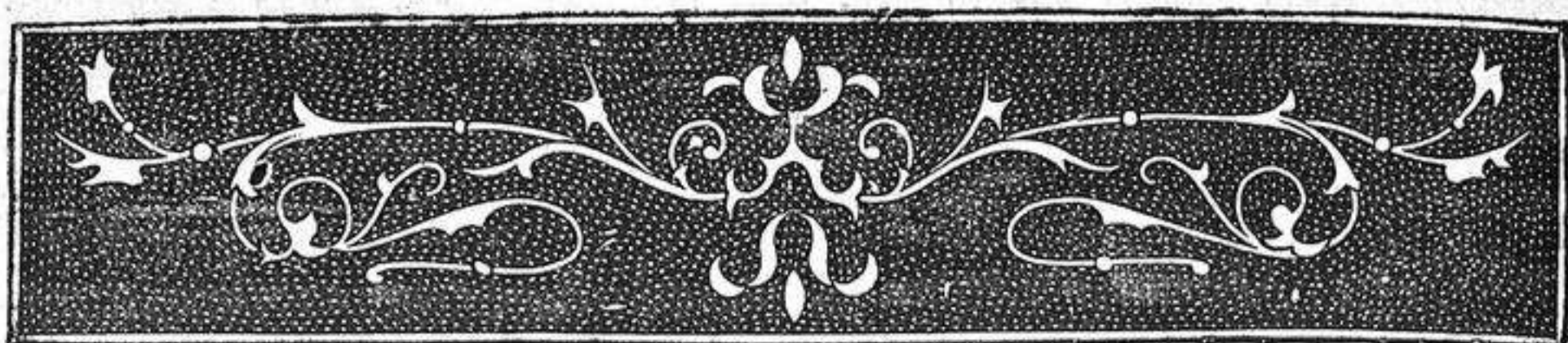
Terpsícore diversos coros guía;
Erato da al amor su melodía;
Caliope en lo heroico se adelanta;
Urania inculca cuantos refulgentes
globos se mueven hacia el austral polo;
Polhymnia habla con ojos elocuentes.

Y de estas nueve musas motor solo
porque den luz de ciencias diferentes
en medio de ellas las enciende Apolo.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(*Se continuará.*)





VARIEDADES



FERROCARRILES DE EUROPA.—En el *Bulletín du Ministère des Travaux Publics* leemos: «La longitud total de los ferrocarriles explotados en Europa era el 31 de diciembre de 1881 de 172.607 kilómetros, y en igual día del año siguiente se elevaba á 188.235 kilómetros. Por consiguiente, en el año de 1882 fué de 5.628 kilómetros el aumento total, ó sea de 3,26 por 100 de la red que se explotaba á fines de 1881.»

*
* *

PROGRAMA DE UN CONGRESO.—Vamos á dar idea de las cuestiones que se han propuesto á la sección de ciencias naturales y geográficas para ser discutidas en el Congreso de sociedades sabias, que ha de celebrarse este año en la Sorbona:

1.º Estudio de la distribución topográfica de cada una de las especies animales que habitan una parte del litoral francés. Marcar sobre un mapa en grande escala los puntos en que se ha encontrado cada una de dichas especies, indicando con signos convencionales si es muy común, común ó escasa.

2.º Estudio detallado de la Francia fluvial en regiones bien determinadas. Marcar sobre un mapa las localidades que frecuenta cada especie de pez, crustáceo y molusco; in-

dicando si es sedentaria ó no, y en este último caso, las épocas de llegada y partida.

3.º Contestar al interrogatorio de la oficina central meteorológica, relativo á los fenómenos periódicos de la vegetación, á las épocas en que llegan y se marchan las aves de paso, á la fecha de la aparición de las principales especies de insectos perjudiciales á la agricultura y á otros hechos del mismo orden.

4.º Estudiar las relaciones que pueden existir entre las variedades de diversas especies zoológicas ó botánicas y las condiciones en que viven los representantes de estas especies (altitud, sequedad ó humedad, etc., etc.).

5.º Estudiar bajo el punto de vista antropológico las diferentes poblaciones que, desde los tiempos más remotos, han ocupado en totalidad ó en parte una región determinada de Francia.

6.º Estudiar los cambios que, desde los tiempos históricos, se han efectuado en la configuración del suelo de una localidad por la acción del mar, formación de aluviones, acción de los vientos ó cualquiera otra causa natural.

7.º Indicación sumaria de los mapas antiguos que poseen las sociedades geográficas, establecimientos públicos ó particulares.

*
* *

PROVERBIOS, SENTENCIAS Y AFORISMOS.—En China son sumamente aficionados á expresar sus pensamientos por medio de sentencias y aforismos que coleccionan formando obras morales y didácticas. Como á veces sirven aquéllos para caracterizar perfectamente á un pueblo, publicamos á continuación algunos de los más notables sin conservar el orden que tienen en los libros originales:

El hombre discreto sabe plegarse á las circunstancias como el agua toma la forma de la vasija que la contiene.

El error de un momento se convierte en la pena de toda una vida.

Pueden curarse las enfermedades, pero no se cambia el destino.

Cuando cae el árbol desaparece la sombra que daba. (Alude á los parásitos que abandonan á los grandes.)

El que persigue al venado no se cuida de las liebres.

Tener miedo de dejar huella, y caminar, sin embargo, sobre la nieve.

Si se dejan las raíces vuelve á brotar la hierba. (Razón que se da para exterminar á la familia de un traidor.)

El relajamiento arriba produce la negligencia abajo (en la autoridad).

No se puede tallar el diamante sin frotarle; y el hombre no puede ser perfecto sin que le haya probado la adversidad.

Lo que se dice al oído se oye á menudo á cien leguas de distancia.

Es preferible la riqueza después de la pobreza que la pobreza después de la riqueza.

Un pájaro no puede sostenerse más que en una rama; un ratón, cerca de un río, no puede beber más que según su sed.

Lo que no se puede decir no debe hacerse.

El tormento de la envidia es como un grano de arena en el ojo.

El que desea elevarse en este mundo debería ocultar su ambición bajo apariencias de humildad.

Los dioses no pueden ayudar al hombre que deja escapar las ocasiones (1).

Abrid un pozo antes de tener sed. (Estad preparados á todo.)

Las palabras melosas son veneno; las palabras amargas son una medicina. (La lisonja y las advertencias.)

El estómago satisfecho no comprende el tormento del hambre.

Vale más ser perro y vivir en paz, que ser hombre y vivir en guerra.

Las letras y la agricultura son las dos profesiones principales.

(1) «Para ser grande hombre hay que saber aprovecharse de toda su fortuna.» (Larochefoucauld.)

Ganar un gato y perder una vaca. (Consecuencia de los pleitos.)

No hay modo de hacer que revivan las flores marchitas ni la vejez.

El que trabaja con fatiga, come con placer.

La abstinencia es una joya doméstica.

Las abejas tienen sus reyes y sus ministros, y las hormigas sus relaciones sociales.

Siempre que se abre un libro se aprende algo.

Cuanto más se practican los conocimientos, más se desenvuelven.

Las recompensas prematuras perjudican á quien las obtiene.

Para gobernar, la mejor cosa es el ejemplo, y la segunda un rigor imparcial.

Un verdadero hombre de talento conserva siempre la sencillez del niño.

Obtener *uno*, induce á desear *dos*.

Los que presencian un juego pueden ser mejores jueces que los que en él toman parte.

La prosperidad es un beneficio para el prudente; pero es una maldición para el insensato.

Los hombres, cuando son felices, no queman incienso; pero en cuanto les ocurre una desgracia se abrazan á los pies de Fo (divinidad india).

Las palabras de un hombre son como una flecha, van rectas á su objeto; las de la mujer se parecen á un abanico roto.

Las faltas domésticas no deben publicarse al exterior.

Se busca la virtud en la esposa, la hermosura en la concubina.

Un marido necio teme á su mujer; una mujer prudente obedece á su marido.

Quien no se eleva mucho, sufre menos si cae.

El hombre que combata consigo mismo será más afortunado que el que luche con los demás.

El pez habita en la profundidad de las aguas y el águila en las alturas del cielo. Por alta que ésta se halle se la puede al-

canzar con la flecha, y á aquél con el harpón, por bajo que esté; pero no se puede conocer el corazón del hombre ni aun á un pie de distancia (1).

El Emperador y el súbdito que faltan á las leyes son igualmente culpables.

Que cada uno barra la nieve de delante de su puerta sin cuidarse de la que haya sobre el tejado de su vecino.

El hombre debería corregirse con la misma severidad que reprende á los demás, y excusar á los demás con la misma indulgencia que para consigo tiene.

Aunque la vida del hombre no pasa de cien años, se procura tantas penas y cuidados como si viviese mil.

Por la naturaleza todos los hombres son semejantes, pero por la educación se hacen completamente distintos.

*
* *

Mr. Sauer ha inventado una pila eléctrica que sólo funciona bajo la acción de la luz. Se compone de un vaso de cristal que contiene una disolución de 15 partes de sal común y siete de sulfato de cobre en 100 partes de agua. En el interior de aquél hay otro vaso poroso con mercurio. Uno de los electrodos es de platino y el otro de sulfuro de plata, hallándose en comunicación con un galvanómetro. Para usarlo se sumerge el electrodo de platino en el mercurio y el de sulfuro de plata en la disolución salina. La pila, expuesta á la luz, produce una corriente que desvía tanto más la aguja del galvanómetro cuanto más intensa es la radiación luminosa. De esta manera es fácil apreciar la energía de cualquier foco lumínico.

*
* *

Continúan buscando los hombres de ciencia una explicación satisfactoria á las elegantes coloraciones que pocas

(1) El Dr. Milne ha observado la semejanza que hay entre esta máxima y el siguiente proverbio de Salomón (XXV-3): «No hay medio de sondear, ni los cielos á causa de su altura, ni la tierra á causa de su profundidad, ni el corazón de los Reyes.»

semanas hace se han visto en Europa á la salida y puesta del sol.

Algunos han creído que se debe á la presencia en la atmósfera de un polvo sumamente tenue procedente de las erupciones volcánicas en las islas de la Sonda. Nordenskiöld opina que no es esta la única causa.

«Se ha observado—dice—que la nieve caída á fines de diciembre último en las inmediaciones de Stokolmo, contenía pequeñas cantidades de un polvo negro. Analizado por mí, he visto que lo formaban muchas materias carbonosas que, secas, ardían con llama dejando un residuo rojizo, compuesto de óxido de hierro, sílice, níkel, fósforo y cobalto. Las cantidades de cobalto y níkel eran relativamente grandes, pues llegaban á 0,5 por 100.

»Todavía no se ha hecho el análisis microscópico, siendo tan pequeña la cantidad de materia que tenía á mi disposición, que no me ha sido posible efectuar un análisis cuantitativo completo.

»Pero, á propuesta mía, la Academia de Ciencias ha concedido el crédito necesario para repetir estas investigaciones en un punto más distante de Stokolmo y en mayor escala.»

*
* *

Dice Mr. de Gasparín en una Memoria sobre la diseminación, asimilación y determinación del ácido fosfórico en las tierras de labor, que nada interesa tanto á la agricultura como saber en qué estado se halla el ácido fosfórico en el suelo. Aunque partiendo de una base científica y verdadera, se han expuesto opiniones muy contradictorias. Ocioso es decir que la discusión no se refiere al origen del ácido fosfórico citado; todas las rocas metamórficas lo contienen en proporciones que varían del 3 por 100 á 2 milésimas; lo mismo pasa con ciertas calizas, granitos, etc. ¿Pero se halla allí el ácido fosfórico en el mismo estado que en las rocas trasformadas? Tal es la cuestión que importa resolver.

*
* *

Con arreglo á los planos del ingeniero Toselli, se proyecta en Niza la construcción de un observatorio submarino.

El aparato, cuyo cuerpo es cilíndrico y la parte superior esférica, tendrá 10 metros de altura y tres de diámetro. Todo él será de palastro de acero con un volumen de 55 metros cúbicos, capacidad suficiente para que respiren durante algunas horas las personas que le ocupen. Además se colocará en el interior una máquina productora de oxígeno por la descomposición del agua del mar. De las galerías en que estará dividido el interior se destinará la más alta á los aparatos necesarios para la dirección del observatorio, que manejarán un ingeniero, un director técnico y un catedrático de historia natural.

El fondo del aparato lo constituirá un cómodo saloncito con lentes de 0^m,29 de diámetro, situadas de trecho en trecho. En el piso de aquél se colocará una lente de 0^m,60 de diámetro que permitirá ver el suelo submarino con toda su flora desconocida.

Calcúlase en 20.000 pesetas el coste de dicha lente monstruo. A cierta profundidad varios aparatos eléctricos proyectarán viva luz al través de la masa de agua alumbrando el fondo del mar.

*
* *

Segun dice un periódico ruso, el cerebro del insigne novelista Ivan Tourguenef, tan justamente estimado de nuestros lectores, pesa 2.120 gramos. Se conservará en el museo de San Petersburgo.

El cerebro de lord Byron pesaba 2.380 gramos; el de Cronwell 2.230 gramos; el de Cuvier 1.829 y el de Dupuytren 1.236.

R. ALVAREZ SEREIX.



DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

Alejandra y Pigassoff miraron á Lejnieff con aire sorprendido; pero Bassistoff se sonrojó de placer y abrió mucho los ojos.

—Le conozco muy bien—continuó Lejnieff—y demasiado conozco sus defectos, que son mayores en él porque no es Roudine un hombre pequeño.

—¡Oh!—exclamó Bassistoff—es un hombre lleno de genio.

—Puede ser que tenga genio, no me opongo; pero en cuanto á su naturaleza, por ese lado peca. Lo que le falta es la voluntad, los nervios, la fuerza. Pero no se trata de eso. Ahora voy á hablar de lo que tiene de bueno y de extraño. Tiene entusiasmo, y podéis creerme á mí, que soy un hombre flemático, cuando os digo que esta es una cualidad de las más preciosas en esta época en que todos somos

(1) Véase la pág. 95 de este tomo.

insoportables por la reflexión, indiferentes y apáticos; estamos dominados y helados, por lo que tenemos que dar gracias á aquél que nos da calor y nos anima, aunque sólo sea por un instante, pues tenemos mucha necesidad de esta fecunda excitación. ¿Te acuerdas, Sacha, que una vez hablé de Roudine, acusándole de frialdad? Entonces estuve yo justo é injusto á la vez. La frialdad suya está en la sangre y no puede remediarlo; pero no la cabeza. Hice mal cuando le traté de cómico; no es ni hábil ni un tuno, y si vive á costa de otros, es como un niño y no como un intrigante. Sí, podrá ser muy bien que muera solo y en la miseria: ¿pero es preciso por eso tirarle la piedra?

Nunca hará nada por sí mismo, justamente porque no tiene ni sangre enérgica, ni una voluntad poderosa; pero ¿quién tiene derecho para afirmar por adelantado que no ha hecho jamás, ó que no hará un servicio? ¿Quién tiene derecho de afirmar que sus palabras no habrán hecho germinar nobles pensamientos en más de un alma joven, á la que la naturaleza no ha rehusado como al manantial, actividad necesaria para la ejecución de los proyectos concebidos por una imaginación exaltada aunque impotente? Yo que os hablo, he sufrido el primero á su lado esa bienhechora influencia. Ya sabe Sacha muy bien lo que Roudine fué para mí en la juventud. He sostenido, me acuerdo perfectamente, que las palabras tuyas no podían ejercer sobre sus semejantes ninguna influencia; pero yo hablaba entonces como un hombre que ha llegado á una edad en que la vida ha suavizado ya la sensibilidad, y en quien la razón la ha hecho más difícil de satisfacer. Llega un tiempo en que una nota falsa basta para destruir en nuestro oído toda la armonía del más lindo trozo de música; pero, por fortuna para ella, la juventud tiene el oído menos delicado y sobre todo menos hecho. Si la idea que se le presenta le parece noble, poco le importa el tono, puesto que en ella misma encuentra la juventud ese tono que le falta.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamó Bassistoff.—Esto es lo que se llama hablar con justicia. En cuanto á la influencia de Roudine, os juro que ese hombre no tiene siquiera poder para

conmovernos; os lleva adelante, os impide el deteneros, y os vuelve por completo, os incendia.

—Oís—continuó Lejnieff volviéndose á Pigassoff, —¿qué necesidad teneís aún de pruebas? Atacáis la filosofía, y no podéis hallar palabras bastantes para escarnecerla. Yo mismo la aprecio muy poco, y la comprendo menos tal vez; pero no vienen de la filosofía los mayores infortunios, sus sutilezas no tendrán jamás eco en nuestras almas. Tenemos, gracias á Dios, nosotros los rusos, demasiado buen sentido para eso. Sin embargo, no es necesario buscar el pretexto en la filosofía para caer sobre cada aspiración honrada hacia la ciencia de la verdad. Lo que causa la desgracia de Roudine, es que no conoce la Rusia, y esto es una gran desgracia para él. La Rusia puede pasarse sin nosotros, pero ninguno de nosotros podemos pasar sin ella. Desgraciado de aquél que no lo comprende así, y mil veces desgraciado el que olvida realmente las costumbres y las ideas de su patria. El *cosmopolitismo* es una tontería, un cero, más que un cero; fuera de la nacionalidad, no hay ni arte, ni verdad, ni vida posible; no hay más que la impotencia, la nada. Toda figura ideal debe representar un tipo, sopena de volverse al instante insignificante y vulgar. Pero lo repito, Roudine está más inocente de su destino de lo que se cree. Este destino es ya bastante amargo, y pesa bastante sin que hagamos que recaiga sobre él toda la responsabilidad. ¿Y por qué aparece ahora en Rusia con bastante frecuencia esa raza á la que pertenece Roudine? Esto es lo que no quiero yo examinar, por temor de que me lleve demasiado lejos. Contentémonos con agradecer lo que tiene de bueno. Esto será mejor que la injusticia; y nosotros éramos injustos con él. No tenemos la misión de castigarle por su influencia, y este castigo no es necesario siquiera, creedlo: él mismo se castiga y con más crueldad de lo que merece; Dios quiera que la desgracia le despoje de todo lo malo, dejándole sólo las cualidades buenas. ¡Bebo á la salud de Roudine, de ese camarada de mis mejores años, bebo por la juventud, por sus esperanzas, por sus aspiraciones, á su inocente confianza, por su honradez, en una palabra, por todo aquello que hacía latir su corazón

á los veinte años! No conocimos ni conoceremos jamás nada mejor en la vida. Bebo por ti, tiempo adorado, y á la salud de Roudine.

Todo el mundo brindó con Lejnieff. Bassistoff lo hizo con tanto ardor, que estuvo á punto de verter la copa; pero la bebió de un trago, mientras que Alejandra estrechaba la mano de su marido.

—No os creía tan elocuente—murmuró Pigassoff.—Sois de la fuerza de Roudine; confieso que me habéis conmovido.

—No soy nada elocuente—replicó Lejnieff con algún enfado,—y creo que sería muy difícil conmoveros. Pero ya basta de hablar de Roudine: ocupémonos de otra cosa. ¿Vive todavía en casa de Daría ese... ¿Cómo se llama?... Panda-lewsky?—continuó Lejnieff, dirigiéndose á Bassistoff.

—¡Ciertamente! Le ha colocado en una plaza bastante buena.

Lejnieff bajó la cabeza.

—Ese sí que se puede apostar que no morirá en la miseria.

La cena tocaba á su fin. Los convidados se separaron, quedando solos los de la casa. Alejandra miró á su marido fijamente á los ojos, y se sonrió, diciéndole, mientras le pasaba la mano por la frente:

—Qué bien has estado hoy, Michaël; has hablado con mucho talento, con mucha nobleza. Pero confiesa que te has dejado llevar en defensa de Roudine con un poco de exageración, lo mismo que en otro tiempo le atacabas con demasiada crueldad.

—No se golpea á un enemigo cuando está ya en el suelo... y además, en aquel tiempo podía temer que te volviese loca la cabeza—añadió, sonriendo á su vez.

—Te equivocas—respondió Alejandra con sencillez:—me ha parecido siempre muy sabio para ser peligroso; tenía miedo de él y nada más, y su presencia me ponía confusa. ¡Pero cuánto se ha burlado de él Pigassoff y con cuánta malignidad!

—¿Pigassoff?—respondió Lejnieff.—Precisamente porque estaba aquí él he tomado yo su defensa con tanto calor. ¡Se

atreve á acusar á Roudine de *pica-platos!* Muy mal le sienta á él hablar así de los demás cuando su conducta es mucho más reprochable. Tiene una posición independiente, desprecia á todo el mundo, y apesar de toda esa falsa misantropía, sabe muy bien pavonearse alrededor de cualquiera que está rico y considerado. Sabes tú que ese Pigassoff que injuria á sus semejantes con tanta acritud y que destroza con tanto afán á la filosofía y á las mujeres, sabes tú bien que cuando estaba en el ejército recibía con mucho gusto *barriles de vino* y se metía en enredos poco honrosos.

—¿Es posible?—exclamó Alejandra.—¡No hubiera creído nunca eso!... Escucha, Micha—continuó después de un momento de silencio,—tengo que hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Crees que mi hermano será feliz con Natalia?

—No sé qué responderte. Todas las probabilidades son para su dicha; ella le gobernará, pues aquí entre nosotros puede decirse, ella tiene más talento que él; pero Volinzoff es un hombre excelente y la ama con todo su corazón. ¿Qué hace falta más que esto? ¡Nosotros nos amamos y somos dichosos!

Alejandra apretó á Michaël la mano.

El mismo día que pasaba todo esto que hemos contado en casa de Alejandra, una miserable kibitka (1) cubierta de zin, y tirada por tres caballos malos, rodaba con trabajo por la carretera de uno de los gobiernos más lejanos de Rusia. Un aldeano con cabellos grises y con una *armiak* (2) agujereada, la conducía subido en la banqueta de delante. Iba sentado de lado, con las piernas apoyadas sobre el balancín, y no hacía sino tirar de las riendas hechas de cuerda y chasquear el látigo. Ocupaba el fondo de la kibitka, un hombre alto de estatura, sentado en una maleta muy mala. Llevaba gorra y un traje muy usado y cubierto de polvo. Tenía la cabeza baja y metida la visera de la gorra hasta los ojos. Los vaivenes del carruaje le echaban de un lado á

(1) Especie de carro cubierto.

(2) Gabán largo de paño que usan los aldeanos generalmente en Rusia.

otro, pero parecía ser insensible á estos desagradados y que dormitaba.

Por fin se enderezó: era Roudine.

—¿Cuándo llegaremos al relevo? —preguntó al aldeano que iba en el pescante.

—Muy pronto—respondió el cochero tirando con más fuerza de las riendas;—en cuanto subamos ahí, al alto de ese montecillo, sólo nos quedarán dos verstas... ¡Vamos, tú! —exclamó apostrofando á uno de los caballos,— ¿estás soñando?—continuó con una voz chillona, pegando con toda su fuerza al caballo de la derecha.

—Me parece que vas muy mal—observó Roudine.—Estamos andando toda la mañana sin adelantar nada. Si al menos cantases algo.

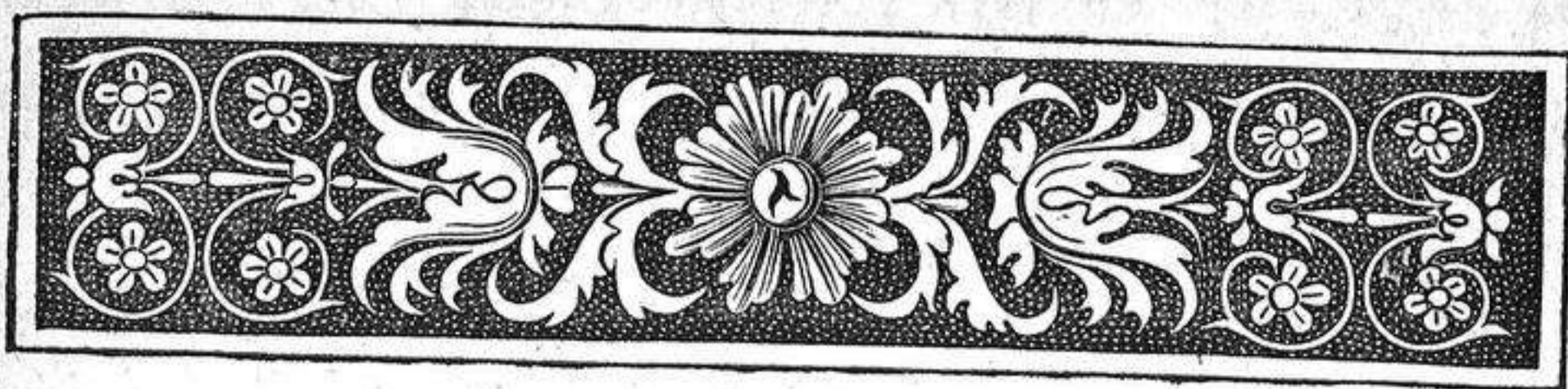
—¿Y qué he de hacer yo? Los caballos están estenuados, y el calor es horrible. ¿Para qué queréis que cante? ¿Acaso soy yo algún postillón?... ¡Eh!—gritó de repente á un transeunte que pasaba vestido con una especie de túnica oscura y calzado con unos zapatos muy viejos de corteza,—buen hombre, dejad el sitio.

—¡Vaya un cochero famoso!—murmuró el hombre que se había detenido.—¡Moscovita enteco!—continuó con voz fuerte de insulto bajando la cabeza y deteniendo su marcha.

—¿A dónde vas?—exclamó el aldeano dando tirones de las riendas del caballo de mano.—¡Ay, qué animal tan malo!

Los caballos, ya rendidos, llegaron, por último, al patio de la casa de postas, y Roudine salió de la kibitka, pagó á su conductor, que no le saludó siquiera; pero en revancha de esto, hizo saltar el dinero en la palma de la mano; sin duda no le parecía bastante la propina; el viajero mientras tanto llevaba por sí mismo la maleta á la sala de espera.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



QUE difícil es escribir cuando la pluma se cae de la mano, cuando la imaginación se ve confundida y acosada por ideas vertidas ya sobre el mismo asunto, cuando nada halagüeño se puede exponer y cuando en fin el corazón siente honda pena y natural disgusto al retratar uno de los muchos accidentes que vienen á ser agudos y certeros dardos contra la dramática contemporánea, tan en decadencia en esta época generadora de tanto ingenio improvisado, tanto artista de repente, tanta celebridad de relumbrón, tanta eminencia de fantasía y tanto político del día antes!

¡Cuán sensible es verse conminado por el ineludible compromiso de hacer una acusación formal grave y fundada en contra de ese numeroso grupo ó clase, descendientes de los antiguos cofrades de la *Farándula*, después conocidos con el nombre de *cómicos*, luego con el de actores y hoy con el genérico de artistas, que les da entrada en un mundo del que antes estaban injustamente excluidos y en el que una vez dentro adquieren consideración, categoría y tratamiento de que en su origen no gozaron!

¡Cuán penoso es para el que del público vive y para él trabaja, á complacerle aspira y su fallo espera, tener que decla-

rar que los actores dramáticos, monopolizando quizá con un incomprensible exclusivismo el título de artistas, no conocen lo que ese glorioso nombre significa, la aureola que lleva en torno suyo, lo que representa, las páginas históricas que le ensalzan y divinizan! Lejos de comprenderlo así, lo desconocen por completo, y en vez de borrar con sus hechos las huellas de su desgraciada ascendencia, procuran que no se borre nunca en todo lo que se refiere á la condición que les era inherente, poniendo, por el contrario, todo su empeño en que se desvanezca el discutible mérito y reconocido valor de los que antes se denominaban cómicos á secas.

Artistas se apellidan, y son los más decididos y encarnizados enemigos del arte que cultivan.

Artista se nombran, y respetando honrosas excepciones, son los que ayudan poderosamente al decaimiento y muerte de arte tan decantado por ellos.

Fingiéndose ignorantes de un principio inconcuso que prueba no se adquiere la fama ni la gloria se cierne sobre el genio desconocido é ignorado que no vió la luz y necesita verla para figurar de derecho entre la pléyade de los autores dramáticos, dan al traste con el que no tiene acreditado nombre ni ruidosa fama, procurando hundirle en la oscuridad en que vive cuando trata de romper la densa bruma que le oculta.

Y si á la cualidad de actor viene la de empresario, Dios libre al autor neófito que hace sus primeras armas, caer bajo el absoluto dominio de ese señor absoluto—liberal casi siempre—de vidas y haciendas.

¡Todo por el arte! exclaman, y en sus carteles y anuncios encomian y celebran sus patrióticos esfuerzos, palabras que acusan su procedencia cuando demuestran con desenfado y tranquilidad envidiables que en vez de ayudar á que el genio remonte sus alas, las cortan é impiden que aquí ni su nombre goce de la fama que le otorga el público, juez inapelable, dando de buena voluntad al olvido que el éxito de una producción dramática depende mucho de su mérito literario, pero no poco del buen desempeño y acertada interpretación; lo que ellos prueban pavoneándose cuando éste ha superado á

aquél, diciendo con énfasis: «nosotros salvamos la obra,» lo que sí es verosímil, lógico y natural, también lo es que muchas mueren víctimas de la desdichada interpretación, por lo que no puede olvidarse, y sería arbitrario el aquilatar siquiera el mérito de una obra y el de una artista por el cálculo financiero, sino por la opinión unánime é imparcial.

Esta se ha manifestado en la obra del Sr. Pleguezuelo titulada *Mártires ó delincuentes*, estrenada con verdadero éxito en el Teatro de la Zarzuela, y también la unanimidad en el juicio emitido por la prensa periódica, y el concepto que al público imparcial ha merecido negar este aserto; es imposible disculpar á la empresa del Sr. Arderíus de la ligereza con que ha procedido retirándola de la escena sin contar con otra obra que la sustituya; es inocente, como inocentes son las razones que un oficioso comunicado expone pretendiendo inútilmente sincerarse, y mucho menos aduciendo en su favor y como único argumento de su defensa *que al pueblo no se le acosa*.

Frágil memoria es la del Sr. Arderíus, cuando se olvida de que aprovechando el principio de la decadencia de nuestro teatro, iniciada en la Zarzuela, precipitó su caída *acosando al pueblo*, en el sentido lato de la palabra, con el género bufo, que acabó de estragar su gusto, y el que resucita siempre que puede en perjuicio del arte, que tanto decanta, y en cuyo auxilio pide una subvención al Gobierno, que no está dispuesto á conceder, y para lo que no ofrece el Sr. Arderíus garantía suficiente, tanto más, si se atiende á su última determinación, en absoluto indefendible.

Sin grandes entradas, según se decía de público, y con precios subidos, *acosó* al público con el baile *Excelsior*, que apareció más tarde con rebaja de precios, menos luz y menos gente.

Si el Sr. Pleguezuelo se mantiene en sus producciones sucesivas á la misma altura que en su primer drama, ya le *acosará* el simpático empresario de la Zarzuela para que le escriba alguna que de apuros le saque, acompañado del Sr. Vico, que hará por no recordar la indiferencia y desidia con que ha interpretado la obra que va ocuparnos, sin parar mientes

en el triste precedente que sienta el que, encargado de la dirección artística de la juventud, no ayuda en los primeros pasos del difícil arte á la que se consagra á la literatura dramática.

No olviden estas sinceras observaciones el Sr. Arderius ni el Sr. Vico, y por más que se les figure y crean que el crédito que rodea á la firma es lo que da importancia á los escritos, y juzguen á la nuestra con justicia exenta de ella, y sin justicia la del Sr. Pleguezuelo; el tiempo puede sacarles de este error, y entonces su memoria, que es lo que todo hombre debe legar inmarcesible á sus sucesores, no andará muy bien parada, atendida la forma de la publicación á que dedicamos nuestras tareas, y la que es más propia para conservada que para destruída.

Pasando al fondo del drama *Mártires ó delincuentes*, poco habremos de añadir á lo ya escrito en las revistas y críticas que nos han precedido en emitir su atinada opinión.

El drama en sí sigue el cauce de la inmoralidad más desdichada, que es el tema obligado de las producciones de la nueva escuela, que désela el nombre que se quiera, está reñida con la misión que en nuestro entender está llamado á cumplir el teatro español; pero á decir verdad, y no estando conformes con esta clase de problemas, más propio de una academia que de un escenario, la estructura de la obra, la pintura de los caracteres, la manera de desarrollar la acción y el modo de conducir al desenlace está muy por encima de muchas que han merecido decidido apoyo de las empresas y extremada acogida del público.

Todos los interlocutores hablan dentro del terreno en que están colocados y en armonía con su carácter; las situaciones no son forzadas; el lenguaje es culto y adecuado á los personajes; la acción es verosímil por lo general, llevando el interés creciente á los espectadores, resultado natural y lógico del encadenamiento de los accidentes que nacen del nudo ó trama en perfecta armonía con los caracteres de los personajes.

El autor, combinando sus ideas nacidas de las impresiones sensibles con independencia en el modo de recibirlas, enca-

minándolas á un fin científico y legal, con exacto conocimiento de los términos del problema que trata de resolver y profundo estudio de los caracteres que intervienen en el desarrollo de la acción, ha escrito un drama propiamente tal con las condiciones de originalidad, interés, movimiento y verdad.

Que se noten algunas faltas, efecto de la experiencia propia de un autor novel, no es un defecto, y si lo es lo cubre por completo los requisitos dramáticos de que carecen la mayor parte, si no todos los del teatro moderno y más que otros muchos producto de la imaginación de escritores dramáticos que han presentado por primera vez en escena, y que sin serles favorable la opinión del público han sido más dignos de favor que el Sr. Pleguezuelo.

En el primer acto, la exposición es breve y clara, iniciándose la tendencia de la fábula de un modo terminante y preciso. Los personajes se presentan espontánea y naturalmente, y el interés crece por grados. En el segundo, la lucha de los afectos entre Luisa, su hija y Alfonso está ingeniosamente combinada, sin que decaiga el interés ni por un momento, el que domina al espectador hasta el tercero, que llega al final sin esfuerzo y en relación con el fin de la obra.

Árido es el asunto; pero esta cualidad favorece al autor, que ha sabido suavizarle en lo que cabe, demostrando dotes no envidiables de autor dramático, y asegurándole un porvenir risueño, triunfos legítimos y unánime aplauso, si producciones venideras caen en otra empresa y otros actores, exceptuando á la Srta. Mendoza Tenorio, actriz de corazón, que siente lo que hace, y comprendiendo que se debe al público, rechaza las ridículas intrigas de bastidores y trabaja con fe sin fijarse en el autor ni en las condiciones de la obra, lo que unido á su reconocido mérito, la hizo acreedora á la justa ovación que el público la dispensó.

*
* *

Tema parecido al de la obra que nos ha ocupado es el en que se basa *Piensa mal... ¿y acertarás?*, última producción de D. José Echegaray, estrenada en el Teatro Español.

El problema no cabe duda que es el más trascendental de los que en la escena ha planteado el insigne dramaturgo, y en esto convienen cuantos han emitido su opinión antes que nosotros; y á esta dificultad preciso es añadir que el asunto no es de los que entrañan á primera vista con el público por no pertenecer al número de aquellos que se exteriorizan, sino que se pierde casi siempre en los recónditos pliegues del misterio, y si vencen á éste, se presentan por la regular envueltos en la duda, sin que sea necesario gran esfuerzo para probar que la adopción de un hijo por quien no es más que el marido de la madre de aquel sér desgraciado que no recibió las caricias paternas sino prestadas, es un caso á más de poco común, misterioso, y participa de los derechos de los hijos legítimos.

En el estudio de tan arduo problema se sucede un sinnúmero de dificultades con las que tiene que luchar el señor Echegaray, por más que ha desenvuelto su idea en mejores condiciones, no presentando á Nieves como hija reconocida por Benigno ni de su verdadera madre Olvido, esposa de aquél.

Sin embargo, esta circunstancia quita efecto á la magnífica frase final que pone en boca de Benigno cuando Valentín, padre de Nieves, pretende llevarla consigo y con Esperanza, pupila de aquél, con la que contrae matrimonio, porque si bien Benigno la *engendró* con el cariño y la abnegación, no la dió su nombre, y esa pobre niña tendrá abrigo y amparo en el hogar de su madre sin conocer ni saber nunca á quién le debe el ser, situación que tampoco cambiaría con Valentín y Esperanza, en la que se refleja un cariño vehemente hacia Nieves, comparable sólo con el que la profesa Benigno, y lo que obliga al malicioso y mal pensado Pedro, secretario de Valentín, á sospechar de ambos de un modo ofensivo, sospecha que está á punto de producir un rompimiento entre Valentín y Esperanza, si D. Genaro, padre de Benigno y preceptor oficioso de Nieves, no tratara de esclarecer la duda, lo que da ocasión á que el protagonista disipe las nieblas del misterio, lo que coincide con el reconocimiento de un anillo que adorna la mano de Nieves y el que colocó Olvido como

obsequio del día de su santo (en el que empieza la acción) y recuerdo de su desconocido padre, y el que, por haber pertenecido al suyo, reconoce Valentín.

Esta es á grandes rasgos la síntesis de la obra: ¿qué resulta de su estudio? He aquí lo que brevemente va á ocuparnos.

El casi proverbio—como su autor le titula—del Sr. Echegaray quiere ser una comedia con raíces profundas del drama y condiciones magníficas para la alta comedia; no parece sino que ha sufrido continuas variaciones y metamorfosis que le han dejado en colora y en matíz determinado.

La delineación de los caracteres es inmejorable; esta cualidad sola, hace del casi proverbio una obra aceptable y digna de su autor; con la artística combinación de los mismos sería suficiente para colocarla sobre sus más aplaudidas producciones; pero las muchas y buenas situaciones que anuncia y no desenvuelve, los sublimes momentos que indica y no desarrolla, tales como en el último acto, ya en el supremo instante en que el amante que rechaza Esperanza, pupila de Benigno, al retirarse confirma la duda que Pedro hizo nacer en el ánimo de su señor, ya en la que Nieves manifiesta que es un estorbo para la unión de Esperanza con Valentín, bien en la que D. Genaro defiende á ésta y á su hija de las injustas suposiciones de Pedro, ó en la escena del primer acto en que después de hacer Benigno la historia de Valentín muestra á su mujer su retrato y debiera reconocer á su seductor, y en fin, las del acto segundo apuntadas, haciendo resaltar más los sufrimientos de Olvido, todas éstas son otras tantas ocasiones despreciadas por el autor que prefiere se desarrolle entre bastidores la acción, haciendo languidecer las que en la escena coloca, á lo que contribuye no poco los muchos cuentos, episodios inútiles y la continua y á veces estemporánea intervención de Nieves, siendo todo cuanto llevamos dicho causa primordial de que el casi proverbio resulte deficiente sin más situación caracterizada que la con que termina el drama. No parece sino que el temor propio del talento ha guiado la pluma del Sr. Echegaray, sentando como principio que su última producción no es digna sin embargo de lo dicho, de la indiferencia con que la ha mirado el público, y que la literatura dra-

mática ganará mucho si el autor de *Piensa mal...* ¿y acertarás? sigue el camino de la alta comedia, en la que alcanzará legítimos triunfos.

La interpretación fué igual y esmerada, y no merecen sino plácemes; la Sra. Cirera, la Srta. Calderón y la niña Mantilla estuvieron dentro de los caracteres que interpretaban, y Maza, Fernández, Cirera y Altarriba muy bien en los suyos, aunque el último nos pareció algo desentonado.

No terminaremos sin dedicar un recuerdo á la empresa que (sin ser artista), ha presentado la obra con verdad y propiedad y lujo; la decoración está muy bien combinada y la perspectiva que presenta el comedor es del mejor efecto.

De los demás teatros poco podemos decir; el estreno de la ópera *Gioconda* en el Real no fué un éxito; á sus constantes abonados pareció pesada y soporífera, apesar de que la partitura del maestro Ponchielli contiene bellezas dignas de aplauso y que el desempeño encomendado á la Teodorini, Borghi Orsini, Mazzole, Massini, Vichione y Bianchi, fué aceptable, aplaudida la orquesta y celebrado el decorado y el vestuario, aunque raro y estrambótico.

En Eslava, Lara, Variedades, la Comedia y Martín, hemos visto las piezas en un acto tituladas *Las cartas de Leona Filippo*, *Tute de reyes*, *La salsa y los caracoles*, *La trucha de oro*, *El hombre de las gafas*, *¿Nos casamos?*, *Nacarina ó la reina de las aguas* y *El jefe núm. 4*. Todas lo mismo, del mismo cuño y que nada dejan y sólo entretienen, la que lo consigue.

Los beneficios de la Mendoza Tenorio en la Zarzuela, el de la Soler di Franco y un conocido escritor en Apolo tuvieron feliz resultado y muchos aplausos *La Pasionaria*, *Jugar con fuego*, *El Grumete*, *¡Tierra!* *El Hombre es débil* y *Pobre porfiado*.

La quincena próxima promete ser también fecunda en estrenos.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

Es un hecho innegable el movimiento de concentración de fuerzas que se está realizando en el seno de los partidos políticos españoles. Cada día que pasa adquiere la afirmación nuevos títulos que la abonan y corroboran; de lo cual hemos de felicitarlos todos, los de la derecha y la izquierda de la Monarquía, á quienes debe unir una legalidad común, siquiera existan diferencias de criterio en la aplicación de los principios de Gobierno dentro del régimen fundamental, unánimemente aceptado.

Ayer eran los demócratas los que, abandonando intransigencias verdaderamente inmotivadas, proclamaban la compatibilidad de la práctica de todas las libertades y del ejercicio de todos los derechos con el respeto á las instituciones tradicionales entre nosotros, que han vivido siempre en íntimo consorcio con los timbres de nuestras armas, el prestigio de nuestro nombre y la gloria de nuestra bandera.

Después fué la Unión Católica, la representación más genuina de la preponderancia teocrática, quien, prescindiendo de exclusivismos absorbentes, fía la realización de sus prin-

cipales fines á las doctrinas ortodoxas del partido conservador, con el cual está tan completamente identificado, que de ello es testimonio irrecusable la presencia del Sr. Pidal en el Ministerio de Fomento.

Hoy, en fin, los antiguos moderados, todavía recalcitrantes en la profesión de sus históricas creencias, dan ya un paso de aproximación hacia las agrupaciones que se disputan el dominio del poder en el terreno de la realidad política presente y se deciden también, por su parte, á confundirse en las huestes capitaneadas por el Sr. Cánovas del Castillo.

Estas, cada vez más compactas y numerosas, cuentan, pues, desde ahora con esos dos nuevos elementos que robustecen su núcleo y prestan creciente autoridad á su programa. He aquí la derecha monárquica, fuerte, poderosa, disciplinada, con jefe indiscutible y propósitos inequívocos. Por este lado, la conciliación de todos los grupos afines; más aún, su fusión incondicional y absoluta, es un hecho definitivamente llevado á feliz término.

Más laboriosa es la elaboración análoga y paralela que están llamados á verificar los diversos componentes del bando liberal ó democrático monárquico. La disciplina aparece entre ellos más quebrantada; la jefatura menos reconocida; las aspiraciones comunes más vagas y menos determinadas, como base general de doctrina. El noble empeño del Sr. Posada Herrera, al pretender vaciar en un solo molde las diferencias de apreciación y hasta de fe política que separan á centralistas, constitucionales é izquierdistas, acaba de experimentar un sensible fracaso, del cual no podrá menos de resentirse profundamente durante cierto tiempo, más ó menos largo, según las circunstancias, el organismo perturbado é impotente, del partido que en lo futuro ha de disputar el turno en el mando al gran partido conservador, agrupado, como un solo hombre, en rededor del trono de D. Alfonso XII bajo los gloriosos lemas de paz, orden, crédito, moralidad, justicia, trabajo; derechos que impongan otros tantos deberes; libertad, en tanto no traiga aparejada la anarquía.

Reunidos en fraternal banquete los exministros del último Gabinete, acordaron proseguir con incansable anhelo su pa-

triótica obra de reconstitución de la izquierda dinástica sobre la base del credo que en el mensaje regio consignaron. ¿Seguirá dificultando la empresa el antagonismo latente entre las distintas procedencias liberales? ¿Será el nombre del señor Sagasta invencible obstáculo al efecto? ¿Podrá más que la voz de la Patria, interesada en ahogar pretensiones particulares de pandilla, la ambición personal, el despecho ó la soberbia de uno ú otro? Si así fuere, el partido liberal se habrá suicidado. ¿A quién sino á sí mismo debería culpar de su desgracia?

O á la derecha, ó á la izquierda. O con Cánovas ó con... Martos, iba á decir la pluma que esto escribe. Dejemos, sin embargo, á los interesados la elección libérrima de jefe.

Las próximas Cortes han de tener en tal concepto una importantísima misión que cumplir. Allí, donde se parte el sol y el campo, donde se ganan los puestos de honor y se acrisolan la significación y la importancia respectivas, allí aprenderá cada cual á qué atenerse y se pronunciará el fallo inapelable que ultime el litigio en definitiva instancia.

Así analiza los rumbos de la política todo el que con imparcial criterio invade el horizonte, ya trasparente para el observador sereno y despreocupado. No es posible negar, por consiguiente, que los momentos son críticos y la expectación está justificada.

*
* *

Gran solemnidad la apertura del Ateneo. SS. MM. el Rey y la Reina y SS. AA. las infantas D.^a Isabel, D.^a Eulalia y D.^a Paz y su egregio esposo, dieron con su asistencia gala y realce al acto, que revistió todos los caracteres propios para llenar una de las más brillantes páginas de la historia de aquella Sociedad. El Consejo de Ministros en masa, lo más granado del elemento oficial, altos cuerpos consultivos, Tribunales Supremos, Academias y centros de enseñanza, representantes de la política, de la aristocracia y de la banca, hermosísimas damas, cuanto Madrid encierra de notable y distinguido se había dado cita en el nuevo local de la calle

del Prado, completamente invadido desde las primeras horas de la noche. El Sr. Cánovas del Castillo leyó el discurso de apertura de las cátedras en el presente curso: un discurso majestuoso, profundo, inspirado, tan abundante en bellezas de dicción como en ideas nuevas y en juicios axiomáticos. ¡Gran fortuna la del incomparable talento del eminente estadista! Cuanto de su privilegiada inteligencia brota se impone siempre entre la admiración y el aplauso de amigos y adversarios, que á una proclaman, con la imparcialidad de la justicia, los acreditados merecimientos del sabio, del literato, del filósofo, del tribuno y del político.

Versó su disertación sobre las vicisitudes padecidas y timbres conquistados por el Ateneo viejo, hoy regenerado al instalarse en cómodos salones, amplia biblioteca y confortables gabinetes de conversación y de lectura. La prensa diaria dió cuenta de algunos de los rasgos principales de tan magnífica oración. Nadie que ame las bellas letras y la cultura patria debe dejar de proporcionarse el placer de saborear sus párrafos, llenos de elocuencia y saturados de ese vigoroso espíritu crítico, que esencialmente distingue al ilustre pensador, hoy colocado al frente de los destinos del país. Los hombres y las escuelas desfilaron ante la inmensa concurrencia que absorta le escuchaba, evocadas por la grandilocuente palabra del orador insigne. La ovación fué entusiasta, incondicional, unánime.

El Monarca pronunció expresivas frases, contestando gallardamente á la bienvenida que el Presidente (*nuestro Presidente*, dijo S. M.) le dirigiera.

Por cierto que un artículo á todas luces imprudente é irrespetuoso de *El Progreso* ha iniciado á propósito de esta materia una duda que para nadie lo es: la de si la inviolabilidad del Monarca ampara los fueros de la Majestad, aun cuando asista aquél, como socio, á un centro particular de cultura y enseñanza. ¿A quién le ha ocurrido jamás atribuir al Soberano de un pueblo doble personalidad, que, en uno de sus conceptos, le despoje de la alta representación que ostenta? Muestra del amor que D. Alfonso XII profesa á la ciencia y á las letras; testimonio de las envidia-

bles prendas que particularmente le distinguen es su determinación de prestar á una sociedad científica y literaria, cual el Ateneo, el honroso concurso de su inclusión en la lista de socios de la misma. Pero ¿dejará por esto de ser allí y fuera de allí, en todas partes, el primer magistrado de la nación con todas las prerrogativas que la Constitución le reconoce y el Código penal sanciona?

He aquí el problema, harto claro, sencillo y fácil de abarcar en una sola mirada, para que haya podido ser desconocido por los que pretenden plantearlo y resolverlo en otros términos. Al dar cuenta de su denuncia, con motivo del escrito en que abordó el asunto, dicho periódico insiste en ciertos distingos y sutilezas de mal gusto para quien de monárquico se precie. ¿Es monárquico, sin embargo, el diario que, al fundarse, pretendió ser órgano del Sr. Martos? Hemos oído de autorizados labios que *El Progreso* tiene para su uso particular otra fórmula que difiere bastante de la que, en su primer paso hacia la monarquía, proclamó aquel elocuentísimo orador, hoy, según ha dicho en pleno Congreso, *totalmente al lado del Rey*. *El Progreso* se considera á igual distancia de la monarquía y de la república, é incondicionalmente unido á la democracia. ¿Qué quiere significar esto, en puridad? Difícil fuera precisarlo. Lo que se deduce de todo ello es que hay cierto afán por salvar, á fuerza de logomaquias, todo lo que pueda implicar obstáculo de cualquier especie para poner la política, no al servicio del país, en actitud franca y descubierta, sino á la devoción de las circunstancias, criterio supremo para ciertos hombres y para determinadas causas.

El Gobierno, por su parte, decidido á conservar en toda su pristina integridad el acatamiento á los poderes y el respeto de la legalidad vigente, claro es que no ha de tolerar atrevimientos de cierta índole, demasiado perturbadores y de todo punto injustificados.

*
* *

Se ha puesto de moda discutir si el partido conservador debe tirar mucho de la cuerda ó aflojarla; si conviene que sus procedimientos y sus soluciones se amolden á un criterio

más ó menos represivo, que apriete los tornillos del poder ó permita cierta holgura á las manifestaciones de la opinión, aun de esa opinión que con doble sentido llamaba pública el sutil ingenio de Selgas y que Nocedal ha calificado de reina de teatro con cetro de caña y corona de papel pintado.

Pero es lo más notable del caso que el tema no preocupa á los que, en definitiva, han de resolverlo por impulso propio, sino á la gente de fuera de casa, á los fusionistas principalmente, que plagian de una manera lastimosa, pretendiendo apreciar con exquisito tacto el pro y el contra de la cuestión, al célebre español del cuento, muerto de pena porque á su vecino le había salido el chaleco corto.

La aproximación de los elementos de la Unión católica al campo conservador parece como que estimula ciertos consejos y escuda determinadas malicias. Pierden, sin embargo, el tiempo los que á dar aquéllos se aventuran y en alentar éstas se entretienen. El partido que dirige el Sr. Cánovas del Castillo está constituido ha largo tiempo, izando una bandera harto conocida para que hoy quepan interpretaciones torcidas del lema que da al viento. Bajo esa bandera se han agrupado hombres de distintas procedencias, unánimes todos en la profesión del mismo credo, con iguales aspiraciones y con los propios fines: si uno y otros necesitaran nueva aclaración en estos momentos, ahí está el último discurso pronunciado en el Congreso por el actual jefe del Gabinete, al remate de la discusión del voto particular sobre el mensaje, y que puede considerarse como interpretación auténtica de lo que piensa y se propone el partido conservador en el poder. ¿Dónde hay motivo para dudar; dónde para suponer distintas tendencias en el seno de una agrupación, tan fuerte y poderosa por el núcleo de sus elementos como por la inquebrantable disciplina, no ya de actos, sino de principios, que la caracteriza y la hace respetable lo mismo ante propios que ante extraños?

El Sr. Pidal no ha tenido seguramente que abdicar de ninguna de sus creencias al tomar puesto oficial en las huestes conservadoras, donde ya ocupaba lugar muy distinguido. Pero claro es, por otro lado, que el partido conservador no

ha menester tampoco prescindir de ninguno de sus principios, ni sacrificar ninguna de sus reglas de conducta como término de conciliación con aquel ilustrado hombre político. Se concilian aspiraciones afines, pero en cierto modo opuestas; cuando existe un dogma, como tal indiscutible, y á compartirlo llega multitud de fieles, siquiera de diversos climas y abolengos, ¿quién puede decir que ha transigido, ni que se ha impuesto? Nadie. Se impone la doctrina. Eso ocurre en el partido conservador, cuya ortodoxia no está ni puede estar á merced de que aumente más ó menos el número, ya abundante, de sus sectarios.

En este sentido, todo cuanto se dice acerca de inclinaciones de tal ó cual naturaleza, que se atribuyen á los conservadores carece por completo de fundamento serio. Es más: revela un desconocimiento lamentable del organismo y modo de ser de aquel partido. Nos hacemos eco, al apuntarlo, de lo que dicen con envidiable claridad personajes autorizados del mismo.

La prensa de oposición se ha empeñado, por lo visto, en que el Gobierno suspenda las corporaciones populares. Así lo anuncia uno y otro día, á trueque de que los hechos desmientan elocuentemente la especie de todo punto inexacta. Si alguna suspensión se lleva á efecto, será con arreglo á la ley y por alguna de las causas en ella establecidas.

El Globo ha publicado un artículo, á través del cual se descubre fácilmente el despecho que en el mermado grupo posibilista ha ocasionado la actitud digna del Gobierno en frente de los mal aconsejados desgaires del Sr. Castelar. *No hay por qué darlas*, escribe su órgano en la prensa, suponiendo que los conservadores le han dado las gracias por su pretendida benevolencia para con el Gabinete Cánovas. No se las han dado realmente. El asunto está formulado en otras condiciones: ¿queréis la república? ¿queréis que os facilitemos la perturbadora propaganda de un alzamiento criminal? Pues en eso no estamos dispuestos á complaceros, ni más ni menos. ¿Os quejáis? Sea enhorabuena. Somos la ley y la ley nos manda destruir vuestra obra.

Por su parte, los fusionistas van perdiendo la calma, cua-

lidad indispensable para intervenir con éxito en la cosa pública. Recelan de sí mismos (y á juzgar por la disgregación de sus fuerzas, no les falta motivo); se ensañan con los izquierdistas; muéstranse encolerizados cuando hablan de los conservadores. ¿Cuál dirá el lector que es el tema predilecto de sus comentarios? Esa aludida actitud del Sr. Castelar y media docena de amigos del elocuente tribuno que aun tienen abnegación bastante para tolerar sus contradicciones de ideas, en gracia de sus gallardías de lenguaje. He ahí un grave peligro para el Gobierno, dicen sus enconados adversarios con inocente regocijo: Si Castelar se abstiene de venir al Parlamento, quedará demostrado que la situación es reaccionaria... ¡Cándidos los que así pretenden engañarse á sí propios en primer término! ¿De cuándo acá es el jefe del exiguo y mal avenido grupo posibilista árbitro de determinar los grados de liberalismo de ningún otro partido? Podrá, por razones particulares ó políticas, fáciles, en verdad, de presumir, abandonar la lucha electoral ó resignarse á que los electores le abandonen; podrá mixtificar este acto de impotencia achacándolo á unas ú otras causas, más para aceptadas de buena fe que para discutidas seriamente; podrá creer con envidiable sinceridad que su ausencia del Congreso es una verdadera calamidad para la patria (desde luego—hagámosle justicia—lo será para la oratoria); pero ¿existe fundamento preciso, formal y respetable que abone la supuesta decisión que se le atribuye de renunciar al voto de los comicios? ¿Ni es esto siquiera defensible en quien de liberal se precia?

Lo que hay en el fondo de tal conducta, todavía, por cierto, no definitiva ni mucho menos, es un mal disimulado despecho, sumamente eficaz para demostrar lo contrario de lo que se quiere significar: el Sr. Castelar y los que son sus afines en política han visto con profundo disgusto la entrada del Sr. Cánovas del Castillo en el poder; ¿por qué? ¿por qué representa tendencias y proclama doctrinas menos expansivas que otras agrupaciones ú otras escuelas? No son estos los términos más concretos de la cuestión. Porque con sus procedimientos de orden, porque con el respeto á la legalidad que impone, porque con la normalidad que en todas las esfe-

ras garantiza, imposibilita la más lejana sombra de esperanza en el triunfo de lo perturbador, de lo disolvente, de lo antimonárquico. Quizá está dicho con rudeza: conviene, sin embargo, apelar alguna que otra vez á los resortes de la literatura de Zola.

Por lo demás, la lucha en las urnas ha de probar ahora donde están las verdaderas simpatías del país. Enemigos del partido gobernante son los Ayuntamientos y las Diputaciones provinciales, apesar de lo cual subsistirán incólumes como testimonio de la neutralidad ministerial. ¿Qué más desean los que se quejan? ¿Que el Ministro de la Gobernación reparta entre sagastinos y demócratas los distritos? Parece demasiado exigente la pretensión.

Los amigos del General López Domínguez andan muy enojados con motivo de una real orden suscrita por el actual Ministro de la Guerra, en la que se prohíbe se dé curso irregular á las instancias pidiendo recompensas por hechos ya juzgados en tiempo oportuno. Á ello obliga la prodigalidad con que dicho General dió alientos á los peticionarios. Se acercan á 400 (367 se ha dicho, aunque no es segura la exactitud de la cifra) los ascensos concedidos en el ramo de Guerra en los meses de noviembre y diciembre del año último. ¡Ojalá que todos resultasen debidamente justificados! Ejército que presta servicios á su patria, razonable es que obtenga la correspondiente remuneración sin tasa que los merme ó regatee. Pero ¿dónde están las causas ocasionales de estos premios? Para que el elemento militar sienta la satisfacción interior que tanto se propala, es menester no confundir el anárquico derroche de las gracias con la equitativa administración de la justicia. Reclámela quien á ella se considere con derecho; pero no se falsifique el don del favoritismo, invocando hipócritamente los fueros de la ley. He aquí la significación, realmente plausible, de la circular de que se trata.

*
* *

Y á propósito de asuntos de Guerra.

Se ha presentado sobre el tapete una cuestión que es ob-

jeto de diversos comentarios: la supuesta actitud en que se coloca el Gobierno con relación á las candidaturas de militares para la diputación á Cortes. Se dice que en las esferas oficiales se verá con disgusto la aspiración de los que vistiendo el uniforme del ejército pretendan representar al País en el Parlamento.

Muchas veces se ha debatido el pro y el contra del asunto, que no deja en efecto de prestarse á la polémica. Hay quien cree que la disciplina se resiente si el Ministro de la Guerra quedase expuesto en plena Cámara á las impugnaciones más ó menos violentas que puedan dirigirle, como diputados, los que en el orden jerárquico de la milicia le deben subordinación incondicional y absoluto acatamiento.

La verdad es que no resulta ciertamente plausible el espectáculo á que se condena al ejército dentro del recinto de la Representación nacional, quebrantando los vínculos de la ordenanza y estableciendo una especie de coto redondo, en el cual sea lícito y hasta constituya un derecho lo que fuera de allí, en la rigurosa observancia de la estrecha religión militar, implicaría nada menos que un gravísimo delito, un peligroso atentado á las bases fundamentales del organismo militar.

Eso de que un jefe de modesta graduación y hasta un oficial acaso, pueda encararse con el Ministro de la Guerra y pedirle explicación de sus actos y exigirle la responsabilidad que á los mismos estime consiguiente, no parece que se aviene con los estrechos deberes de la profesión donde se empieza por sufrir una especie de *capitis-disminución* de la personalidad y de la ciudadanía, al servicio de los importantes fines encomendados á la institución armada.

Pero ¿es posible, hoy por hoy, mientras la legalidad vigente no sufra alteración en tal sentido (si es que así se conceptúa necesario), coartar la voluntad del cuerpo electoral imponiendo á sus fallos una limitación que en las leyes no se halla establecida? ¿Puede el Gobierno interponer su veto en contra de determinados candidatos?

Todo cuanto sobre el particular se ha dicho es pura fantasía en el terreno de la realidad. El Gobierno se ha propuesto,

en general, prescindir, de toda intervención directa en las elecciones. Claro es, por consiguiente, que no ha de hostilizar á nadie, á partir de aquel propósito, como tampoco ha de patrocinar ó favorecer á candidato alguno, en sentido contrario.

Por lo demás, tal vez la insinuación responde sólo á una tendencia arraigada, según se dice, entre varios elementos muy caracterizados del partido conservador. Esa tendencia merecería tomarse en cuenta como dato para juzgar las disposiciones del porvenir.

Y justo es agregar que si contra los militares hubiera de adoptarse algún acuerdo en el mencionado concepto, por igual debería comprenderse en aquél á los funcionarios civiles de cierta categoría, respecto de los cuales, ya que no las mismas, existen, cuando menos, análogas razones en abono de la prohibición de que se trata.

Ultimamente se dió un ejemplo del peligro á que expone la actual coexistencia en las Cortes de jefes y subordinados, siquiera pertenezcan á la carrera civil, con motivo de la discusión del voto particular de Capdepón-Cañamaque, que ocasionó la actitud rebelde al Gobierno de un director general de Gobernación, á la vez diputado. La reprimenda pública y solemne en la alta Cámara del Marqués de Sardeal al decano de la Facultad de Letras el senador Sr. Fernández y González, es otro testimonio digno de tomarse en consideración al apreciar el caso.

*
* *

Mucho se abulta por unos y por otros la pretendida arbitrariedad con que se dice procede el Gobierno, suspendiendo Ayuntamientos y constituyendo alcaldes. La acusación es de todo punto gratuita. Los periódicos fusionistas, particularmente *El Correo* y *La Iberia*, se han propuesto sin duda mover la opinión en aquel sentido, lanzando especies que solemnemente son rectificadas en seguida. Ni un solo hecho concreto se ha denunciado, que revista carácter ni importancia, no ya de ilegal, pero ni siquiera de abusivo. Si hay alcaldes que dimiten, si los hay que, sin dimitir, ofrecen su adhesión

á los Gobernadores, ¿está en el caso el Gobierno de violentar á los unos, ni de tratar como enconados enemigos á los otros? Por ahí duele á los amigos del Sr. Sagasta, los cuales no pueden consolarse fácilmente del fracaso de su política, tan notorio y estupendo que ha derribado por tierra la que ellos suponían indiscutible jefatura del Presidente del Congreso.

Oyendo hablar á los mismos devotos y paniaguados de don Práxedes, que no ocultan y desencanto, en vista del resultado, poco satisfactorio ciertamente, de las intransigencias á que precipitó á la mayoría, enfrente del Gabinete Posada, se adquiere la convicción de que el partido liberal está llamado á efectuar ese movimiento de concentración á que nos hemos referido, sobre la base del reconocimiento de un nuevo caudillo, que ofrezca á sus secuaces la garantía de más afortunados éxitos. El Sr. Sagasta se equivocó y ha arrastrado en su equivocación la masa, en gran parte anónima, que le seguía incondicionalmente, concediendo honores de Capitán general al que ha demostrado no tener talla para jerarquía tan alta.

Ahora, convencidos del origen de su desastre, defraudados y mal contentos, se empeñan en reñir con el vecino, como si de esta suerte alejaran la discordia de su casa. He ahí la razón de sus censuras, más violentas que fundadas, y el origen del desasosiego en que viven, antojándoseles los dedos huéspedes; es decir, infracciones de ley, coacciones y atropellos, la deserción de sus propios soldados, más cautos ó menos comprometidos, y la pasividad digna y serena de los gobernantes, indiferentes á ciertos manejos de conocida catadura.

Otro síntoma es digno también de tomarse en cuenta para juzgar con acierto de lo que pasa en el seno del fusionismo, donde el reciente descalabro que ocasionó la entrada de los conservadores en el poder, contra las predicciones y los apetitos de centralistas y constitucionales, ha entibiado grandemente las relaciones de amistad y religión entre ambos grupos, en tales términos que el primero se considera desligado de todo vínculo de subordinación y disciplina. La fusión está rota. Ocioso es argüir, para probarlo, que el General Martí-

nez Campos, el factor quizá más importante dentro de la misma, no oculta sus desengaños políticos, adquiridos, en mucha parte, á costa de su reputación militar y su prestigio en el País, durante la peregrinación que emprendiera á la Meca sagastina.

Hoy el paladín de Sagunto, el pacificador del Norte, el autor del convenio del Zanjón, está sin duda arrepentido de sus veleidades de estadista y ve con justificada amargura las tristes consecuencias que aquéllas atraieron sobre la responsabilidad de su nombre y la gloria de sus hechos de armas. No hay quien ponga en problema la creencia de que ni Sagasta, ni siquiera Alonso Martínez, el que pasaba por su hombre civil, su pedagogo en las habilidades del partido, su ninfa Egeria, han de encontrar en el exministro de la Guerra fácil colaborador en empresas políticas de bajo vuelo. ¡Ojalá que siempre hubiera comprendido del mismo modo su importante misión al lado de los intereses monárquicos y dinásticos el ilustre General, á quien la suerte había elegido para representar en España papel algo más trascendental y airoso que el de agitador de míseras ambiciones personales, ó protector de desatentadas pasiones de bandería.

Sin su apoyo podrá vivir la hueste constitucional, que á él debió, no obstante, su encumbramiento al poder en 1881; pero el antiguo centro parlamentario, aquella exigua fracción disidente del bando conservador, al cual ha estado siempre unida por timbre de linaje y consustancialidad de ideas, ni puede, ni quiere ya mantener una significación que no es la suya: sobre todo, desde el momento en que al acampar en dominios ajenos no encuentra allí el vivac que pudieran acallar ciertos escrúpulos. ¿No hay, pues, motivo serio para sospechar que no está lejano el día en que el hijo pródigo se acoja de nuevo á la casa solariega, fatigado de las andanzas de sus pecaminosas aventuras?

*
* *

Por fin, va calmándose la agitación con que en los primeros momentos pretendió lograr determinado efecto la prensa democrática, respecto de la actitud del Gobierno, al prohibir

las manifestaciones de los republicanos, dispuestas para el día 11. Sin duda se han convencido los manifestantes de que el país no acoge benévolo sus tentativas en aquel sentido y de que la prohibición obedece á principios indiscutibles desde el punto en que fueron elevados á preceptos por la ley. Si así piensan los interesados, hay que convenir en que la pasión no les ofusca. Pasaron los tiempos en que una parte al menos de la nación recibía con aplauso ciertos actos, siquiera fuesen contrarios á la legalidad establecida; hoy el desengaño cuenta en sus filas numerosos conversos.

Importa realmente señalar el contraste que se observa entre la general preocupación que hace algunos lustros ocasionaban los acuerdos de los partidos políticos, sus protestas y devaneos, y la serena pasividad con que al presente contempla tales movimientos la masa más importante de nuestro pueblo, el grande y poderoso núcleo de las clases que trabajan y producen con independencia absoluta de las interesadas aspiraciones de pandilla.

En Madrid han podido formar cabal idea de este cambio de costumbres, en verdad laudable y provechoso, cuantos se hayan parado á examinar con alguna detención el aspecto de la capital al surgir las últimas crisis ministeriales. En el período revolucionario era de ver cómo invadía los alrededores del Congreso, extendiéndose inquieta y bulliciosa por la Carrera de San Gerónimo y Puerta del Sol, una muchedumbre heterogénea de gentes poco agradables á la vista por sus trajes y ademanes, que constituían el obligado duelo de toda situación que caía y al par el heraldo ó la amenaza de todo Gobierno que había de nacer de sus ruinas. Ahora los Ministerios se suceden unos á otros pacífica y aun pudiera decirse que inadvertidamente para la mayoría de la población, en cuyo recinto no se revela el menor síntoma delator del suceso. Los que trabajan continúan entregados á sus beneméritas tareas, y hasta los que huelgan parece como que desechan con hastío la curiosidad de averiguar lo que pasa, que al fin, pudiera imponerles el gravamen de alguna molestia... Sólo en los centros oficiales la incertidumbre abate el ánimo de los empleados y el humo nacional se apodera con mayo-

intensidad de la atmósfera burocrática, á expensas de colilla tras colilla. ¿Quién despacha expedientes, ni dicta, ni transmite órdenes en perspectiva de la cruenta cesantía? No en balde dijo el refrán que á mal dar, tomar tabaco.

Hagamos una excepción que la fidelidad histórica reclama. Cuando la crisis del Gabinete Sagasta, terminada en favor de la solución Posada, los transeuntes se preguntaban con asombro por la significación de un grupo de adolescentes que, capitaneados por el que luego fué Gobernador civil de la corte, hombre de eminentísima talla física, recorrían impacientes la calle de Alcalá.... Eran, según la calificación de que se les hizo objeto, los *fosforitos*, que asistían por primera vez, como litigantes, á la vista y fallo de un pleito entre partidos.

*
* *

El día 11 trascurrió en perfecta tranquilidad, sin que la fecha que reproduce signifique ni deba significar más que un recuerdo de antiguas desdichas, para todos de funesta resonancia. Porque es de notar que hasta los republicanos reniegan de aquella república de la que ha dicho Núñez de Arcé que se impuso

en una triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia.

«Fué un ensayo desgraciado,» alegan sus mismos defensores. Mal se inicia una obra de que tan mediocres precedentes son barrunto, ejecutoria y base.

Decididamente las Cortes se reunirán en mayo próximo y abordarán desde luego la discusión de los presupuestos, que empezarán á regir con el nuevo año económico. Por desgracia, la situación del Tesoro, nada lisonjera después de los tres años de gestión liberal en la doble acepción de la palabra, exige, según nuestros informes, exquisita parsimonia en la designación de gastos. De los ingresos calculados hay algunos que no ha sido posible realizar. Siempre lo mismo: siempre los conservadores llamados á reparar desaciertos ó derroches de sus adversarios.

*
* *

Una escena de nuestras costumbres burocráticas. Sabido es el grande trabajo que pesa sobre... cierta dependencia oficial. Consta oficialmente que pasan años y años y los expedientes no se ultiman. De vez en cuando se da á luz algún tomo de sus trabajos que registran la respetable antigüedad de tres ó cuatro lustros, más bien más que menos. ¿Quién ignora todo esto? Semejante atraso reconoce por causa, dicen los peritos, la falta de manos, la aglomeración de papeles, el cúmulo de asuntos con que ha de luchar una plantilla de empleados harto reducida para las exigencias del servicio...

Pues bien; días pasados giró una visita á diferentes oficinas de aquel cuerpo el nuevo presidente del mismo. Eran las doce del día; á las diez y media debían hallarse en sus mesas los respectivos funcionarios... Pero ¡oh casualidad funesta! Busca por aquí, busca por allá, en ningún despacho se encontraba el personal completo. Y de los que habían asistido, el uno tomaba café, el otro apuraba una colilla; éste se calentaba ante la chimenea; aquél deletreaba un periódico; en algún grupo se discutía acaloradamente si estaba ó no justificado el llamamiento de los conservadores para ocupar el poder.

Huelga decir que el jefe del centro aludido tomó sus disposiciones, y que es de esperar se extirpe el mal en sus raíces, obligando á los desocupados burócratas á demostrar en lo sucesivo que no en vano cobran su sueldo para hacer algo más que pasar la vida tan plácida y sosegadamente.

En este país todos nos quejamos de nuestra suerte; todos tenemos en la boca una serie de abusos que denunciar con indignación enérgica, y pretendemos, sin embargo, remediar aquélla y poner límites á éstos... abandonando lo que nos interesa ó interesa á quien lo paga, por lo efímero, lo baladí ó lo censurable. Todos somos filósofos al estilo del que definió gráficamente Narciso Serra: soy filósofo, no tengo nada que hacer y me dedico á pensar en lo que no me importa.

U.



REVISTA EXTRANJERA



GRANDES tempestades, grandes trastornos atmosféricos conmovieron á principios de esta quincena la capital que se ha tenido por cerebro del mundo. Desastres y extraordinarios accidentes en París y en provincias; destrozos y ruinas de monumentos, puentes, viaductos y arbolados; siniestros en el litoral de la Mancha, del Océano y del Mediterráneo, y en medio de tal desquiciamiento, el soplo de la muerte extinguía también la vida de grandes lumbreras del saber, del arte y de la tribuna política.

Entre las celebridades que han desaparecido con el vendaval de los últimos quince días, descuella el nombre del exministro Rouher, el sobreviviente más ilustre del régimen que cayó entre las espantosas derrotas francesas de 1870.

La biografía del Sr. Rouher es efectivamente la historia detallada del segundo Imperio en Francia. No hay un acto notable en el reinado de Napoleón III al que no esté asociado el nombre de Rouher, como si el pensamiento de este último se hubiese encarnado y confundido con los íntimos propósitos del Emperador.

Rouher fué un hombre de acción al mismo tiempo que de doctrina. En las horas de crisis inicial que precedieron y siguieron inmediatamente á la proclamación del Imperio, co-

operó con energía á la organización de los nuevos poderes y suscitó un gran movimiento de adhesiones populares al nuevo régimen, esforzándose por ponerle bajo la salvaguardia de los intereses públicos. Ministro de Comercio desde 1855, condujo á buen término la negociación de los tratados de comercio de 1860 que, según la opinión de sus mismos adversarios, basta para darle títulos al reconocimiento de los franceses. Quiso de la noche á la mañana transformar una nación casi exclusivamente agrícola en pueblo industrial y mercantil; creó nuevas facultades productoras y nuevas necesidades; multiplicó el poder productivo de la riqueza pública, y trajo tal competencia en asuntos económicos y tal firmeza de carácter, que hubo de sorprender á los negociadores ingleses Cobden y Cowley.

Llamado más tarde al Ministerio de Estado, de 1863 á 1867, en los días más prósperos del Imperio, fué entonces la personificación de toda la política de su Soberano, dando las más brillantes pruebas de su talento. No se olvidarán fácilmente las magníficas campañas parlamentarias que sostuvo con motivo de la lamentable expedición de Méjico y contra el elocuente orador Julio Favre. No se olvidarán fácilmente sus magníficas peroraciones, desde la invasión de los ducados daneses hasta después de la batalla de Sadowa, rebatiendo á Thiers, que preguntaba con voz terrible á los hombres del Imperio: «¿No tenéis ya más faltas que cometer?» Y memorable es también aquel solemne debate en que el legitimista Berryer abogó con arte inimitable por los intereses temporales de la Santa Sede, cuando Rouher, al final de una inspirada arenga y hablando de dejar á Roma en poder de los italianos, pronunciaba aquel famoso «jamás,» que excitó contra la política napoleónica los resentimientos italianos.

Su universalidad de aptitudes es reconocida por amigos y adversarios. La política de Napoleón III encontró en su famoso Ministro, en el cuerpo legislativo y en el Senado, un defensor acérrimo y dispuesto siempre á abogar por empresas tan arriesgadas como la expedición de Méjico, la no intervención de Francia entre Austria y Prusia, los asuntos de Roma, las candidaturas oficiales, el régimen de la prensa, el

nombramiento de alcaldes y también de los tratados comercio.

No hay duda que puede echarse en cara del elocuente orador la complaciente defensa de aquellas aventuras fatales que terminaron con el desastre de Sedán. No se comprende la ceguedad con que aprobaba y defendía la expedición de Méjico, llamándola el pensamiento más grande de aquel reinado, cuando en realidad fué una de las primeras causas de la caída del Imperio. No se comprende cómo fué tan imprudente panegirista de la política de las nacionalidades que, constituyendo dos grandes Imperios á las puertas de Francia, había de debilitar y aislar á ésta en Europa. No previó que la Confederación del Norte, después de la batalla de Sadowa, era fatalmente la base de la unidad germánica.

Rouher debe estudiarse ante todo como hombre de autoridad. Sospechó siempre que la seguridad y la estabilidad del Imperio podrían ser incompatibles con la mayor suma de libertad, cuando Napoleón juzgaba oportuno reformar la constitución en un sentido más amplio. La agitación que se produjo en el momento mismo en que el Gobierno aflojaba el freno que hasta entonces había contenido á los partidos, dió la razón á los autoritarios recelos del Ministro. Y algunos creen que Rouher aconsejó entonces la guerra en el exterior como consecuencia de las dificultades interiores, buscando en los hechos de armas un nuevo prestigio y en el poder personal del Emperador nuevas y poderosas fuerzas. La crónica asegura que su influencia no fué extraña á las resoluciones del Ministerio Ollivier; en aquella noche fatal en que quedó decidida en Saint-Cloud la ruptura con Alemania.

Después de la caída del Imperio, y en el primer período de la entronización de la República, no quiso Rohuer abandonar todavía la escena política. Tomó asiento en la Cámara al frente del partido bonapartista; pero, al saber la trágica muerte del Príncipe Imperial, consideró ya su misión terminada con la pérdida de aquella suprema esperanza, y no quiso presentarse de nuevo á sus electores.

Por otra parte, el exministro Rohuer se sentía enfermo del mal que le ha llevado á la tumba. Su carrera había termina-

do, y su vida física se extinguía con las últimas esperanzas del partido que no podía conciliarse con la persona ni con las ideas del Príncipe Jerónimo.

La historia criticará indudablemente muchos de sus actos en la dirección y defensa de la política á que se había afiliado; pero no negará tampoco que fué un hombre de gran valor y vastísima inteligencia entre la pléyade de ilustres Ministros de que tuvo la suerte de rodearse el segundo Imperio.

* * *

El Mensaje leído por la Reina Victoria en la apertura del Parlamento británico expuso, según costumbre, todas las cuestiones interiores é internacionales que afectan á los intereses de Inglaterra. Anuncia el amistoso arreglo de los diversos incidentes que habían surgido con motivo de los asuntos de Madagascar, entre Francia é Inglaterra; pero no hace alusión alguna á las empresas de la República en el Tong-King. De lo que principalmente se ocupa es de las complicaciones á que en estos momentos dan lugar los desastres del Sudán.

El Mensaje expresa la resolución de evacuar el Sudán y explica y caracteriza la misión del General Gordon, que se propone auxiliar al Khedive para que abandone aquel Imperio colonial que tantos sacrificios costó al Virrey Ismail-Pachá. Los párrafos concernientes á este desgraciado asunto han de levantar, al parecer, discusiones apasionadas en el Parlamento, poniendo seguramente en grave riesgo la vida política del Gabinete Gladstone.

El leader de la oposición, el Marqués de Salisbury, ha formulado ya críticas acerbas en la Asamblea de los Pares. «Es absurdo, dijo, venir á hablarnos de los consejos que se han dado al Gobierno egipcio y pretender que éste es el responsable de la situación actual, cuando es evidente que el Gobierno inglés es el verdadero y único dueño de Egipto.» Y tiene mucha razón el jefe de la oposición conservadora. El poder del Khedive no pasa de ser una abstracción metafísica, sin nada real ni tangible.

El protectorado de Inglaterra en Egipto no ha producido más que horribles desengaños. El descontento popular crece por momentos; son odiados los dominadores extranjeros y el débil Khedive que pactó con ellos, y nada extraño sería que repentinas insurrecciones en el interior vengan á complicar singularmente la situación creada por las victoriosas armas del Mahdí.

Hay en efecto una especie de fatalidad que se encarniza en hacer fracasar los planes de los diplomáticos y de los generales ingleses. La columna del General Baker destinada á llevar provisiones á la población de Tokar y compuesta de los mejores elementos del ejército egipcio, ha sido materialmente destrozada; y si los 3.500 hombres de que constaba no han sido pasados á cuchillo como todos los del ejército del General Hicks, de cuyo enorme desastre nadie ha podido contar las misteriosas peripecias, es porque al enemigo no le plugo dejarlos internar en el desierto.

¿Qué hará ahora la Gran Bretaña, puesta en la alternativa de intervenir militarmente ó de renunciar á dirigir los destinos de Egipto? Pasó la hora de las tergiversaciones diplomáticas y llegó la de las resoluciones viriles. Sus esperanzas en la empresa del intrépido militar Gordon no son de tal naturaleza que puedan conciliar en gran manera el aspecto general de los asuntos. Aunque Gordon consiga llegar á Khartum, haga evacuar la plaza y logre retirarse con su guarnición por Berber, las víctimas han de ser muchas y en todo caso el Mahdí contará con un obstáculo menos.

Los ingleses, al apoderarse con su exclusivismo de siempre y á título de conquistadores del Egipto, se acordaban únicamente de que en este país está el canal que conduce á la India. Hoy dicen ya á Europa que junto al valle del Nilo está el camino del comercio universal y el vastísimo campo donde la civilización lucha todavía á brazo partido con la barbarie.

La consternación y la angustia hacen al fin confesar grandes verdades que antes se desconocieron.

*
*
*

Entretanto, siguen agitándose en toda Europa trascendentales problemas económicos, políticos y sociales, que se llaman cuestión del proletariado.

En Inglaterra, en medio de la lentitud y circunspección que forman siempre el tono más saliente del carácter británico, se someten las soluciones propuestas á experimentos continuos que no comprometan una situación relativamente progresiva y satisfactoria en provecho de teorías nuevas y no probadas.

En Alemania, pueblo menos experimentado y más impaciente que los ingleses, más dado á sufrir la influencia de teorías y sistemas, de escuelas y de ideólogos, se cree necesaria una organización profunda de la sociedad europea.

En Francia se nombran comisiones para el estudio de los males que aquejan á las clases obreras, comisiones que fueron siempre el gran paliativo de los Gobiernos impotentes.

En Rusia reina de nuevo el terror, y hasta en Portugal, en Italia y en España, asoma el socialismo con miras comunes y cierto carácter cosmopolita.

Apesar del espanto con que se miran siempre los problemas sociales, hay reflexiones tranquilizadoras para los que á su estudio se consagran. Sean ó no justas, todas las evoluciones son lentas, y las sociedades no pueden rehacerse de improviso, como por virtud y milagro de una varilla mágica. Mal piensan, pues, los que se entregan á infundados temores, y mal obran los que se lanzan á vías ilegales para la consecución de sus reivindicaciones.

Las mejoras sociales que aconsejen la experiencia y el saber, informarán el espíritu de las leyes futuras en todos los países regularmente regidos, siempre que se permita á los Gobiernos desarrollar sus ideales en los fecundos campos de la tranquilidad y de la paz pública, sin cuyos bienes nada se consigue.

S.